

GONZALEZ BLANCO

ALBERTO I
DE
BÉLGICA

3

94369

3
94369





LAS GRANDES FIGURAS

DE LA GUERRA



ALBERTO I
de **Bélgica**

3
94369

ALBERTO I DE BÉLGICA

R. 726.584
ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO

Comin

3

94369

Alberto I de Bélgica

Su educación. ✕ Su carácter. ✕ Su vida. ✕ Su intervención en la guerra europea. ✕ La epopeya de Bélgica.

MADRID.—1915.

Concesionaria exclusiva para la venta:

SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
DIARIOS, REVISTAS Y PUBLICACIONES (S. A.)

MADRID

Calle de la Libertad, 7.

BARCELONA

Rambla del Centro, 8 y 10.

BUENOS AIRES

Esmeralda, 578 á 584 y 574 á 576.

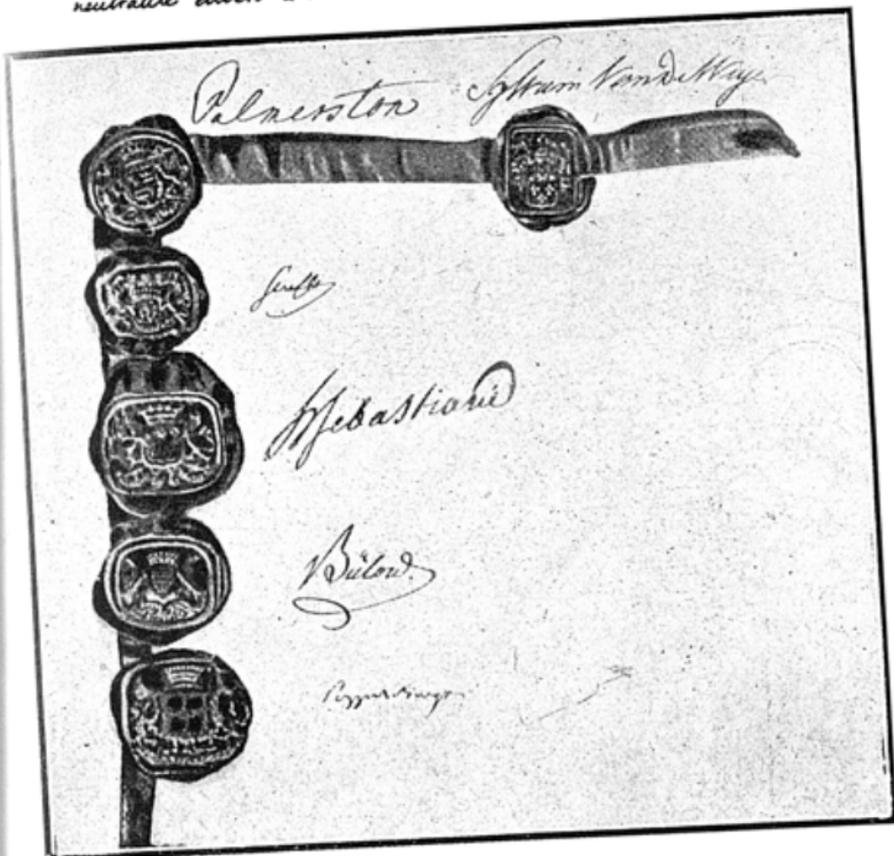


ES PROPIEDAD

Tip. Yagiies.—Plaza del Conde de Barajas, 5 y Nuncio, 8

Article VII

La Belgique, dans les limites indiquées aux articles I, II, et IV, formera un Etat indépendant et perpétuellement neutre. Elle sera tenue d'observer cette même neutralité envers tous les autres Etats



«Un pedazo de papel».—Reproducción del artículo 7.º del Tratado de 1839 garantizando la neutralidad de Bélgica. Dice así: «Bélgica, dentro de los límites indicados en los artículos I, II y IV, formará un Estado independiente y perpetuamente libre. Por su parte quedará obligada á observar dicha neutralidad con todos los demás Estados.» Las firmas son, por orden, de los plenipotenciarios de Inglaterra, Bélgica, Austria, Francia, Prusia y Rusia.

Le Roi, la Loi, la Liberté...
Verso de *La Brabançonne*, mar-
cha nacional belga.

...Ces Achilles d'une Iliade
qu'Homère n'inventerait pas.
Teófilo Gautier.



PRÓLOGO

No puedo decir que he escrito este libro con las dos cualidades que manda poner Tácito en toda labor histórica: *sine irâ et studio...* Con minuciosidad, con estudio, *with accusacy*, como dicen los ingleses, está escrito; sin ira, sin santa cólera; no y cien mil veces no. No puedo despojarme de las pasiones humanas, y la invasión brutal y violenta de Bélgica por los alemanes, me ha producido seria irritación, no pasajera, sino durable y persistente.

Es lo que no les perdonaré jamás. Cuando en lo sucesivo se me hable de la *kultur* germánica, de las bellas condiciones del pueblo alemán, de su carácter apacible y bondadoso, de su amor al estudio, de su pasión técnica, contestaré siempre, invariablemente, como en un doloroso ritornelo: Bien, ¿y la destrucción de Lovaina? ¿Y las insensatas represalias de Bruselas? ¿Y las indemnizaciones de guerra, impuestas de una manera tan vejatoria que casi habría de llamarse bufa si el momento no fuera tan trágico?...

Si esta es la civilización, dan ganas de asentir al paradójico aforismo de Bernard Shaw sobre la civilización: *Civilization is a disease produced by the practice of building societies with rotten materials* (1). ¿Qué civilización tan extraña es la que se ampara con este nombre? ¿Acaso la explicación de este fenómeno de coexistencia de una cultura superior con un soberano desdén á los principios de la moral social y del derecho de gentes, por el cual tanto han trabajado, y tan en vano, desde el siglo xvii todos los hombres más selectos del mundo, se pueda hallar en el hecho de que Alemania sea—tal como hoy la conocemos—un país joven, novicio, recién bautizado á la vida política?...

En Enero de 1889, poco después de haber subido al trono Guillermo II, el Conde de Moltke le escribía al publicista inglés Sidney Whikman (2): «Alemania, por otra parte, tan recientemente unida como Imperio, es un intruso, un *parvenu* en la familia de los Estados europeos. Colocados entre poderosos vecinos, somos de opinión que necesitamos una monarquía fuerte». Tal vez esta clara visión de Moltke sea la única disculpa

(1) *Man and Superman: A Comedy and a Philosophy*. (*The Revolutionist's Handbook*, pág. 241).—Brentano's; New-York, 1907.

(2) Que lo recuerda en un artículo titulado *The Blight of Prussian Autocracy*. (*FORTNIGHTLY REVIEW*; 5 Diciembre, 1914.)

plausible de la actitud y conducta de Alemania en la presente guerra...

Lo que sí puedo afirmar, desde luego, *ore rotundo*, es que el hecho de la invasión de Bélgica no me deja indiferente como ha dejado á la mayoría de los españoles, olvidadizos de las hidalgas tradiciones de la raza... ¿Estaré yo en relación de hiperestesia con respecto á la sensibilidad de mis contemporáneos? No lo creo así; y opino más bien que la germanofilia aguda, oportunista y repentina en muchos, elaborada y lentamente producida en no pocos, con la trayectoria persistente y segura de una enfermedad secreta, les ciega á tal punto que olvidan todo: la caridad cristiana, la simpatía por las naciones débiles, el respeto al derecho de gentes, el peso del legado ancestral de la raza...

Se me hace difícil comprender cómo un escritor español independiente, que no esté vendido al oro del Rhin,—y son, por fortuna, y me consta, gentilmente desinteresados la mayoría de los germanófilos españoles—puede admirar la fuerza germana como opuesta al heroísmo belga y tener en más el vigor *pragmático* de los cañones del 42, que el temple moral del ejército belga. Veamos, en cambio, las razones que nos asisten á los admiradores de Bélgica. A los detractores, sólo puede asistirles la ciega y humillante adoración de la fuerza bruta ó la equivocada creencia de que á los cañones alemanes va aliada la ideo-

logía germánica y de que no hay disociación ni antinomia entre ambas, como han afirmado *ex cathedrâ* los firmantes del manifiesto de sabios alemanes, que por su inoportunidad é impericia han puesto en ridículo la causa alemana, como ha confesado el *Berliner Tageblatt*.

Pero ¿es que yo no puedo ser un ferviente admirador de Alemania hasta el día 3 de Agosto de 1914, víspera de la fatal invasión de Bélgica, y continuar siéndolo, al día siguiente, *au lendemain* de la paz firmada, sea en Abril, como calculan veraces augures, sea para dentro de tres años, como irónicamente, para desconcertar á los alemanes; vaticina Lord Kitchener?... ¿Y no puedo, entre estos meses—ó estos años—trágicos, surcados por un reguero de sangre, abrir un paréntesis de horror y execración al Imperio alemán, culpable indiscutible de esta guerra desvastadora? ¿No pueden colocarse mentalmente los germanófilos sensatos en ese plano psicológico en que yo me coloco? ¿O van ellos á participar del punto de vista netamente alemán, que consiste en afirmar, *ore rotundo*, con el profesor Ostwald, que sobre las espaldas de los alemanes reposa la suerte futura de la cultura en Europa? ¿O van á suscribir ellos las palabras del profesor Lasson: «No se puede permanecer neutral frente á frente de Alemania y del pueblo alemán; ó se considera á Alemania como la creación política más perfecta que la Humanidad ha conoci-

do ó bien se aprueba su destrucción, su exterminio; somos moral é intelectualmente superiores á todos, sin reparos; queremos poder proseguir nuestra obra civilizadora; no tenemos que excusarnos de nada»?

No creo que ni por un momento pueda sostener ese punto de vista, puramente pangermanista, ningún habitante de país neutral, puesto que sería tanto como renunciar á la personalidad, á la independencia y á la dignidad individual y nacional. Si alguien pensase así, que se cruce de brazos y se deje invadir por un ejército alemán, en el aspecto nacional; é individualmente, que vaya á refugiarse en Mannheim ó en Leipzig, donde la vida le será más fácil y grata que en ningún otro rincón del planeta...

¿Qué otro punto de vista se puede tomar para defender á Alemania, sobre todo en el aspecto de la invasión belga? No puedo adivinarlo.

*
* *

Los alemanes procedieron en el suelo belga con verdadera sevicia. El instinto de germanismo ancestral, de teutón bárbaro, surgido de la Selva Negra, descendiente de los hunos y de los vándalos, despertó en ellos al comprobar la resistencia belga. En *Fors Clavigera* dice Ruskin, que los alemanes no conocen el sentido de las palabras «suavidad» (*meekness*) y «piedad» (*mercy*). Tal lo revelaron, al menos en la inva-

sión belga. La destrucción de Lovaina, las duras medidas de represión adoptadas en Bruselas por Von der Goltz, justifican la indignación de Europa y del mundo entero. Solamente explicando la actual guerra, como parece que quieren explicarla los alemanes actualmente, como cuestión de vida ó muerte,—*to be or not lo be; that is the question*, que dijo Hamlet,—podría excusarse, que no perdonarse, esta crueldad en los procedimientos. Pero me resisto á prestar asentimiento á esa teoría sobre esta guerra. Esta guerra es, tanto una guerra militar, como una guerra comercial, y el Kaiser, á más de un guerrero fructulento, quiere aparecer como un avisado hombre de negocios. ¿Por qué, pues, en una guerra comercial, tan duro trato con los enemigos y tal régimen de terror? ¿Para asustar á Europa?...

Hay autores que interpretan esta guerra como una tabla de salvación á que se ha agarrado el Kaiser. «Guillermo II (dice Edwin Davies Schonmaker, en un artículo titulado *De César al Kaiser*), es un hombre de negocios, y los negocios suponen un ánimo alerta y desarrollan la facultad de organización y decisión. Y la decisión, á la cual ha llegado el Kaiser, y á la cual se cree había llegado muchos años antes, es que debe hacerse algo para salvar su régimen de las oleadas arrolladoras del socialismo alemán» (1).

(1) *The Century Magazine*, Diciembre, 1914.



«El Asesinato», por Allard Loliner.



Siendo esto así é interpretando esta guerra como una guerra ideológica y como una guerra mercantil ¿por qué los alemanes se han obstinado en devastar á Bélgica? ¿Acaso querían aniquilarla para aterrorizar *ipso facto* á Rusia, Francia é Inglaterra? Mas esta pretensión sería pueril; en la época moderna, ningún pueblo puede infundir terror á tres potencias coaligadas. De sobra sabía Alemania que la resistencia de Bélgica sería, á la postre, infructuosa, y que no se podían hacer milagros con un ejército de 263.000 hombres. Bien es verdad que la Guardia Cívica—«una de las pocas sobrevivientes de las Guardias nacionales, de los días en que los ciudadanos en armas peleaban por la libertad contra la autocracia gubernamental» (1)—se batió bravamente; mas ¿qué importa esto ante la enorme, la aplastante cifra numérica del enemigo?...

Así se explica que la lucha haya sido desesperada y heroica, pero estéril, y la resistencia, valiente, pero breve. En el último apéndice, para comprobarlo he de recoger, según los relatos de los periódicos británicos, franceses y belgas, un sucinto diario de las operaciones militares y de los actos individuales y colectivos del heroísmo belga durante menos de un mes, desde el 3 al 31 de Agosto de este funesto año.

(1) *The Times History of the war*, parte III, página 112, capítulo VI.



*
*
*

El ejército belga se ha batido con tal bravura, que hasta el mismo almirante Von der Goltz, generalísimo de las tropas de ocupación de Bélgica, ahora trasladado á Constantinopla para ponerse al frente de las tropas turcas, ha debido reconocer, en su interview con un periodista musulmán, que «los belgas se batan con bravura». Añade luego el general alemán con nobleza que le honra: «Nosotros sentimos el mayor respeto hacia tal adversario». Y de los ejércitos franceses é ingleses, dice lo mismo: «que se batan serenamente, afrontando la muerte». Disintiendo un poco de su *Pontifex Maximus*, el Kaiser, que llamaba al heroico ejército inglés, en una arenga famosa, «despreciable tropilla del general French», Von der Goltz atestigua que «el ejército es muy valeroso y sus hombres muy capaces».

Expone luego otras consideraciones espontáneas é infundadas en demasía (y que no hacen al caso) sobre la escuadra británica «que no es tan peligrosa como habíamos supuesto al principio de la guerra». Pero ¿es que la escuadra inglesa ha dicho aún su última ni aún su primera palabra? ¿Es que las ciento cuarenta y cuatro unidades que esperan á cierta distancia del Canal de Kiel la salida de la embotellada escuadra alemana, emparedada é inútil como Santa Oria, han tenido ocasión de disparar un solo cañonazo?

¿Es que frente á las islas Falkland, apenas amagó el primer combate serio, los acorazados alemanes no han escapado, aterrados ante la superioridad de la escuadra británica? ¿Es que la calle marítima de Inglaterra á Francia que se llama el Canal de la Mancha no se halla tan franca y expedita que el Rey Jorge V no teme hacer un viaje de recreo desde su palacio de Buckingham al frente de las tropas aliadas?... ¿Es que el dominio del mar no es siempre, siempre, implícitamente el dominio de la tierra? ¿Es que hay otra teoría más satisfactoria que la del almirante Mahan, norteamericano, sobre la influencia del poder naval en la Historia? ¿Es que hay marino que de buena fe se atreva á probar y sostener que una fuerza naval como la de Inglaterra puede ser aplastada, *ecrasée*, por victorias parciales de un ejército tan poderoso como el de Alemania? He aquí cuestiones á que no sabría responder el mariscal Von der Goltz.

Mas lo que interesa á los lectores, que se aventuren por la selva de este libro, es la frase y el juicio de Von der Goltz acerca del ejército belga. Cuando un adversario se arriesga á estos elogios espontáneos, y á veces imprudentes, ¿qué respeto no han de merecer á los países neutrales la valentía y el ardor de ese ejército?...

Y es doblemente doloroso que sea en España, tierra hidalga de epopeyas, donde haya publicistas que, *in odium Galliae* y por germanofilia ba-

bosa y delirante, se permitan insinuaciones malignas ó escépticas, acerca de la gallardía del ejército belga, que se ha portado—digámoslo de una vez— como sólo se hubiera portado otro ejército en el mundo, el español. Defendiendo su independencia, su integridad y su honor de nación, han luchado bravamente, como luchamos nosotros contra el francés invasor... ¿Es que los valores morales se han transmutado según el vaticinio nietzchiano, de un modo tan solapado é inconsciente, que lo que ayer reputábamos heroísmo, es hoy alarde ridículo, y lo que entonces era gallardía, se toma hoy en irrisión y mofa de las gentes? Sería preciso que los detractores de Bélgica nos lo dijeran de una vez, porque las gentes sensatas é idealistas seguimos pensando que el heroísmo es siempre heroísmo, se le sofistique y se le mixtifique como se quiera, y lo que antaño era entusiasmo por la independencia y el honor de un país, sigue siendo hoy lo mismo...

* * *

Me es doblemente doloroso tener que oponerme á las afirmaciones de mi hermano Edmundo, á quien tanto debo en mi formación intelectual. En un artículo publicado en una popular revista española de gran circulación (1) sostiene que

(1) Edmundo González Blanco: *La verdad acerca de Bélgica*. (*Mundo Gráfico*, 16 de Diciembre de 1914.)

no es de lastimarse y plañir el caso de Bélgica, sino de dirigirle y lapidarle con reproches y convenciones, ensañándose con el rey Alberto, porque, á su juicio, embarcó á sus hombres y llevó á su país á la ruina... Lo que debió hacer el rey Alberto, junto con su pueblo, fué abrirse de brazos al invasor, y que en la historia futura se dijera, como en las aleluyas de Terradillos,—modificándolas *ad hoc*—libre Bélgica, feliz é independiente, se abrió al *germano*, pero cautamente, porque había de hacerlo con toda conciencia de la preferición de sus deberes de nación con honor y con independencia...

Pero según esta teoría *joh, carissime frater!* la guerra de la independencia en la España de 1808 fué una estupidez, y todos los cantos que se han entonado en loor de Castaños, Palafox, el Empecinado, Alvarez de Castro *et sic de cæteris*, un lirismo insensato. Harto más hubiéramos valido en el terreno de las ventajas positivas, abrirnos al francés muy cautamente y hubiera prosperado nuestro comercio, nuestra industria, nuestra vida intelectual. El Presidente del Consejo de Ministros no sería Dato, sino Mr. Dupont, *bon bourgeois* francés; en los teatros no se representaría *La vida es sueño* ó *El Alcalde Zalamea*, sino *Athalie* ó *Le medecin malgré lui*, como obras clásicas, y el hombre que mejor escribiría en España, sería D. Pompeyo Gener, que, como decía Clarín, huyendo de los

galicismos... escribe en francés. Nuestros toreros serían *toradores*, y no se llamarían *Gallito* ó Belmonte, sino Mr. Regnier ó Mr. Dubois; en Lavapiés no habría *tupis* ni cafés de barrio, sino *brasseries*, *cafés-biard* y *bistreaux*... *Fornos* y *La Favorita* serían *L'abbaye* y *La Cigale*, y nuestro amigo D. Antonio Moriones no sería dueño del café de la Paz, sino del que se titulase *Café de la Paix*, ó de uno que se titulase *Au bruyant Antoine*... Se evitaría, por lo menos, que D. Francisco Acebal escribiese malas novelas y peores comedias, que D. Joaquín Belda aspirase al título de escritor humorista, y que D.^a Sarah Lorenzana, prodigase sus cuentos insulsos en *El Liberal* ó D. Vicente Díaz de Tejada, los suyos—más insulsos aún—en *Blanco y Negro*...

*
*
*

Más dejando á un lado el tono humorístico, que no cuadra bien á la índole de esta obra ¿cómo puede sostenerse seriamente por una persona sensata que una nación con personalidad y con solvencia ética y política se deje avasallar é invadir por otra, atendiendo sólo á la conveniencia de ésta? ¿Es que la fuerza de Germania es tan arrolladora y absorbente; se impone con tal eficacia á los corazones y á los cerebros, que naciones é individuos deben postrarse ante ella, sumisos y reverentes, rindiéndole homenaje y pleitesía?... ¿Es que el ideal del pangermanismo

debe ser acatado y reverenciado por toda la humanidad á tal punto que nadie se sustraiga á su influencia ni escape á su radio de acción? ¿Es que Alemania debe ser considerada como pueblo escogido de Dios, que viene á cumplir una misión providencial en la tierra?... ¿O es que los pueblos pequeños y débiles, poco preparados para la guerra, ó acaso descuidados con demasiada en una paz prolongada y muelle, han de ofrecer sacrificios voluntariamente en el altar de ese Moloch germano? Y aún suponiendo que Bélgica hubiera dejado el paso franco á las tropas francesas—como alegan en última instancia los germanófilos— ¿cada país no tiene derecho á optar y á decidir en el orden diplomático donde sus simpatías le inclinen?... ¿Es que las naciones que no son grandes potencias han de postrarse ante éstas y ceder á todas sus pretensiones, por desatinadas que sean?... ¿Es que Servia, v. gr., tenía obligación de *tragarse* el *ultimatum* de Austria-Hungría, que Sir Valentine Chirol califica con razón de «documento cuyos términos y tono no tienen paralelo en la historia diplomática de Europa»?...

O si no ¿qué se quiere decir con eso de que Bélgica debió cruzarse de brazos?... ¿Se debe aconsejar la cobardía colectiva á las naciones como una medida profiláctica contra el morbo de la invasión?... ¿Acaso hay alguien que desee sinceramente el triunfo pleno de Alemania con

todas sus consecuencias?... ¡Ah, ciertamente que no! Y si así fuese, habría que recordarle lo que dijo Gabriel Hanotaux en su luminoso artículo de *Le Figaro*: en esta contienda no se puede ser desapasionado é imparcial espectador. Hay que ser actor por fuerza, porque se ventila el pleito de la hegemonía alemana en Europa. Si alguien desea la supremacía alemana en su país y que Alemania sea un vasto imperio continental y mediterráneo, que á más de las planicies de Europa central domine desde Tolón y Antibes hasta Niza y Cannes, como cínicamente confesaba Max Harden, que alce el dedo... porque ese no es español.

*
* *

En este libro me he propuesto estudiar la figura del rey Alberto. Mas como el rey Alberto, antes del comienzo de esta guerra, no tenía historia—como los pueblos felices, como su mismo pueblo—le he estudiado á través de su nación y de las circunstancias que le rodeaban al subir al trono y al comenzar esta guerra, en que había de destacar como un héroe... La historia civil del rey Alberto es bien exigua y bien poco interesante. Hay que estudiar únicamente su historia militar, y por eso este libro es poco anecdótico...

Vaya, sin embargo, una anécdota por delante. Parecía que el rey estaba destinado de toda la cternidad á oponerse al invasor alemán. En una

conversación que sostuvo hace un año con el Kaiser, parece ser que éste le dijo, quizá respondiendo á una composición mental suya, en que estaba fraguando las posibilidades de Bélgica en una guerra europea: «Vos, por supuesto, no olvidaréis jamás que pertenecéis á la familia alemana Coburgo-Gotha...» El rey Alberto contestó con firmeza: «No olvido tampoco que formo parte de una rama de Orleans...» Luego, frunciendo el ceño, con ese gesto meditativo y caviloso,— que en lo físico le da tanta semejanza con *Azorín*—añadió: «Sobre todo, jamás olvidaré que soy belga...»

Este detalle pinta y revela un carácter. El rey Alberto ha querido, ante todo, ser belga; por Bélgica ha vivido y por Bélgica ha estado dispuesto á morir. Su casa hoy no es un palacio como los que disfrutaba al trasladarse de la capital de Bruselas á Amberes y de Amberes á Ostende. Es una humilde tienda de campaña. Todas las penalidades de la guerra las está sufriendo el rey como el último de los ciudadanos belgas...

Por lo demás, todo le preparaba á ello. Oigamos lo que sobre su educación física escribe un anónimo en una revista francesa: «Gustos sencillos, vida de estudios. Una fuerza física admirable y una salud de hierro, llevaban al joven príncipe á buscar sus distracciones en el *sport*: el alpinismo fué su entretenimiento preferido. Cada año emprendía alguna expedición á las monta-

ñas. Fué en el curso de una de esas escapadas, descendiendo de los Alpes bávaros, cuando encontró á la sublime princesa destinada á compartir hoy, después de una felicidad apacible de tantos años, la más grave y gloriosa de las adversidades (1).»

Esta reina le acompaña de tal suerte en su desdichada odisea á través del suelo belga, hasta quedar arrinconados en el Havre, que forman hoy la pareja más interesante de Europa. La reina distribuye la caridad á manos llenas y prodigando consuelos á los heridos.

Hace poco he visto en *L'Illustration* una fotografía del rey, paseando con la reina por la playa de Dieppe. Marchan silenciosos, tranquilos, tristes, ella con los prismáticos en la mano, él con la mirada perdida en el horizonte y en el mar, por donde cruza algún barco... El rey se pasea ante el mar y ante las villas desiertas, con aire pensativo, rígido, elegante, con su capote negro y su kepis, con un aire de muchacho, *bien*, esbelto, elegante, moderno... No lleva pomposo manto real ni caballo de blancas crines, ni chambergo de airosas plumas, ni gran cordón de alguna orden, ni uniforme de gala...

Y, sin embargo, es más emocionante la figura de este rey, de una elegancia sobria y contenida, de una taciturnidad impenetrable, que la de cier-

(1) *Le Correspondant*, 25 de Noviembre de 1914.

tos Lohengrines, enfáticos, verbosos y tumultuarios...

Ante el rey Alberto, con su figura grave, inteligente, serena y al mismo tiempo resuelta y marcial, con una animación de sonrisa interior casi invisible, toda Europa se postra admirada y emocionada. No puede menos de inspirar respeto y emoción esta figura de monarca, de cuyo heroísmo brotará una Bélgica más noble, más independiente, más pura y más soberana, si es que los valores morales no se han trastocado y el mundo no se ha tornado en una casa de orates y de cínicos...

Ahora, al comenzar este libro, yo saludo respetuosa y efusivamente al rey Alberto, haciendo mía la profecía que lanza en vibrante estrofa un poeta francés, que ha cantado el heroísmo belga:

«Sire, vous reviendrez dans votre capitale!»

Madrid, 20 Diciembre 1914.



ALBERTO DE BÉLGICA

I

Familia y linaje del Rey Alberto

Alberto Leopoldo Clemente María Meinrad, Duque de Sajonia, Príncipe de Sajonia y Coburgo-Gotha, nació en Bruselas el 8 de Abril de 1875. Cuenta, por lo tanto, treinta y nueve años. Es hijo del príncipe Felipe Eugenio Fernando María Clemente Balduino Leopoldo Jorge, Conde de Flandes, que nació en Lacken el 24 de Marzo de 1837, y murió en Bruselas el 17 de Noviembre de 1905, y de la princesa de Hohenzollern, María, nacida en Intzighofen, cerca de Sigmaringen, el 17 de Noviembre de 1845. Casó en Berlín el 25 de Abril de 1867, y murió en Bruselas el 26 de Noviembre de 1912.

Alberto I de Bélgica ha sucedido á su tío—y no á su padre, como equivocadamente afirman casi todos los periódicos—el rey Leopoldo II, nacido en Bruselas el 9 de Abril de 1835, y muerto en Lacken, el 17 de Diciembre de 1909; casado por procuradores en Schönbrunn el 10 de Agosto de 1833, y en persona en Bruselas el 22 del mismo mes y año, con María Enriqueta, Princesa imperial y Archiduquesa de Austria, nacida el 23 de Agosto de 1836, y muerta en Spa el 19 de Septiembre de 1904.

Es general de caballería prusiana, jefe del segundo regimiento de dragones prusianos, número 16. Caballero de la Orden de San Humberto, de la Orden del Aguila Negra, de la Orden de San Andrés, de la Orden española del Toisón de Oro, de la Orden del Elefante, de la Orden de la Annuzziata, de la Orden de los Serafines, de la Orden del Crancelin.

Casóse en Munich, en 2 de Octubre de 1900, con Isabel, Duquesa de Baviera, nacida en 25 de Julio de 1876, dama honoraria de la Orden bávara de Teresa, y dama de la Orden de Santa Isabel. Como se ve, casi todos los títulos honorarios que posee Alberto I de Bélgica son de órdenes germánicas; alemana es su mujer y en ciudad alemana contrajo matrimonio. De poco le ha servido...

Tan poca importancia tuvo Alberto I, mientras fué príncipe heredero, que un Diccionario Enciclopédico tan documentado como el de Espasa, apenas le concedía doce líneas de mención, dando los mismos datos que acabamos de aducir y como nota elogiosa indicando que había recibido «esmerada instrucción.» (1)

Hoy día este joven discreto, instruído y sin historia, está escribiendo la más bella página de los anales de Bélgica. Un publicista francés le ha rendido homenaje en estas palabras justas y sinceras, que son el mejor difirambo sin hipérbole á su heroísmo. (2) «El rey Alberto, tan digno de la nación, so-

(1) *Enciclopedia universal ilustrada europeo-americana*, tomo IV, pág. 138.

(2) Francis Charmes, académico francés y director propietario de la *Revue des Deux Mondes*, en la *Chronique de la Quinzaine*. (*Revue des Deux Mondes*, 1.º de Octubre de 1914, LXXXIV; año 6.º, período XXIII).

bre la cual reina, ha aprovechado la primera ocasión de manifestar sus sentimientos: la ha encontrado en la victoria reciente que los ejércitos aliados, han obtenido en el Marne. *Al dirigiros mis más calurosas felicitaciones*—ha teleografiado al Sr. Presidente de la República—*soy el intérprete de la nación belga entera. Guardamos una confianza inquebrantable en el éxito final de la lucha, y las crueldades abominables que sufren nuestras poblaciones, lejos de aterrorizarnos, como se había esperado, no han hecho sino aumentar nuestra energía y el ardor de nuestras tropas.*»

He aquí un carácter entero de hombre y de monarca. Y, sin embargo, este héroe por voluntad, no por fuerza—qué más le hubiera convenido mantenerse en actitud sanchopancesca y positivista, cobrando una indemnización y permitiendo el paso de las tropas germánicas—decía humildemente á Mr. de Brocqueville, el Presidente de su Consejo de Ministros, cuando se decidió á rechazar la invasión germánica: *Yo no soy un estratega...*

No es un estratega ciertamente; pero es un héroe, lo que vale algo más. Antes de la guerra nadie le conocía sino en su aspecto de hombre mundano, correcto, serio; jamás creyó nadie que hubiera en él la encarnadura de un héroe. Y, sin embargo, no sólo resistió la invasión germánica, espléndida y valerosamente, sino que rehusó dos amistosas invitaciones de paz, hechas por los alemanes, una vez instalados en Bélgica.

Una de ellas, la primera, se hizo por intermedio de un mal belga, de un traidor á la patria, cuyo nombre debe grabar la historia con letras de fuego

y con el infamante estigma de los Don Opas. Este hombre fué Mr. Woeste, Ministro de Estado y uno de los principales caudillos del partido católico, hoy día en el poder y consolidado por muchos años en la gobernación de Bélgica, Mr. Woeste fué siempre una nota discordante en su mismo partido y rara vez estuvo de acuerdo con la totalidad y aún con el sentimiento nacional, que tan gravemente ha ultrajado con su mediación y su docilidad á las insinuaciones del Mariscal Von der Goltz, el cual recientemente ha sido trasladado á la Corte imperial de Turquía, acaso por el fracaso de sus tentativas de soborno en Bélgica.

La perfidia alemana

Bismarck dijo una vez á Von Bülow—según cuenta éste en su libro *La política alemana*: «Si el señor X propone algo que sea útil para él, pero perjudicial para vos, no es necio por su parte; pero es una estupidez de vuestra parte consentir en ello.» Con esa frase del canciller de hierro está definida la actitud del heróico país de Bélgica. No será necio por parte del Mariscal Von der Goltz haber hecho al gobierno belga la proposición del libre tránsito de las tropas alemanas hasta la frontera francesa, pero sería una estupidez que Bélgica la aceptase.

Fracasados los planes—todos los planes, los militares y los políticos—de Alemania con respecto á Bélgica, el gobierno de Berlín ha querido realizar las mismas gestiones con respecto á los Estados Unidos. Deseaba el gobierno berlinés que el presidente Wilson—el jefe de la más grande nación del mundo, como le dijo el Kaiser, un poco humildemente para su costumbre, en el célebre telegrama *ga-leoto* ó justificativo—hiciese presión sobre el rey de los belgas. Mr. Wilson, muy prudentemente, exigió que Alemania diese *previsiones*, como hoy se dice, que especificase sus proyectos. Coincidió con estos avances diplomáticos de Alemania la proposición suscrita por las tres grandes potencias en Londres—Francia, Inglaterra y Rusia—sobre la conclu-

sión de la paz. Comprometíanse las potencias signatarias á no firmar la paz por separado, sino guerra y paz en común. Wilson oyó que Berlín le aconsejaba dirigirse á los aliados para pedirles proposiciones, y entonces comprendió que las de Alemania eran pueriles, no eran serias. Ahí quedó la tentativa de mediación de los Estados Unidos.

La actitud de Bélgica está ratificada y sostenida por Inglaterra, y es esto lo que alienta más al rey Alberto. Inglaterra es un país de opinión, donde la opinión es dueña y señora, verdaderamente *regina del mundo*, como la llamaba un autor italiano que recuerda Pascal. Hasta los periódicos más propensos á una inteligencia con Alemania—como el *Daily News*—ceden hoy al influjo de la opinión pública. Al comienzo de la guerra no existía esa unidad; una vez iniciada, Inglaterra, país serio, que lleva sus cosas hasta el fin, opina unánime que no debe ceder ni contemporizar.

El sesudo *The Times*, el periódico de las gentes de orden, el diario predilecto de la *City*, el diario de los hombres que trabajan y hacen negocios, decía en uno de sus números: «Si los aliados llegasen á rechazar á los enemigos hasta el Rhin, *lo cual está aún muy lejano*, estamos seguros que un deseo de paz comenzaría á manifestarse en Berlín. Estamos igualmente seguros que muchas personas mal inspiradas, que desde hace diez años han engañado á la nación británica respecto al fin perseguido por Alemania, harían oír el mismo llamamiento. Podemos estar absolutamente ciertos de que, si consintiésemos en tratar amistosamente, llegada esa hora, habríamos de comenzar nuevamente esta guerra y en

condiciones mucho menos favorables. Sólo cuando la caballería de las naciones aliadas atraviere la *Unter den Linden* (*Bajo los tilos*, el paseo más bello de Berlín), comprenderá la nación alemana que los sueños insensatos de dominación mundial están aniquilados para siempre.»

III

La consagración de gloria del Rey Alberto. La debilidad militar de Bélgica.—Hipótesis anteriores á la guerra sobre la invasión alemana.—El patriotismo belga.—El pueblo y el ejército.—La fortificación belga. El general Brialmont.—Ámberes como base naval alemana.

Con estas palabras de aliento, que Inglaterra pronuncia por boca de sus hombres públicos y de sus periódicos, Bélgica respira y se sostiene en su difícil puesto. Su gobierno ha sido trasladado al Havre para asegurarle una plena tranquilidad. La dinastía belga no es antigua, pero tres soberanos se han sucedido y todos ellos han estado en contacto con su país.

Hoy día, como ha dicho un publicista francés, *dans cette immense levée de boucliers, Belgique occupe une place d'honneur*. No hemos de decir que el rey Alberto ha afianzado su corona, porque no era preciso, pero sí que le ha dado la consagración de la gloria, que es también una fuerza, sobre todo cuando proviene de una desgracia heroicamente sobrellevada.

¡Y cuán débilmente estaba dispuesta Bélgica para soportar esta invasión!... La opinión militar de Bélgica no estaba preparada á este evento ni tampoco unánime sobre las hipótesis bélicas. Algunos suponían que, en caso de invasión de Bélgica, Alemania

se limitaría á atravesar rápidamente, lo más rápidamente posible, por la Bélgica meridional, incautándose de las nuevas comunicaciones ferroviarias con Alemania, vía Mezières y Luxemburgo; es decir, apoderándose de parte de Bélgica sólo por una ó dos semanas para exhibir ante Europa el hecho consumado y pacificar á Bélgica con el pago inmediato de la indemnización de daños y perjuicios. Otros sostenían que Alemania necesitaba á Bélgica por el Sur y por el Norte de la Meuse para desplegar, y luego mantener allí sus enormes contingentes. En todos estos estudios se hacían cálculos respecto á la resistencia del ejército belga á los invasores. Unos afirmaban que la movilización requería tantas ó cuantas semanas, otros calculaban los medios para *neutralizar* uno ó dos ó tres cuerpos de ejército alemanes, otros imaginaban que Bélgica sólo tendría que preocuparse de Alemania en la distancia que separa Mezières de Aix-la-Chapelle.

Estos fríos cálculos no contaban con el hecho de que, desde su independencia, Bélgica había manifestado un gran espíritu nacional. Uno de los más eminentes generales belgas, por ejemplo, definía el *rôle* del ejército de su país, como el de detener una proporción del ejército invasor que le debilitase antes de llegar al gran campo de batalla. Bélgica no era una nación neutral, sino simplemente un Estado que poseía cierto número de soldados que serían lanzados por uno y otro lado si se infringían los derechos de su tratado.

Muy distinta era la realidad del caso. Cuando Bélgica resistió la invasión de Alemania en el mes de Agosto, en defensa de su neutralidad, esos privile-

gios representaban nada menos que la independencia nacional á los ojos del pueblo.

El patriotismo belga, que se suponía muerto en flor á causa de querellas políficas, industriales y hasta sociales—walones y flamencos en pugna—era puesto á prueba y reveló bien enérgicamente su existencia.

Hasta 1913, ó al menos hasta 1909, el ejército belga había sido concebido como un ejército de agentes de policía, como una guardia cívica. El pueblo pagaba sin chistar; pero demasiado absorto en su fomento industrial y en sus cuestiones sociales, no convivía con el Ejército. Pagaba gustosamente, dice un publicista inglés, como el pueblo británico paga su marina (1).

Hasta después de 1871, esta forma extraña de ejército cívico era tan normal y natural como el ejército de soldados aventureros en el siglo xvii ó el ejército mecánico en el siglo xviii. Después de 1871, el problema militar de Bélgica ya no era tan sencillo. Al Este tenía la más formidable potencia militar de Europa, y al Oeste la segunda potencia.

La primera respuesta de Bélgica á las nuevas condiciones impuestas por la guerra de 1870, fué la fortificación. Ocurrió que tenía al general Brialmont «el mayor ingeniero militar del siglo xix», como le ha llamado una autoridad técnica. Su genio y su actividad prepararon el plan de defensa. Era discípulo de la escuela ortodoxa de los *bastiones* para la fortificación, pero se afilió á la escuela *poligonal* de Carnot, Montalembert y los prusianos. La cintura amu-

(1) *History of the war, published weekly by The Times*. (Cuaderno III, cap. VI, pág. 105).

rallada de Amberes, construída según sus planos en 1859, atestigua su pericia y su fe en una causa perdida. El tipo de cañón varió en 1864 y 1870, y Brialmont era demasiado joven para adaptar sus obras al nuevo tipo de resistencia.

De aquí que Amberes no haya resistido á los ataques de los cañones alemanes y se haya convertido en una gran base naval germánica, aunque el optimismo del contraalmirante francés Degouy lo quiera negar diciendo: «En el público, sobre todo en el público inglés, á quien comienza á impresionar la audacia algo inesperada de los submarinos alemanes, se han mostrado dispuestos á creer que la amenaza era seria, y, con ayuda de la imaginación, se ha distinguido perfectamente una *armada* (1) alemana escoltada por esa flota de alto bordo, invisible hasta ahora, avanzando en un pasillo formado por dos bahías infranqueables de minas automáticas y flanqueada de numerosos grupos de submarinos.»

El marino francés trata de quitar importancia á la toma de Amberes. «Amberes, como todos saben, no da directamente al mar y (circunstancia muy importante) el Escalda no desemboca en aguas belgas. Cuando hace precisamente ochenta años se trazó la frontera septentrional del nuevo Estado, la Gran Bretaña exigió que las dos márgenes del estuario, á partir de unas millas más abajo de Lilloo, quedasen en manos de Holanda. La precaución se tomaba contra nosotros, franceses, porque en esa época, Inglaterra estaba convencida de que Francia inten-

(1) En castellano, en el original francés.



Los augustos hijos de los Reyes de Bélgica.



taba recobrar los antiguos Países Bajos-Austriacos. He aquí, en apariencia al menos, una gran dificultad para quien quiera *disparar en el corazón de Inglaterra la pistola ca. gada en Amberes*, como decía Napoleón. Ningún buque alemán podría en tiempo de guerra remontar hasta Amberes sin violar la neutralidad de Holanda. Y esta neutralidad, los cañones de Flessinga así como los guardacostas, como el *Zeven Provinciën*, sin hablar de los submarinos ni de los *torpedo-booten*, la sostendrían enérgicamente, nadie lo duda (1).»

Se presentía ya, en los planes de defensa de 1859, que Amberes sería la principal plaza fuerte del Reino, sobre la cual se basarían todas las operaciones, fuesen contra los intrusos franceses ó contra los germánicos. Deboer, el hombre de confianza de Brialmont, sostenido por su jefe, propuso algunos fuertes de barrera en Lieja en 1879. Tres años más tarde, el mismo Deboer propuso obras más importantes, tanto en Lieja como en Namur.

Después, el general Dejardín invitó á sus compatriotas á reforzar la línea del Meuse, demasiado expuesta, y á convertir á Bruselas en una plaza fuerte de primera clase, unida con Amberes por fuertes de barrera sobre el Dyle y el Escalda (2).

(1) *Revue des Deux Mondes*, Tomo XXIV, 1.º de Noviembre de 1914, año LXXXIV, 6.º Período.

(2) El Mayor G. S. Clarke (después Lord Sydenham), y el Mayor Luis Jackson (después Director Ayudante de fortificaciones) rompieron una lanza por las teorías del General Brialmont.

IV

El efectivo del ejército belga.—Imposibilidad de luchar con el alemán

A pesar de estas precauciones, Bélgica estaba desamparada, por lo que se refiere á su ejército. Únicamente estaba orgullosa de estas soberbias fortificaciones, la suprema labor de ingeniería militar de la época, solo emuladas acaso por las obras del mismo ingeniero militar Brialmont en Bucharest (Rumanía), como el pueblo británico está ufano de enumerar los buques de su gran flota, en vez de afrontar el problema del personal.

En 1863, ante el desafío de Prusia á los viejos ejércitos de Austria y Francia, Bélgica poseía un ejército permanente de 73.718 hombres en filas, de los cuales solo 38.000 prestaban servicio, quedando en reserva unos 36.000 próximamente (1). La población se elevaba á 5.000.000 de almas. En 1899, en una población de 6.750.000 almas, sólo había 43.000 soldados en filas, y la sustitución era todavía el principio predominante. El ejército había cesado de ser una fuerza profesional, porque muchos soldados no sustitutos, habían pasado á la reserva, dando un total de 130.000 hombres, para caso de guerra, Namur y Lieja habían pasado del estado de *forts d'arrêt* al de fortalezas, y consiguientemente sus

(1) Había una pequeña flota. Hoy día, los únicos buques del gobierno son los rápidos vapores del canal.

guarniciones habían aumentado, por lo cual era dudoso que fuesen aprovechables unos 80.000 hombres para el campo de batalla.

La ley del ejército de 1902 reformó algo este estado de cosas, y representó un progreso hacia la consecución de una milicia nacional. Según esta ley, en la que el período de utilización se elevaba á treinta años, se esperó que, al movilizar habría 180.000 hombres útiles, que, descontando las guarniciones, quedarían en 100.000 para el campo de batalla.

La guerra ruso-japonesa, la cuestión de Marruecos y la anexión de la Bosnia por Austria, despertaron á la opinión belga. Hubo un momento—de 1909 á 1914—en que Lieja y Namur parecieron ser desdénadas, lo que era inconcebible diez años antes. Se temió y se previno el ataque brusco á las fortalezas de la Meuse, elevadas por Brialmont. El último acto del rey Leopoldo II, fué dar su real apoyo á la ley del ejército de 1909. Con esta ley el ejército de guerra podía elevarse á 320.000 hombres. 7.000.000 de almas poblaban el país...

Pero quedaba en pie una cuestión. ¿Era idóneo este ejército de guerra? Para cubrir el campo atrincherado de Amberes, se necesitaban no menos de 130.000 hombres de los 210.000. Las tropas para el campo de batalla quedaban estacionadas en la cifra de 80.000. La segunda crisis del problema marroquí en 1911, y las guerras italianas y balcánica de 1911 y 1912, con los consiguientes aumentos de los efectivos ingleses y alemanes, respondieron á la pregunta inmediata y decisivamente, y en Enero de 1913 el gobierno presentó un nuevo plan de ejército.

Según este plan, el contingente belga en caso de movilización, había de ser el que sigue:

Campo de batalla.....	150.000
Guarnición de Amberes.....	90.000
Idem de Lieja.....	22.500
Idem de Namur.....	17.500
Reservas en depósitos.....	60.000

Total..... 340.000

Pero calculando las exenciones por defectos físicos y otras ya consuetudinarias, se estimaba que sólo sería aprovechable del gran contingente anual el 49 por 100. Resultado: que el total de hombres «aprovechables» sería este, no contando la Guardia cívica:

Cupo de 1913.....	30.000
Cuatro quintas (1909-1912), á 20.000 hombres cada una.....	80.000
Ocho quintas (1901-1908), á 13.500 hombres cada una.....	106.400
Voluntarios (decreciendo rápidamente desde 1901, pero calculados en un promedio de 2.500)....	34.600

Total..... 251.000

Más la clase de reclutas de 1914...	35.000
Más los cuadros profesionales....	12.000

Total..... 296.000

Con este ejército, se atrevió á resistir la heroica é infortunada Bélgica, la Niobe de esta guerra fatídica de 1914, á la primer potencia militar de Europa.

**El Rey-Héroe.—Sus cualidades de soldado.
Su voluntad de heroísmo.—La interesante
figura de la Reina Isabel.**

¿Quién duda que esto no se debe sino á la voluntad del *rey héroe*?... El rey de quien toda Europa (y el mundo entero extático) canta hoy la gloria, era un mozo instruido, monarca de segunda fila, de una nación rica é industrial, recién formada, y que jamás quiso ser guerrera. No tenía la teatralidad del Kaiser, ese hombre de talento tan latino, verboso y superficial, á quien Lombroso definió demasiado categóricamente como un vulgar *mattoide* (1). No tenía la ancianidad venerable de Francisco José de Austria; ni el ambiente popular que rodea á Víctor Manuel; ni la fuerza y el poderío ilimitado del Czar Nicolás; ni la nación inmensa y fuerte y el imperio colonial que tiene á su lado Jorge de Inglaterra; ni los bríos, la juventud y la simpatía de nuestro Alfonso XIII... Pero tenía algo que vale más que todo esto: la voluntad de ser héroe... Era el rey patriota, el rey soldado, el rey héroe...

El Rey-Héroe no era un rey deslumbrador y teatral, que regalase á sus súbditos con largas tiradas de párrafos rotundos; era un rey modesto y

(1) De la palabra italiana *matto*, loco, chiflado, alocado, como decimos aquí; también podrá venir de la palabra griega *ματτι*, banalidad, cosa vana y frívola, insustancialidad.

sencillo que no deseaba para su pueblo conquistas guerreras, sino la paz y el trabajo. La paz y el trabajo; los dos puntales de la vida de Bélgica, pueblo honrado, laborioso, tranquilo, pueblo que vivía una existencia apacible.

Hay un proverbio belga que dice: *A Liège pauvre homme dans sa maison est roi...* Así eran los nobles y sencillos belgas, reyes en su casa, heroicos sin afectación y sin fanfarronería, que supieron luchar antaño contra los españoles (saludemos la nobleza de nuestros adversarios), los franceses, los prusianos y los holandeses, por su libertad comunal y nacional.

El heroísmo antiguo ha revivido en los actuales belgas. Este heroísmo, esta fidelidad al deber, esta confianza en el porvenir, es el rey quien las ha inspirado á su pueblo. ¡El Rey-Soldado, al cual el mundo entero rinde el homenaje de su admiración!... Alberto I es el digno heredero de los gloriosos antepasados cuyas altivas figuras evoca. En él brilla la llama de los intrépidos guerreros que ilustran la historia de la nación belga. No fué solo el rey que cumple lealmente su deber, que sacrifica todo al honor. Fué también el jefe del ejército, que siempre ha mandado en jefe, fué quien dirigió el plan de operaciones con una habilidad reconocida por el Estado Mayor alemán; estuvo constantemente mezclado á sus soldados, combatiendo en primera fila, recorriendo las líneas de fuego, vigilando las piezas de artillería; se le ha visto en las trincheras ante Amberes; estaba al frente de las tropas durante el ataque sobre Malinas y Lovaina; y él es quien dirigió la admirable retirada de Amberes sobre Ostende y Nieuport.



S. M. la Reina María Isabel.

Andrés Rigaud nos dice en *La Revue* que se le sabía, «intelectual, amigo ilustrado de los sabios y de los artistas. Su extraordinaria resistencia física sorprende aún á los que mejor le conocían, que se acordaban de que, apenas salido de la Escuela militar, había conquistado en el ejército todos sus grados, ejerciendo efectivamente las funciones de cada uno; alpinista ferviente, estaba *entrenado* en las fatigas que presentía, y presagiando el peligro, se había hecho iniciar muy especialmente en los problemas más complejos de la táctica. Sobre su sencillo uniforme no lleva sino dos condecoraciones; la medalla militar de Francia y la cruz de San Jorge de Rusia; éstas las tiene en alta estima, porque las ha conquistado en el campo de batalla, frente al enemigo.»

Para acompañarle en su dolor, la figura doliente y romántica de la Reina Isabel se eleva entre el campo de batalla como una aparición celeste. De campo en campo, de villa en villa, de ambulancia en ambulancia, sencilla, modesta, humilde, caritativa, sigue á su esposo como una sombra amada, sin acordarse de que ha nacido en Baviera, puesto que Baviera hace guerra á sus súbditos...

Hay una frase del Rey que es de un temple digno de antiguos paladines. «Antes que Bélgica sea conquistada ó sometida, se pasará sobre mi cadáver»... El pueblo heroico le sigue confiado y desterrado de sus hogares, invadidos; sacrificado á la causa del derecho y de la justicia, espera siempre, suspirando por su redención...

Formación militar del Rey de Bélgica.—Su amor á las artes.—Estrofas en loor del Rey Héroe.

Roland de Maréx explicaba, en un número reciente de *Les Annales politiques et littéraires*, la formación militar del rey de Bélgica. «Sin embargo, los que se aproximaron á él, sabían que este rey tenía el alma noble y el corazón bravo. La educación tan especial de todo príncipe llamado á reinar; la atmósfera de las Cortes donde la etiqueta anula todo arranque y donde la tradición fija inmutablemente en fórmulas banales los sentimientos más profundos; la reserva á la cual ha de atenerse un soberano constitucional, cuyas responsabilidades en el Estado moderno aumentan á medida que sus atribuciones disminuyen; la prudencia extremada de que debía lógicamente dar pruebas un rey joven y de apariencia algo tímida, obligado á imponerse al afecto y al respeto de su pueblo, mientras un gran reinado acababa apenas de terminar, y un soberano de genio políptico indiscutido acababa de descender á la tumba; todo esto hacía en extremo difícil al rey Alberto la plena afirmación de su personalidad.»

Era un rey verdaderamente moderno, con la sana curiosidad de todos los esfuerzos, abierto á todas las iniciativas. Ningún hombre en Bélgica estaba

más cerca del pueblo que este rey que descendía á la mina, que montaba en locomotoras al lado de los maquinistas, que sabía cómo se realizaba el trabajo que hace la riqueza del país.

Isaye tocaba el violín con frecuencia en la cámara regia; Emilio Verhaeren le recitaba versos, esos versos inflamados y ardientes de *Les villes tentaculaires* ó de *Les Campagnes Hallucinées*; los pintores le hacían sentir la belleza de los paisajes de la Walonia y la dulzura de los amplios horizontes de Flandes...

Han pasado los tiempos en que los emperadores combatían con la lanza en la mano, descargando sus golpes sobre el enemigo. La guerra moderna no permite sino á los soldados y á los oficiales surgiendo de las trincheras, cargando contra el enemigo bajo el fuego y la metralla, ser heroicos según la concepción antigua.

Lo admirable en el rey Alberto es que ha sabido conciliar su deber de jefe supremo con su voluntad de ser héroe. Cuando el ejército de campaña cubría la Bélgica central, entre Lovaina y Namur, recorría el frente hablando familiarmente con sus oficiales, comprobando los resultados del tiro y vigilando la puntería de las piezas de artillería; cuando el ejército belga salió del campo atrincherado de Amberes para reconquistar Malinas y avanzar hasta lo que fué Lovaina—*hic Troja fuit*—el rey Alberto marchó al frente de sus tropas...

Todas estas heroicas aptitudes han despertado ya entusiasmo poético en Francia. Un poeta joven le dedica, impregnadas de admiración, y de respeto á la par, estrofas dignas de un héroe antiguo.

Il gouvernait un peuple artiste, vif, bon, tendre,
heureux, sans nul besoin du verbe d'un Sauveur;
et toutes les cités, les bourgades des Flandres
l'aimaient d'avoir ce front jeune, grave, rêveur.

L'homme, né pour l'encens, le sourire des foules,
pouvait s'interroger sans connaître l'effroi;
et le vaisseau, la nef, semblait narguer les houles,
et ce prince était pur, dès lors qu'il était droit..!

Roi sans royaume presque, avec la différence
que, désormais, demain, toujours, comme aujourd'hui,
sa très belle, très douce et savoureuse France
n'aura jamais assez de cantiques pour lui;

Albert Premier, debout sur la dernière dune,
dernier fief de ce haut, prestigieux martyr,
donne en spectacle au monde une atroce infortune
attendant que le sort daigne se repentir...

Et j'escompte à génoux, ô volupté notoire!
l'éclair de saint orgueil qu'auront ses yeux loyaux
quand il introduira l'Ange de la Victoire.
près de l'Épouse auguste et des Enfants royaux!

Los versos no son buenos, sino más bien malos,
con prosaismos enormes, como *avec la difference*,
rimas fáciles y hasta ripios; pero la intención de
epopeyizar á Alberto I es bien notoria. *O volupté*
notoire! como dice ripiosamente el poeta para rimar
con *Victoire* á francas y barrancas...

Se ha dicho que la epopeya moría entre el fragor
de la artillería. No es cierto, á pesar de los presagios
de Renan. La voluntad de ser héroe permanece en
pie y así hoy en esta guerra, aparte de los casos in-
dividuales de heroísmo que puedan darse, la figura
de Alberto I permanece enhiesta y muda, desafiando
al tiempo y á las epopeyas rimadas... Y cuando pa-
sen cien años, alguien podrá comenzar la epopeya
belga con aquellas palabras que Horacio pone como

rutinarias y ya convencionales en boca de los poetas épicos dados á la hinchazón y al énfasis:

«*Fortunam Priami cantabo et nobile bellum...*»

Si hemos de creer á los pesimistas, ni la épica, ni aún la lírica, se han perfeccionado, sino que han decaído lamentablemente (1). Mi rotunda afirmación, por el contrario, es que en lírica hemos encontrado cadencias nuevas, *un frisson nouveau*, como le dijo Víctor Hugo á Baudelaire y que en épica, si el siglo XIX no se ha prestado mucho á este género poético, el siglo XX alborea con fulgores de epopeya. Se acabaron los Aquiles, he dicho yo mismo en otra ocasión y en verso; los hechos no han venido á darme la razón, y si hoy en España—ó en Europa—hubiera un gran poeta de estro fuerte y viril (el belga Verhaeren podría ser uno de los señalados), escribiría con la epopeya de Bélgica una nueva lliada... Porque el ritmo del mundo ha variado desde este año y la epopeya ha vuelto entre nosotros. Que según dijo un viejo poeta español:

Non es segurança en cosa que sea,
que todo es sueño e flor que peresce... (2)

Palabras épicas, aunque en prosa, son ya aquéllas con que un gran prosista francés ha saludado al rey de Bélgica: «Entonces se vió surgir un rey—el rey—

(1) Menéndez Pelayo, en una de sus primeras obras, escribe: «Lejos de pensar que la poesía lírica de nuestro siglo es superior á la de todos y que se ha desarrollado con la libertad moderna y otras cosas por el estilo, téngola por inferior á la lírica de la antigüedad y á la del Renacimiento, y juzgo patriótero y antiestético ese contubernio de la revolución con el Arte. Precisamente la musa lírica, por su carácter íntimo y personal, es la que menos debe ajar su manto con el lodo de las calles y plazas.» (*Horacio en España: Solaces bibliográficos*; Ulisfilogo, pág. 455).

(2) Gonzalo Martínez de Medina: *El Cancionero de Baena*.

que, de un gesto amplio, sacó la espada é hizo frente á las hordas bárbaras. Antes de ese momento nadie le conoció, nadie le adivinó. Tuvo la palabra que da la fe robusta y el gesto que da la audacia tranquila; fué el héroe bruscamente surgido de la leyenda lejana y que trae en sus ojos claros y dulces la certidumbre de la victoria... Este pequeño pueblo, unánime, vivió del pensamiento y vibró del entusiasmo de este rey-héroe; tuvo tal arranque, que las hordas bárbaras innumerables, se encontraron detenidas en su marcha y realizó sencillamente lo que él mismo no habría creído jamás posible realizar. El rey Alberto fué verdaderamente grande, porque, haciendo abstracción de todas las consideraciones sentimentales, no tuvo otra voluntad que la del deber cumplido. Es, en toda la fuerza de la expresión, el hombre del deber. el que no miente á su conciencia, el que no se engaña sobre el valor de las palabras; el hombre que sufre y que sangra, pero que prosigue su camino recto, ya le lleve al triunfo, ya al abismo; el hombre que sabe que un gesto de rey permanece perenne á través de los siglos, y que generaciones sin número sentirán su vergüenza ó su belleza...>

VII

La violación de la neutralidad belga como valor entendido.—Palabras de Fichte

La violación de la neutralidad belga era valor entendido en Alemania desde antes de la guerra. «Es para nosotros cuestión de vida ó muerte», dijo Herr Jagow, Secretario de Estado alemán, á Mr. Edward Goschen, Embajador inglés en Berlín. Esto mismo dió á entender, ante el Reichstag y á todos los embajadores, el canciller Bethmann-Hollweg.

El discurso que éste pronunció ante la Cámara alemana, es de una maravillosa *effronterie*, como dicen los franceses. Es tal la ingenuidad en la confesión del desdén al derecho de gentes, que no se sabe si achacar á cinismo ó á candidez infantil. En realidad, los germanos tienen algo de pueril ó de paradisiaco en el desenvolvimiento de su política y de su diplomacia. Suponen que todo lo que conviene á Alemania es plausible y lícito por ese sólo hecho. El *egocentrismo* es la base de toda la política alemana. Emilio Boutroux ha definido muy bien, con su sagacidad y claro lenguaje de filósofo francés, esta actitud de Alemania frente al resto de las naciones, en su carta al Director de la *Revista de Ambos mundos* (1), que titula *L'Allemagne et la guerre...* «Haber asumido el papel de representantes por excelencia de la cultura, de la civilización, bajo

(1) *Revue de Deux Mondes*, 15 de Octubre de 1914.

su forma más elevada, y, finalmente, *tomar por objeto la sujeción del mundo y tender á ese fin por el desencadenamiento metódico y sin freno de las fuerzas brutas, de la maldad, de la barbarie!*»

Fichte, en sus *Discursos á la nación alemana*, pronunciados en la Universidad de Berlín en el curso de 1807-1808, define la esencia germánica (*deutscheit*) y la invita á manifestarse al exterior, á realizarse, á hacerla reinar sobre el mundo. Alemania es al extranjero como el bien es al mal. La teoría del germanismo (*Deutschtum*) consiste en hacer reinar moral, material y espiritualmente á Germania sobre el mundo. *¡Deutschland über alles!* es, como se sabe, el grito de guerra (1).

Y se pregunta Boutroux con su ingenuidad mezclada de socarronería, tan propia del espíritu francés: «¿Cómo un pueblo puede llegar á reivindicar para sus ideas, para su virtud, para sus obras, no sólo el derecho de existir y de ser respetadas por los otros pueblos, sino el privilegio de ser únicas en la expresión de la verdad y del bien, mientras que todo lo que emana de los otros pueblos representa sólo el error y el mal?...»

Frases de eminentes políticos alemanes, revelan esta tensión violenta de las almas. «La humanidad para mí acaba en los Vosgos», dijo un día Gui-

(1) Los griegos habían censurado en los persas antiguos esta misma egolatría que hoy comprobamos en los pangermanistas. Herodoto dice en el libro I de sus *Historias*:

Πέρσαι φύσιν ἐφ' ἑστέρας βροταί. Probablemente de esa raíz griega brotan las palabras latinas *superbia*, *super*, *superbus*. Pero el mismo pueblo griego condenó esta funesta arrogancia por boca de Hesíodo (*Trabajos y Días*, 275):

δική ὑπὲρ ὕβριος ἵσ' ἔει. («La justicia prevalece sobre la arrogancia»).

lermo II. Bismark era más explícito. Todo lo que se opusiese al poderío de Prusia, á su dominación sobre el mundo, debía rechazarse por medios lícitos ó ilícitos. *Wo Preussens Macht in frage kommt, kenne ich kein Gesetz.* («Donde está en duda el poder de Prusia, no reconozco ley»).

Como el Bismarck era más expedito. Lo que en que
 el mundo, debe rechazarse por motivos de
 moral. No obstante, para ser franco, debe
 decirse que el mundo, en sí mismo, no
 tiene, no reconoce...

VIII

La "sans façon," de Alemania ante Bélgica

He aquí por qué el canciller Bethmann-Holweg interpretó perfectamente ante la Cámara el sentir del pueblo alemán exclamando con inaudita *sans façon*: «¡Cada cual sale del apuro como puede!...» La neutralidad belga había de ser violada forzosamente aunque se reconociese que se cometía un atentado al derecho internacional... He aquí sus frases literales (*Discurso del 4 de Agosto de 1914*): «La necesidad no conoce ley. Nuestras tropas han ocupado el Luxemburgo y acaso ya Bélgica. Esto es contrario al derecho de gentes, pero sabíamos que Francia estaba dispuesta al ataque y un ataque á nuestra ala izquierda en el Rhin inferior hubiera podido sernos fatal. Así hemos debido pasar por encima de las protestas justificadas del Luxemburgo y de Bélgica. Reparemos este agravio apenas hayamos conseguido nuestro objeto. Cuando se está amenazado como nosotros, *para el bien supremo, cada cual sale del apuro como puede...*»

El Reichstag unánime aplaudió frenéticamente, y es natural que aplaudiese. Al Embajador de Inglaterra, que le hacía reproches con su rudeza de inglés serio, que no admite bromas sobre lo pactado —esto es, sobre la violación de Bélgica neutral—, contestó con una ironía amarga: «¡La gran Bretaña va á hacernos la guerra por un pedazo de papel!» Llamaba peda-

zo de papel, despectivamente, al Tratado de Londres de 1831, ratificado en 1839. «No solo respetó esta convención en 1870, sino que ratificó su asentimiento en 29 de Abril de 1913 en el Reichstag. Von Jagow dijo ese día: «La neutralidad de Bélgica está determinada por convenios internacionales y Alemania está decidida á respetar esos convenios (1).»

La conferencia de Londres había elaborado—el 15 de Noviembre de 1831—un tratado que fué sometido en forma de proyecto de ley al Senado y á la Cámara de Representantes, y cuyo art. 7.º está concebido así: «Bélgica formará un estado independiente y perpetuamente neutral. Se verá obligada á observar esta misma neutralidad con respecto á los demás Estados.» Y como sanción de este voto, la conferencia aceptó el artículo siguiente: «Las Cortes de Austria, de Francia, de la Gran Bretaña, de Prusia, y de Rusia, garantizan á S. M. el Rey de los belgas la ejecución de todos los artículos que preceden...»

A este tratado que suscribió Prusia, como todas las demás potencias (2); Alemania ha venido á negarle eficacia en la primera ocasión que encontró. Y, sin embargo, sus mismos hombres de antaño, los

(1) *Norddeutsche Allemeine Zeitung*, 30 Abril 1913.

(2) Salvo Holanda, que no prestó asentimiento á este tratado, sino con otro tratado particular de 19 de Abril de 1839. Después de la negativa tan política que el Congreso Nacional había dado á la elección del Duque de Nemours, se eligió el 4 de Junio de 1831 al príncipe Leopoldo de Sajonia-Coburgo por rey de los belgas. Leopoldo era tío de la reina Victoria y viudo de la princesa Carlota de Austria. Este príncipe que casó en 1832 con la princesa Luisa de Orleans y que aseguró tanta prosperidad al reino, se vió, apenas subió al trono (en 21 de Junio juró la Constitución), atacado por el rey de Holanda. (Agosto de 1831). El ejército francés, al mando del mariscal Gerard, vino en auxilio de los belgas y obligó á los holandeses á salir de Amberes y á evacuar el territorio. He aquí la hermandad de Francia y Bélgica una vez más solemnemente afirmada. (Véase *La Neutralité belge* por el lugarteniente de Lanet).

creadores del gran Imperio alemán actual, habían tenido buen cuidado en dejar intacta esa neutralidad. Cuando Francia declaró la guerra á Prusia en 15 de Julio de 1870, Bismarck se apresuró á hacer conocer á Europa un proyecto de tratado, escrito en Agosto de 1866, de puño y letra del conde de Benedetti, y encontrado en los papeles de Mr. Rouher, en el castillo de Cernay. En su art. 4.º, este proyecto secreto hacía entender, que en el caso en que el Emperador de Francia se viese obligado á invadir Bélgica con sus tropas, el ejército prusiano auxiliaría á los belgas.

Tanta emoción produjo este documento, que Inglaterra dió la razón á Prusia, y éste fué uno de los motivos que la determinaron á formar con Italia, luego con Rusia y Austria, la Liga de las naciones neutrales, fatal para Francia en la guerra del 70. Lord Russell había dicho con acento conmovedor en la Cámara de los Lores: «Es imposible no sentir congoja por el porvenir cuando se ve que en 1866 el primer ministro de Prusia y el embajador iniciado en los pensamientos del Emperador de los franceses, se han concertado para violar el tratado de 1831, hollar la fe pública y aniquilar la independencia de Bélgica... Nuestras obligaciones, en cuanto á este reino, son de las más sagradas; hemos aceptado estas obligaciones, separada así como conjuntamente con otras potencias. No tenemos que escoger entre muchos caminos; hemos de seguir una sola vía, y esta vía es la del honor. Estamos obligados á defender á Bélgica. Los miembros del gobierno inglés declaran pública y explícitamente, que quieren respetar nuestros tratados, cumplir lealmente sus com-

promisos y no deshonrar el nombre de Inglaterra...»

Bélgica fué entonces respetada y no tuvo Inglaterra que intervenir en el conflicto. Pero fijaos en la coincidencia de lenguaje de las palabras de Lord Russell con las pronunciadas por Sir Edward Grey en la sesión histórica y memorable del Parlamento inglés. «Lo que quería el canciller, en resumen, era inducir á la Gran Bretaña á permanecer cruzada de brazos, mientras las colonias francesas fueran ocupadas y Francia fuese vencida, en tanto que Alemania no se apoderase de territorios franceses propiamente dichos. Sería una vergüenza para Inglaterra obrar así, una vergüenza de la cual no se resarciría jamás. La Gran Bretaña no puede tampoco aceptar el pacto propuesto por Alemania en lo que se refiere á Bélgica...»

Alemania no oyó nada de esto. Con razón había dicho el primer rey belga de Sajonia-Coburgo, Leopoldo I: «Bélgica es el país más expuesto de la tierra...» Pero Alemania, hipócritamente, le había garantizado su integridad. Cuando subió al trono el Emperador Guillermo, Leopoldo II le felicitó (21 de Diciembre de 1870), creyendo ver en este suceso «el restablecimiento del orden del derecho en Europa»; El Kronprinz Federico-Guillermo escribe en su Diario que Bismarck se expresó con mucha gratitud á propósito de la carta de Leopoldo II y rogó al príncipe que manifestara en su respuesta *qué garantía disfruta Bélgica en una Alemania fuerte, de la cual no tiene nada que temer, ni tampoco de Francia*—añadió por vía de aviso —mientras Alemania sea fuerte...

Ya se advierte que la hipocresía y la falsedad (*unwahrheit und unrichtigkeit*) son la base de la política

alemana contemporánea. Esto se disfraza con el nombre de política realista (*wirklichkeit-politik* ó *realistische politik*). Cuando los demás pueblos respetan los tratados que firman, ellos, los alemanes, llaman á los tratados «pedazos de papel», indignos de fijar la atención de un hombre de Estado. Tal vez se basen en aquella oportunística sentencia de Bismarck: «Aún los gobiernos inclinados al sofisma y á la violencia, no gustan de faltar abiertamente á su palabra, mientras la fuerza mayor de los intereses predominantes no entre en juego».

En 1870, la fuerza mayor no obligó á los prusianos á atravesar Bélgica y en 1914 sí. Tal vez esto me contestarán los alemanes. Pero no dejan de ser sofismas muy acreditados en países á quienes los gobiernos han inclinado desde su infancia al uso del sofisma mezclado con la violencia...

IX

Momento solemne.—Elocuente proclama á los soldados

El hecho es que en la tarde del domingo 2 de Agosto —; ¡oh, esos domingos de Bélgica que Rodembach ha cantado con tan emocionado acento desde Brujas!—Alemania dirigió á Bélgica un *ultimatum* exigiendo el derecho de tránsito para las tropas alemanas y fijando el plazo expiratorio del *ultimatum* el lunes 3 de Agosto, á las siete de la mañana. Durante la noche del domingo—noche de ansiedad y de angustia— el Consejo de ministros y el Jefe del Estado Mayor belga conferenciaban con el rey Alberto.

Emocionantes y solemnes debieron ser las horas de la conferencia, en que se ventilaba el porvenir de un pueblo. Bélgica entera decidía en aquellos momentos si pasaría ó no á la Historia, inmaculada é inmortal... Al fin, el gobierno belga, con la energía indómita de la raza, resolvió embarcarse para la gloria. . Al rey le corresponde el honor de esta decisión magnífica. *Illi laus et honor...* El presidente del Consejo de ministros, Mr. de Brocqueville, lo ha reconocido así. «Sin el rey, sin sus alientos (ha dicho recientemente), jamás yo hubiera osado prepararme á la guerra desde el último otoño y trabajar sin descanso en la defensa de las plazas. Estamos orgullosos de un soberano que, como el rey Alberto, tiene

conciencia de su deber y lo cumple en toda su amplitud con tanta dignidad, rectitud y elevación...»

La raza ha cumplido dignamente, como le correspondía, Así hoy puede inflamar á sus soldados con arengas patrióticas, mientras que de no haber obrado como obró, vegetaría en un ocio mercantil y en una desaprensión positivista. En uno de los últimos números del *Courrier de l'armée* (que es el Boletín oficial del gobierno belga, destinado á los ejércitos) un jefe militar, envanecido con razón de sus tropas y de su pueblo, ha podido escribir estas palabras. «¡En marcha, los soldados de línea, los carabineros, los granaderos! (*Allons, les lignards, les carabiniérs, les grenadiérs!*...) ¡En marcha, bravos cazadores y lanceros heróicos! ¡En marcha, los guías y los gendarmes, todos los infatigables, todos los héroes! . . La Fama está en pie y clama vuestra gloria por todo el mundo (1). Suceda lo que suceda, en lo sucesivo, y aún cuando la fortuna de las armas os sea una vez más infiel, sed alegres y sed bravos, mineros de Walonia y campesinos de Flandes; y vosotros, la juventud selecta y aristocrática que habéis dado tan noblemente el ejemplo, todos compañeros, todos hermanos, sois los dignos hijos, para siempre gloriosos, de los *franquimonteses* y los comuneros flamencos...»

Esta proclama basta para llenar de gloria á un pueblo que recibe de tan egregia estirpe de antepasados la libertad nacional, y no hubiera podido escribirse si Bélgica, abyectamente, accede á las

(1) No hay modo de reproducir en castellano la fuerza que la frase tiene en francés. *La Renommée est debout et claironne votre gloire à travers le monde...*

pretensiones insensatas de los alemanes. ¿Qué execraciones merecería hoy Bélgica, libre é independiente nacion, fiera de su libertad, si hubiese dejado franco el tránsito á las tropas alemanas? Aún las naciones más positivistas y encenagadas en los intereses materiales, poco cuidadosas de los *gestos* del espíritu, ¿no se hubieran cubierto la faz con rubor ante la invasión alemana, consentida y sancionada por el gobierno belga? ¿No hubiera sido indigna de permanecer en el rango y en el capítulo de las naciones libres, con personalidad definida?... La libertad (ha dicho Goethe ¡oh, alemanes rastreros de hoy y políticos positivistas á lo Cambó, que os reis del arranque bélico y magnífico de Bélgica la grande!) no se da á quien la pide, sino á quien la merece...

Violación premeditada de la neutralidad belga.—La pretensión germánica á la hegemonía obtenida ó arrancada por el terror.

Alemania, ya antes de mandar el *ultimatum*, había roto la neutralidad belga y violado el derecho de gentes. El 1.º de Agosto, á las siete de la noche, en la estación de Trois-Vierges, en la línea Luxemburgo-Lieja, unos oficiales germanos rompieron los aparatos telegráficos y ocuparon la estación. El 2 de Agosto penetraron por la mañana en el Gran Ducado de Luxemburgo por los puentes de Wasserbillig y de Remich. Condujeron cierto número de trenes blindados y de municiones por el camino de hierro de Wasserbillig á Luxemburgo, á pesar de la protesta formal del ministro de Estado, Eyschen, que invocaba la neutralidad del Gran Ducado, reconocida y afirmada por el Tratado de Londres de 1867. El mismo día, sin haber declarado oficialmente la guerra á Francia, los alemanes habían penetrado en territorio francés por Long-la-Ville, cerca de Longwy (que no es sino la corrupción germánica del nombre francés anterior), en las proximidades de la frontera belga y luxemburguesa, y por Bertrambois en Meurthe-et Moselle. «La violación del suelo belga y del suelo luxemburgués, así como la irrupción súbita sobre el nuestro, habían sido mucho antes previstas por Bélgica y Francia. Pero este acto, tan

contrario al derecho de gentes, á toda justicia y á todas las tradiciones leales entre Estados, es de tal modo grave, que hay que estudiarlo de cerca para hacer resaltar la importancia y las terribles consecuencias» (1).

De nada sirvieron las débiles protestas de la pobre y triste mujer que rige los destinos del Luxemburgo, la gran duquesa María Adelaida, manifestadas en su nota á las potencias, Bethmann Hollweg le contestó con desaprensión: «Nuestras medidas militares en el Luxemburgo no deben ser interpretadas en el sentido de una acción hostil al gran ducado, sino que constituyen únicamente medidas tomadas con el fin de asegurar las líneas férreas que nosotros explotamos para prevenir una invasión francesa. El Luxemburgo será completamente indemnizado de los daños que pudieran haberse ocasionado» (2).

En este punto, Alemania ha obrado con ceguera manifiesta, vulnerando todo *jus gentium* y desdiciendo los estériles clamores de las pequeñas naciones. Por lo demás, sagaces franceses, habían caído en la cuenta del peligro que les amenazaba, y los belgas

(1) Véase á Henri Welschinger: *La Neutralité belge*. (REVUE DES DEUX MONDES, 1.º Septiembre 1914; año LXXXIV, sexto período, tomo XXIII).—Véase también *Neutralité belge et invasion allemande* de Maxime Lecomte y del lugarteniente-coronel Camille Lévi.

(2) Unas horas después el secretario de Estado alemán Herr Von Jagow dirigía este telegrama al gobierno luxemburgués. «A nuestro pesar, las medidas militares que se han tomado, se hacían indispensables, por el hecho de que hemos recibido noticias seguras de que fuerzas militares francesas estaban en marcha contra el Luxemburgo. Nos veíamos obligados á tomar estas medidas para la protección de nuestro ejército y para la seguridad de nuestras líneas férreas. Un acto hostil contra el Luxemburgo no está en nuestras intenciones. En presencia de la inminencia del peligro, nos ha sido desgraciadamente imposible entablar conversaciones previas con el gobierno luxemburgués.»

tampoco estaban dormidos (1). El general Maitrot escribía en 1912: «Todo el esfuerzo de los alemanes se realizará á la derecha de las provincias del Rhin y del Palatinado sobre el Mosa y á través de Bélgica y el Luxemburgo para llegar lo más rápidamente posible al territorio francés (2).»

Pero los alemanes, que son maestros en historia, debieran tener más respeto al derecho de gentes y evocar los episodios antiguos. Aun en las épocas bárbaras, la neutralidad fué siempre venerada por aquel respeto á los derechos de los hombres y á las leyes comunes del género humano, de que hablaba Polivio. *Οἱ κοῖνοι τῶν ἀνθρώπων νόμοι, τὰ κοινὰ νόμων ἀνθρώπων ἤταται...* Los romanos tenían tal respeto á la neutralidad, que los buques cartagineses y romanos que se encontraron en el puerto de Syphax, en la época de las guerras púnicas, no combatieron (3). Solamente en las épocas medioevales, bárbaras y regresivas, no había espacio para la neutralidad, como dice Walker. (*There was in fact in the medioeval international system no room for Neutrality*).

Bien es verdad, que desde tiempos antiguos es

(1) Con todo, el ministro de Estado belga Van den Heuvel parece que no sospechaba nada de esto puesto que dice en un artículo de una revista francesa: «La mayoría de los belgas esperaban ver á Alemania dar las mismas seguridades que Francia dió á Inglaterra sobre el respeto de la neutralidad belga. Todo, al parecer, debía comprometerla á ello; el respeto de la palabra dada, las buenas relaciones que existían entre ambos países y que se habían manifestado con estrépito poco tiempo antes durante una visita del Emperador y de la Emperatriz; en fin, las afirmaciones de actitud amistosa que habían prodigado las autoridades del Imperio. Hay más. ¿No tenía interés Alemania en infundir confianza, por su fidelidad á los compromisos contraídos, á los numerosos Estados neutros que se encuentran en su radio de acción?» (Véase *Le Correspondant*, LCCCCVI año, 10 de Diciembre de 1914).

(2) *L'Offensive allemande sur la Belgique*; 1912.

(3) Thomas Alfred Walker: *A history of the law of nations*, volumen I, *From the earliest times to the peace of Westfalie, 1648*; parte I, capítulo I, págs. 55 y 56. (*At the University Press, Cambridge, 1899*.)

legendaria la barbarie de los teutones y su desdén al derecho internacional. «Las prácticas de guerra de los teutones—dice Walker—los pintan como bárbaros, desprovistos de toda concepción de derecho internacional». Y, sin embargo, cualquiera hubiera creído que con el movimiento humanitario moderno, al cual se había incorporado Alemania, el pueblo germánico habría cambiado de procedimientos. Muy recientemente aún, en 1913, durante la última guerra balcánica, cuando los jefes búlgaros se entregaron á las ejecuciones sumarísimas y decisivas, la *Deutsche Revue*, órgano del pangermanismo, abrió una *enquête* para que los generales alemanes emitieran su opinión sobre los expeditivos procedimientos búlgaros.

El general Von Bernhardt, autor de *Alemania y la próxima guerra* (libro interesantísimo, de una alta estrategia), y promotor teórico del ataque brusco de Alemania, que ha sido contrarrestado por el general Leman y por el heroico ejército belga, así como por los fuertes de Lieja y Amberes, escribió esta opinión rotunda: «Aún en tiempo de guerra, los actos de vana crueldad y ferocidad son justiciables por la opinión pública. El asesinato de poblaciones indefensas, el pillaje y el incendio en los países invadidos, las ignominias cometidas con heridos, todo eso marca á esos pueblos con el hierro de la ignominia por toda la eternidad. Estos pueblos (los búlgaros) han probado que no pueden ser contados entre las naciones civilizadas, y que no son cristianos más que de nombre.»

Si estuviera formando juicio sumarísimo á los destructores de la catedral de Reims (*el incendio en los*

países invadidos), á los incendiarios y saqueadores de Lovaina (*el pillaje*), á los fusiladores y tiranos de Bruselas y Lieja (*el asesinato de poblaciones indefensas*), no haría otro alegato más luminoso el general Von Bernhardi. ¿Cómo le será ahora posible, él, que condenó á los búlgaros por incivilizados, defender como guardianes y celadores de la *kultur* á los soldados del ejército á que pertenece? ¿Cómo en lo hondo de la conciencia no le ha de morder el gusanillo del remordimiento al recordar lo que entonces escribió y lo que ahora hacen sus soldados?...

Pues el general Litzmann no es menos explícito en su contestación á la *enquête*. «Debiera guiarse (dice) por todos los medios á la opinión pública á considerar como privada de honor y decretar indigna de la sociedad de los pueblos civilizados toda nación que hiciese la guerra tan vergonzosamente» (1).

Estaban construyéndose su propio mausoleo moral estos generales germánicos cuando escribían esas palabras sinceras. Parecían presentir á un año de distancia toda la triste y oprobiosa etapa de su invasión en Bélgica, ¿O es que, acaso ellos tratarán de justificar su actitud explicando que lo que no se permite á Bulgaria puede ser lícito á la imperial Alemania, ó, para decirlo glosando un irónico adagio latino: *Quod licet Jovi non licet bovi?*... No creo que se escuden en tan falaz sofisma y en tan desdeñosa pose para excusar su invasión en Bélgica, que ha sido en verdad, como toda la Europa neutral lo reconoce, un flagrante atentado al derecho de gentes...

(1) Véanse los números de Septiembre, Octubre y Noviembre de 1915 de la *DEUTSCHE REVUE*.

El rey es el organizador de la resistencia belga.—La educación del Rey.—La Alemania idílica

¿Quién organizó la magnífica resistencia belga, que pasará á la Historia como la epopeya más grande del siglo? El rey... y solo el rey, este rey miope, estudioso, artista y serio, muchacho bien educado á la moderna, cuando era príncipe heredero y que jamás nadie sospechó—ni él mismo—que se trocara de pronto en un estratega y menos que llegara á ser un héroe...

«El que debía ser el héroe de la Bélgica nueva—dice Dumont-Willen (1)—subió al trono con la sola reputación de un príncipe, profundamente honrado, concienzudo, laborioso, algo tímido. Y por eso le quiso más la nación. Como se le agradecía mucho lo que le diferenciaba de Leopoldo II, se le agradecía que fuese buen esposo y buen padre, que manifestase gustos sencillos y no dejase descubrir ambición alguna desmesurada.»

No había sido educado para héroe, sino para príncipe de la casa de Sajonia, de la cual arrancaba su estirpe, para un príncipe como aquellos que nos describe Madame de Stäel en estas palabras; «que

(1) *Albert I, second fondateur de la Belgique. (Revue de Deux Mondes, LXXXIV año, 6.º período, tomo XXIV (Diciembre de 1914.))*

han concedido siempre á las artes la más noble de las protecciones: la independencia (1).» Se puede afirmar (añade) que en ningún país de la tierra existía tanta instrucción como en Sajonia.

Hubiera vegetado en esta corte austera y sencilla, donde la naturaleza campestre es deliciosa, aunque la sociedad no ofrezca variados placeres y donde *l'élégance d'une cour n'y prend point, l'étiquette seule peut aisément s'y établir...* Allí hubiera sido un príncipe modesto, afable, culto, entregado al placer de la música—predominante en la corte de Sajonia—y visitando de vez en vez la galería de pintura de Dresden.

El rey Alberto fué educado burguesamente en la más familiar y sencilla de las casas principescas. El Conde de Flandes, hermano *puiné* (segundón) de Leopoldo II—el rey-financiero—había puesto una especie de singular coquetería (la coquetería de la modestia y de la distinción sobria) en vivir como simple particular, como un aristócrata de cierta alcurnia, de cierto rango, pero sin fanfarronería y sin boato...

La madre de Alberto I, la Condesa de Flandes, había traído á Bélgica la moda de la sencillez, de la intimidad semi-campesina de las cortes alemanas de antaño, de esas cortes alemanas donde el príncipe aprendía un oficio manual, como recuerda Campoamor, con gran oportunidad, en una de sus obras (1). Esta sencillez de costumbres, esta fami-

(1) *De l'Allemagne, deuxième partie, cap. XIV; pág. 29.* (Œuvres complètes de Madame la Baronne de Stäel-Holstein, tomo II; Firmin Didot Frères, libraires-éditeurs, Paris, MDCCCXLIV.)

(2) En sus *Polémicas con la democracia*, dirigidas á D. Emilio Castelar.

liaridad rural y burguesa de las cortes germánicas— antes de que Alemania fuese un país sometido á la hegemonía prusiana, antes de que fuese gran nación—tenía un encanto especial para las almas poéticas. De ahí viene el espejismo de la Alemania devota y sencilla, piadosa y pura, de costumbres patriarcales, desdeñosa del lujo y de las pompas, viviendo recoleta como una monja en el centro de Europa, haciendo una vida de trabajo honrado y de prácticas religiosas, algo semejante á la que nos pinta Goldsmith en *The Vicar of Wakefield*. De ahí nos viene la imagen de la Alemania candorosa y rústica, que se nos pinta en las baladas de Bürger y de Ukland y aun en algunas de Heinrich Heine; de ahí la Alemania que nos describió madame de Stäel en su famoso libro; de ahí la Alemania encantadora de las Gretchen de blondas guedejas y azules ojos; de ahí la Alemania que era un ejemplo viviente de moralidad y sensatez en medio de una Europa ya perdida...

He aquí el cuadro de una Alemania idílica que nos presenta madame de Stäel. «Los alemanes tienen en general sinceridad y fidelidad; no faltan casi nunca á su palabra y la falsedad les es ajena. Si este defecto se introdujese alguna vez en Alemania, no podría ser sino por deseo de imitar á los extranjeros, de manifestarse tan hábiles como ellos, y, sobre todo, de no ser juguete suyo; pero el buen sentido y el buen natural pronto harían volver á los alemanes á sentir que nadie es fuerte sino tal como es naturalmente, y que la costumbre de la honradez hace á uno completamente incapaz; aun cuando quiera, de servirse de la astucia. Hay que estar armado muy á la

ligera para sacar partido de la inmoralidad, y no llevar en sí mismo una conciencia y escrúpulos que nos detienen á mitad de camino y nos hacen sentir tanto más vivamente el remordimiento de haber abandonado la antigua senda, cuanto que nos es imposible avanzar audazmente por la nueva... La potencia de trabajo y de reflexión, es uno de los rasgos distintivos de la nación alemana» (1).

(1) *Œuvres complètes*, parte 1.ª, cap. II, pág. 6.

La educación del príncipe.—Su matrimonio por amor.—La popularidad del Rey Alberto

He aquí el sistema de educación que rigió con el príncipe Alberto *ex teneri ungue*, sin que nadie le hubiera creído llamado á grandes destinos: una gran sencillez de costumbres, evitar toda ostentación y aún cercenar todas las cualidades deslumbradoras que pudieran llamar la atención, señalar la curiosidad, ó excitar la maledicencia de su pueblo...

Había hecho su educación militar en la Escuela Nacional Militar, como todos los príncipes; había cumplido sus deberes en el ejército, como todos los príncipes; había hecho un largo viaje de instrucción y recreo, como todos los príncipes... Y ni siquiera durante ese viaje había anotado *au jour le jour* sus impresiones para escribir un libro; el libro inevitable de los príncipes...

No era poeta como Oscar de Suecia, ni dilettante de la música como Guillermo de Alemania, ni oceanógrafo eminente como el Príncipe de Mónaco, ni explorador y *globe-trotter* intrépido, como el Duque de los Abruzzos. Era fundamentalmente un hombre austero, sobrio y sencillo. En fin, no había hecho nada que hiciese destacar su figura, siendo heredero de la Corona. Esto mismo inspiraba gran confianza á los partidarios demasiado rigoristas del régimen

constitucional en que, según se ha convenido, «el rey reina, pero no gobierna.»

Hasta á los enamorados románticos tenía que entusiasmar su matrimonio por amor, matrimonio de un romanticismo de novela realista—el romanticismo de las novelas de Balzac en Francia ó de Palacio Valdés en España;—matrimonio que, siendo de pasión, era también de conveniencia, de *raison*; matrimonio que unía al heredero del trono de Bélgica con una princesa joven, de noble sangre y exquisita prosapia, perteneciente á una rama segundona ó *cadette*, como dice el *Gotha*, y no reinante, que llevaba una vida apacible de hogar en Rossenhoffen.

Isabel, duquesa de Baviera, hija de un príncipe sabio, que había tomado el grado de doctor y se dedicaba á la medicina práctica, era mujer muy sencilla y modesta, que encantaba por la dulzura de su sonrisa, la campechanería de su trato, y la delicadeza de su ingeniosa caridad. Sus hijos fueron democráticamente educados, más democráticamente aún que los hijos del rey de Italia. Paseaban y jugaban por el Boulevard Anspach de Bruselas y en los parques, mezclándose á los hijos de los ciudadanos belgas más humildes. Eran encantadores de gracia y de gentileza y el pueblo sonreía al verles vivir entre los habitantes de la ciudad y al poder mirarles de cerca. Todo esto creó en torno del príncipe una popularidad de buena ley que llegó á tornarse en universal entusiasmo. Jamás rey alguno fué más popular que el rey Alberto I al subir al trono de Bélgica, donde ascendía confiado, tranquilo, sereno, pero sin vanagloria y sin deslumbramientos...

«Ciertamente la protección delicada é inteligente

que la reina concedía á los artistas y el interés que ambos jóvenes soberanos manifestaban por todos los literatos de alguna notoriedad, muestran que, á su parecer, no bastaba á Bélgica ser rica y próspera, sino que debía llevársela también á esa cultura intelectual sin la cual no hay gran pueblo. Todo eso, sin embargo, no es más que el acompañamiento y no lo esencial de un gran reinado.» Así escribe con razón Dumont-Wilden en su interesante estudio *Alberto I, segundo fundador de Bélgica* (1).

Su educación fué dirigida con buen sentido y firmeza de carácter por el general Jungbluth, coronel en la época en que le nombraron preceptor del príncipe y que ha sido también jefe de Estado Mayor del ejército belga. Este excelente mentor, que ha sido luego para su discípulo un amigo abnegado y un compañero de armas, y siempre un consejero avisado y prudente, supo desenvolver con mucho método las cualidades de aplicación y seriedad que forman el fondo del carácter del rey Alberto.

Gracias á él, el joven príncipe, vivió lejano de las intrigas de la corte y de lo que aquí llamaríamos las *camarillas* de Palacio, más curioso de estudiar hombres que cortesanos y más deseoso de comprobar hechos que de poner en práctica teorías abstractas. Contribuyó también á completar su educación Mr. Sigogne, que fué su preceptor habitual y que inclinó desde muy mozo á este futuro héroe hacia las cuestiones sociales que hoy constituyen el núcleo de preocupaciones del mundo moderno.

A tal punto se imbuía en el joven príncipe la obse-

(1) Véase *Revue des Deux Mondes*, Año LXXXIV, Período 6.º, Tomo XXIV, 1.º Diciembre, de 1914.



sión por los problemas sociales que el pueblo, siempre amante de las formulas simplistas, —*le peuple est simpliste comme les enfants*, dijo Ernesto Renan— llegó á pensar, divulgar y repetir por toda Bélgica que el rey Alberto era un rey socialista. ¡Qué fácil por eso mismo le habrá sido, en la hora de la prueba decisiva para su patria, concertar una *entente cordiale* con Emilio Vandervelde, tan significado en el mundo del socialismo!... Conforme á las tradiciones de una rama de su familia, el rey Alberto admitía el desarrollo de la democracia «como un hecho necesario en la evolución de los pueblos modernos» y soñaba en conciliar la monarquía clemente de continuidad y cohesión (como diría Azorín, siguiendo á Cánovas) con la democracia, elemento de aspiración y de anhelo...

Estas ideas, expuestas en un libro de Mr. Sigogne, eran las que aportaba al trono el rey Alberto. Tuvo un gran cuidado en mantener la más estricta corrección constitucional, más no renegó de sus idas democráticas. Salvo en los partidos extremos de la izquierda ¿hay alguien que no admita la anti-gua fórmula: conservación por progreso?... El rey aceptó la fórmula, no solo por vistosidad, por *boutade*, por hacer alarde de rey moderno, sino con hechos, eligiendo un género especial de vida y cuidando mucho los colaboradores de su obra de gobierno.

Ciertamente que, entre los ayudantes del rey había personajes de la más linajuda aristocracia belga— como el conde Juan de Merode, el conde de Arschot-Schonboven, el conde Renaud de Briey; pero había también hombres más modestos, de ori-

gen humilde, que se habían elevado por sus propios méritos y por el sufragio universal.

En una conversación que el rey tuvo algunos meses antes de la guerra con Mr. Dumont-Wilden, le manifestó su programa, sus intenciones respecto á la obra de gobierno. «La conversación no estaba destinada á publicidad (dice Dumont-Wilden), pero ciertos detalles creo que pueden ser divulgados sin inconveniente. Versó sobre tres temas principales que tienen hoy su pleno valor; la admiración que inspiraba al soberano el despertar del sentimiento patriótico en Francia, el respeto que sentía hacia la obra realizada por su tío el rey Leopoldo II y el deseo de que se manifestase entre los belgas lo que une y no lo que divide. Y en toda esta conversación, en que el buen sentido del rey me aparecía muy claro y muy nítido, á cada giro de la frase, una misma palabra ritornelaba sin cesar, que hoy me parece preñada de emoción: ¡mantener!...»

El rey presentaba el cuadro ó croquis de la labor realizada por la dinastía, obra de construcción, de fusión, de amplificación. Sus dos predecesores se habían esforzado, por una acción discreta y continua, en amalgamar los elementos diversos de un pueblo bilingüe y *biétnico*. «Por mi parte (añadía el rey) trato ahora de *mantener* lo que se ha hecho. Es ya una tarea hartó difícil *mantener* lo que se ha hecho.»

¡Admirable y conmovedora modestia — comentaremos ahora — y al mismo tiempo espléndido programa, contenido en la palabra *mantener!*... Mantener la obra tan prudentísima de Leopoldo I, hábil y sagaz agente de las grandes potencias, que había querido hacer de la Bélgica independiente y neutral

una garantía de la paz europea; mantener la obra de Leopoldo II, que había conciliado los deberes de la neutralidad con el esfuerzo hacia la grandeza necesaria á una nación para que crea en sí misma; mantener, en fin, la obra íntegra del pueblo belga; su historia, sus tradiciones, sus libertades, sus esperanzas... El rey no sospechaba entonces que para cumplir este programa había de manifestar muy pronto la firmeza de los grandes políticos, el valor de los más bravos guerreros...

El alma belga.—Antagonismo de walones y flamencos.—El espíritu democrático del Rey.—Protesta de un alemán contra la violación de la neutralidad.

¿Estaba Bélgica preparada, sin embargo, á resistir una invasión alemana y á dar la fe de vitalidad que ha dado para asombro del mundo?... No lo estaba ciertamente. Ante todo, el problema militar, la reforma del Ejército—que ya se ha esbozado en anterior capítulo—era lo más urgente. Absorto en las vanas querellas de política electoral, el Parlamento belga había mostrado siempre mala voluntad y poca solicitud hacia el problema de la Defensa Nacional. El partido conservador, que detentaba el poder, apoyándose en las campañas siempre hostiles á las cargas militares, prefirió durante mucho tiempo creer en la buena fe de Alemania y fiarse en las apariencias antes que imponer á la nación los sacrificios que hubieran sido necesarios para consolidar su seguridad y su peligrosa situación en Europa.

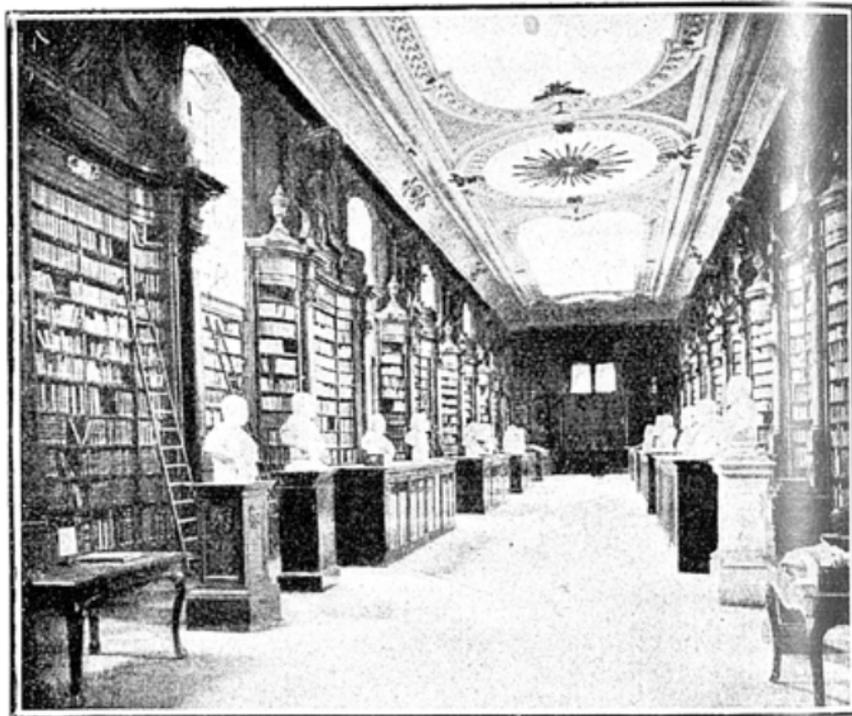
Corresponde á Mr. de Brocqueville—el actual Presidente del Consejo de Ministros—el altísimo honor de haber sabido persuadir á su mayoría de la necesidad de una reforma que permitiese la heroica resistencia de Bélgica á que acabamos de asistir. Pero

en esta árdua é ímproba labor, el ministro hubiera fracasado probablemente si no le sostuvieran el celo activo y discreto y el entusiasmo patriótico del rey Alberto I, que, sin ser militarista, ni mucho menos, soñaba con dar á su nación garantías de supervivencia para el caso de una invasión que no se hizo esperar. Otra cuestión difícil era la cuestión de razas. Flamencos y Walones andaban á la greña, y sus querellas tomaban á veces peligrosa acritud (1). Antes de la formidable tromba guerrera que, devastando el país, ha hecho más en una hora que ochenta años de labor política, los belgas (y esto se puede decir puesto que ya pertenece al pasado) no estaban seguros de tener una verdadera nacionalidad. Eran dos razas dispares, antagónicas, dos antinomias irreductibles, las que se disputaban la hegemonía de Bélgica. El sentimiento nacional, la *völkergemüth*, la consciencia histórica de la raza, estaba como dormida y confusa, yacía en los entresijos de la *subconsciencia liminal*. El pueblo no se elevaba jamás sobre las disputas de campanario.

Las clases cultas trataban de explicar su patriotismo, doctrinal y teóricamente, ya adoptando la opinión ecléctica del Profesor de Historia de la Universidad de Gante, Henri Pirenne (2), que considera á

(1) Yo he conocido en Gijón, en 1912, á un distinguido ingeniero belga, de raza walona, que no quería oír hablar siquiera de su solidaridad y fraternidad nacional con los flamencos. Llamábalos «perros tudesoy» y reclamaba para sí la gloria de pertenecer á la raza latina. «Yo soy de los vuestros», decía emocionado este hombre que había viajado mucho y que era real y verdaderamente un cosmopolita.

(2) «Europea en el fondo, formada de la sustancia de Alemania y de Francia, mezcla de romanismo y de germanismo, nuestra civilización es en parte idéntica á la de los dos grandes Estados que nos rodean.» (*Histoire de Belgique*; tomo I: *Des Origines au commencement du XIV^eme siècle*, Prefacio de la primera edición; Henri Lamertin, Editor, Bruselas, 1909.)



Biblioteca de la Universidad de Lovaina.

Bélgica como una especie de campo de experimentación de Europa, un puente tendido entre la raza germánica y la raza latina; ó bien tomando una postura positivista, semejante á la de muchos catalanistas entre nosotros, ateniéndose á las ventajas económicas con que se benefician flamencos y walones por vivir juntos, creando una especie de *patriotismo* mercantil, análogo á la asociación de una firma comercial en plena prosperidad, que enlaza á los asociados con vínculos positivos.

Realmente Bélgica, como nacionalidad no tenía arraigo en los corazones de los belgas. Parecía en medio de Europa un oasis de cosmopolitismo, un campo de experimentación para todas las tentativas audaces de los utopistas, de los *sans patrie*... Era el pueblo belga un pueblo bonachón, *bon vivant*, que vivía muy al día y muy á la ligera, sin grandes preocupaciones espirituales, ajustándose á los preceptos del sabio epicureísmo de Horacio que cantaba (*Carminum*, liber I^{us} XI):

Tu ne quæsieris scire nefas quem mihi, ignem tibi,
finem dñi, dederint Leuconoe, nec Babylonios
temptaris numeros...

Sapias vina liques et spatio brevi
spem longam reseces dum loquimur; fugerit invida
cetas; carpe diem, quàm minimùm credula postero...

Entregado al trabajo, este pueblo industrial, jamás tuvo la menor ambición guerrera. Entretenía sus ocios con el cultivo de las artes y las ciencias, poco dado á la especulación metafísica y sí mucho á las aplicaciones prácticas. De cuando en cuando estallaba y se avivaba la querrela de raza y surgía indomable el espíritu antiguo de los comuneros fla-



mencos; pero volvía á dormitar, á yacer en los profundos y recónditos senos del alma nacional.

Y el belga se conformaba con la querella electoral, con el politiquero de campanario sin que creyera que su situación nacional en Europa le permitía otra cosa que esta mansedumbre discreta. Y todo esto terminó en un día, en una hora... Las querellas políticas, los instintos electoreros cesaron como por ensalmo. Había sonado la hora grave para Bélgica la noble, la laboriosa...

Y todo se fraguó en el espíritu templado por la cultura y la seriedad de un rey bravo y gallardo. Comprendiendo quizá la terrible filosofía de la frase de Rivarol: «*C'est une terrible avantage que de n'avoir jamais rien fait, mais il ne faut pas en abuser...*»; el rey Alberto se decidió á obrar. Quizá era conveniente un estimulante para sacar á Bélgica del letargo en que yacía... Quizá fué fatal é indeclinable la misión de este rey prudente y sobrio en los destinos de Europa...

¿Consultó antes el rey con su pueblo? Sabía por sus ministros, por su propia nación, que el sentir del pueblo era unánime en este punto: rechazar la invasión alemana... Con esto se acomodó en un todo á la opinión de nuestro Ganivet—que por cierto debió aprender mucho de su democracia en Bélgica donde residió largo tiempo. «El principio fundamental del arte político ha de ser la fijación exacta del punto á que ha llegado el espíritu nacional. Esto es lo que se pregunta de vez en cuando al pueblo en los comicios sin que el pueblo conteste nunca por la razón concluyente de que no lo sabe ni es posible que lo sepa. Quien lo debe de saber es quien go-

bierna, quien por esto mismo conviene que sea más psicólogo que orador, más hábil para ahondar en el pueblo que para atraérselo con discursos sonoros (1).»

El rey belga, como un perfecto psicólogo, auscultó á su pueblo y llegó á comprender que, en un momento en que estuviese amenazada la independencia de la patria, en Bélgica reviviría el antiguo espíritu de los comuneros que luchaban por sus libertades.

A la llamada angustiosa del Rey contestó el pueblo que prefería morir á dejarse avasallar; el noble y laborioso pueblo, sufrido, valeroso, paciente... Nadie hubiera sospechado en Bélgica—que parecía afeminada por la molicie francesa—este caudal de energías en reserva... Y en vano los alemanes se encresparon y quisieron hacer irrisión del pueblo belga, tratándolo como un pueblo de ilusos y mentecatos. Todo el mundo consciente, que ama los gestos gallardos y las viriles actitudes, hubo de admirar el arranque belga.

¿Qué más? Hasta un publicista alemán, independiente el teólogo protestante liberal Martin Rade, ha escrito en *Modern Churchman*—revista protestante inglesa—con su firma, un artículo titulado: «Una protesta de un heroico protestante liberal». En él dice: «No puedo menos de deplorar la manera cómo el Canciller, en su discurso del 8 de Agosto, ha tratado la cuestión de los países neutrales, porque no necesitaba recurrir á ese proverbio: *La ne-*

(1) Angel Ganivet: *El Porvenir de España*. (Cartas á Unamuno), página 55.

cesidad no conoce ley. Con ese proverbio no puedo convencer á los que ven en la existencia de los Estados neutralés un triunfo de los derechos del hombre. Es una lástima—para la cual en verdad es difícil la reparación—que el Imperio Alemán no se hubiese abstenido en absoluto del pecado de violar los derechos, que ha cometido contra Bélgica. Quien acuse mi punto de vista de ser antipatriótico, queda desafiado. por cualquier prueba que desee, á demostrar que su amor á la patria es mejor que el que yo siento (1).»

Así que los belgas heróicos y bravos, como nuestros soldaditos guerrilleros de 1808, aunque con menos halagos de la Diosa Fortuna, tan voluble, han despertado la admiración de todos los pueblos civilizados, y los poetas ya comienzan á tejerles coronas de laurel para aureolarles. Hace poco he leído en una revista británica los siguientes hermosísimos versos dedicados «A la Raquel belga»:

For hero sons in Freedom's vanguard stain,
 o Belgian Rachel! proud amid your pain,
 you had not wept wholly uncomforted
 o'er the piled trenches of your glorious dead;
 but on your stricken head
 the Imperial Moloch, heaped a hercer woe
 passing all human comfort. Who shall know,
 O *Mater Dolorosa*, even in part,
 the pang that pierced your heart,
 what anguish wild
 smote you, when the fell foe
 slew at your breast the babe and at your knee the child? (2).

Otro poeta inglés canta á los «Hermanos en armas»:

(1) Véase la revista inglesa *The Nation*, vol. XVI, núm. 9 (28 de Noviembre de 1914).

(2) *The English Review*, Diciembre 1914.

When behind her violated border,
with imflinching bayonet and gun,
Belgium, in heroic battle order,
met the savage onset of the Hun;
when o'er league on league of peaceful tillage,
under screaming showers of shot and shell,
into open town, defenceless village,
he let loose his shameless horunds of Hell;
when Liége, henceforth a name inmortal!
perished fighting, at his cannon's mouth;
when he seized Namur and through her portal
drunk with fury, still went surging south... (1).

He aquí, pues, cómo se va formando con cantos dispersos la epopeya belga; y cómo pasados muchos siglos, un rapsoda semejante á Homero, con estos trozos líricos, escribirá la Iliada del futuro...

(1) *The Contemporary Review*, núm. 588, Diciembre, 1914.

XIII

La casta militar prusiana.—Ideas y cañones.—El pequeño ejército belga

«La insolencia de una casta militar llega á ser en Lovaina y en Rheims escándalo del mundo», dice Edward Carpenter (1). Y he aquí cómo Bélgica, víctima inocente, constituirá para Alemania la pesadilla más alucinante de su historia. Por otra parte, ¿qué florón ha añadido á sus anales militares la invasión de Bélgica? Más bien le ha servido de rémora y estorbo para una rápida y enérgica ofensiva en Francia, porque se ha cumplido por una vez aquello que dice el adagio castellano: « A las veces do cazar pensamos, cazados quedamos»...

A más de que aunque hubieran logrado plenamente el objetivo seguro y difícil de un ataque directo sobre París, siempre la condenación del mundo les seguiría como un reproche. Sus célebres obuses del 42 podrían haberse acreditado, pero de sus sentimientos morales nos quedaría el concepto más mezquino. Y los socialistas germanos que han permanecido fieles á la fe jurada (como el doctor Karl Liebknecht, Ledebour, Bernstein, Mehring, Clara Zetkin y Rosa Luxemburgo), execrarían á su patria. Y, á la larga, el poder de una idea es más fuerte que

(1) *The Roots of the Great War* (ENGLISH REVIEW, Diciembre 1914.)

el poder de un cañón. Un ingeniero y publicista alemán lo ha dicho. «El alcance de un cañón asciende á lo sumo á dos horas. El alcance de una idea llega hasta las futuras generaciones» (1).

Germania, que cree tanto en la ciencia, ¿no cree en el poder fecundador de las ideas? ¿No piensa que en nuestra época de democracia las ideas gobiernan el mundo y no los cañones? Sí; Germania cree en la ciencia, pero sólo cree en *su* ciencia. Niega competencia á todo lo que no sea germano. Recientemente, los socialistas alemanes han dicho en nota oficiosa que no reconocen competencia á los socialistas españoles para evaluar el fruto de una victoria rusa sobre Alemania (2). Han creído que el socialismo español desea la ruina de Germania y, por lo tanto, han sido menos hipócritas que los de otros países, que anhelaban lo mismo y no lo confiesan por pudor. Y por lo mismo les extienden certificado de incompetencia. ¡Curioso!... Solamente siendo alemán, á más de socialista, se puede hablar con esa desenvoltura *ex cathedrâ* sobre socialismo... Jamás se habrá visto en la Historia ni se volverá á ver caso de pueblo más seguro de sí mismo; digamos la frase justa, más infatuado...

Los alemanes tienen bellas cualidades ¿quién lo duda?, pero se pierden por hablar demasiado de ellas, prodigarlas y no administrarlas bien. *Ce n'est pas assez d'avoir de grandes qualités* — dice La Ro-

(1) J. Popper: *El derecho á vivir y el deber de morir*, cap. I, página 15. (Traducción hecha por mí; Barcelona, 1910).

(2) El Dr. Jaime Vera, cerebro visible del socialismo español, les ha contestado gallardamente en un hermoso artículo de *El Liberal* (9 de Diciembre de 1914).



Los Reyes de Bélgica paseando por una playa.

chefoucauld (1) —; *il en faut avoir l'économie*. Tienen un *surplus* de espíritu gregario. «Ovejas bobas, por donde va una van todas», como dice nuestro castizo adagio.

Tal les ha ocurrido en el caso de Bélgica, que ha sido la enorme equivocación de Alemania. Si hubieran dejado á Bélgica en paz, no se captarían la hostilidad del mundo civilizado, que los execra con todo corazón. No se hubieran expuesto además al enorme fracaso que reconocen los críticos de todos los países, aún los más neutrales, menos ellos mismos. «De los errores sufridos por el Estado Mayor alemán destácanse por su transcendental importancia: la resistencia belga y la rapidez de la movilización rusa. Ni para el uno ni para el otro se había previsto nada, puesto que por el primero se detuvo ante Lieja la violencia de la invasión... (2).»

La teoría alemana, del Estado Mayor y de los críticos militares, era que Bélgica no podía resistir ni por sus hombres ni por sus fortalezas. Y sin embargo, hombres y fortalezas han resistido más tiempo de lo que ellos pensaban, por lo cual el objetivo París ha sido frustrado. Si las viejas fortificaciones de Amberes no han resistido más, es porque representan las obras de ingeniería de la juventud del general Brialmont, mientras que Lieja y Namur — con algunos fuertes de Amberes, los más modernos — representan su madurez. Y el pequeño ejército belga ha batido valientemente á los germanos. ¡Has-

(1) *Les Maximes de La Rochefoucauld suivies de reflexions diverses*, cap. LIX.

(2) Véase el artículo de Joseph Branyas, Director de la revista española *Mercurio* (New-Orleans, Noviembre 1914).

ta la humilde Guardia Cívica, compuesta sólo de un tanto por ciento de 15×20.000 , ó sea 260.000 ciudadanos (1), sostenidos y mandados por el Ministerio del Interior y ni siquiera por el de la Guerra, han dado malos ratos á los *boches*, como dicen los franceses!...

Las necesidades de la táctica moderna han producido la idea del *grupo* táctico de todas las armas, dentro de la división. Mas, mientras en los ejércitos francés é inglés la agrupación era sólo un arreglo temporal y *ad hoc*, en Bélgica era la base de la organización normal. La división de caballería consta de tres brigadas, cada una de dos regimientos de cuatro escuadrones, y de tres baterías montadas, un batallón de ciclistas, un destacamento de ingenieros ciclistas sobre bicicletas y una sección de ambulancia. La fuerza de la división era de unos 22.000 combatientes, que significaba que la llamada división era en realidad un pequeño cuerpo de ejército. La división de caballería era sólo de 5.000 combatientes.

Esta fuerza, de seis divisiones —la 1.^a en Gante, la 2.^a en Amberes, la 3.^a en Lieja, la 4.^a en Namur, la 5.^a en Mons, la 6.^a en Bruselas (1)—con las brigadas móviles XIII y XIV en Namur y Lieja, estaba formada al hacerse la movilización por la expansión de cada uno de los veinte regimientos de infantería de tres batallones cada uno, ó sea de unos 1.650 hombres. Esto significaba una expansión de cuatro ve-

(1) De los cuales hay que descontar los que se han empleado en custodiar las ciudades, quedando sólo unos 50.000 para la guerra.

(2) En vez de los dos grupos de artillería divisionaria con *Howitzers*, la 6.^a división tenía una de artillería montada y una de *Howitzers*, ligeros.

ces más para el ejército en campo de batalla, sin contar las guarniciones de las fortalezas; pero las guerras balcánicas han demostrado que para una guerra meramente nacional, era preferible multiplicar por ocho.

Los períodos de servicio militar bajo las banderas eran: infantería, artillería pesada y zapadores-minadores, *quince meses*; caballería y artillería montada, *veinticuatro meses*; artillería de campaña y ferrocarriles, *veintiún meses*. El arma de la artillería de campaña era de la casa Krupp, construido en 1905, arma típica, inferior á la francesa, rusa é inglesa, pero superior á la alemana. El fusil, de tipo Maüser, de 300 pulgadas de calibre (1).

Con este ejército aguerrido, pero poco fuerte para resistir el empuje alemán, se atrevió Bélgica á declarar la guerra, es decir, á no aceptar el humillante *ultimatum* que le quería imponer Alemania. Presentó batalla el bravo ejército, cuyas largas túnicas azules flotaban al viento, frente á los germanos uniformados de gris, invisibles casi y confundibles con la línea del terreno. Llevaban además los belgas un pesado *knapsack* sobre la cabeza que les restaba agilidad. «Recientemente se han hecho pruebas de uniforme de campaña de color *khaki*, pero ninguna ha sido adoptada (2).»

¿No demuestra este pueblo una bravura sin igual? ¿No revela este rey un dominio absoluto sobre su carácter como sobre su pueblo? ¿No descu-

(1) Algunos de los cañones se hacían en Essen y otros en los almacenes de Cockerill, en Seraing (Lieja).

(2) *The Times History of the War*, cuaderno VII, capítulo VI, página 116.



bre una absoluta confianza en el triunfo final y un conocimiento de los deberes de monarca que asombra? ¿No manifiesta un tesón heróico, una noble emulación entre las diversas clases sociales, un apaciguamiento de las querellas seculares, hoy inoportunas?...

En verdad, del rey Alberto de Bélgica puede decirse lo que Popper, el ingeniero y pensador alemán, dice de Voltaire: que fué un hombre completo, armónico y universal, como fuera de él no ha producido otro sino Julio César, esta Europa ya cansada de dar flores de civilización superior. El elogio más circunspecto, y á la par más hiperbólico, que puede tributarse al rey de los belgas, es la frase célebre de Napoleón cuando habló por primera vez con Goethe: *Sois un hombre...*

¿Hay nada más halagador para un monarca que afirmarle que, sin perder su personalidad y su dignidad regias, conserva todo el arranque de un hombre, de un hombre viril, bravo y noble, sin arrogancias, sin afectación, sin *parade?*... El Kaiser, con su fanfarronería teatral que le capta la admiración de un pueblo, que en fuerza de sentirse emocionado ante su gesto de *cabotin*, parece más bien meridional y latino que septentrional y teutón, anunció puerilmente —como había anunciado, por lo demás, la entrada en París, á tal fecha—, la toma de Ypres y pensaba proclamar decididamente la anexión de Bélgica. Había venido en automóvil á marchas forzadas para entrar en Ypres. Desgraciadamente para él, cuando hubo visto caer á su lado ciento veinte ó ciento treinta mil hombres de los suyos en la línea del Iser, hubo de reconocer que aún no ha-

bía llegado el momento propicio de ceñir la corona del rey Alberto.

Este, después del abandono de Amberes, después de haber sido arrojado del último baluarte belga, colabora activamente con su ejército en el ala derecha del ejército franco-inglés. Una fotografía obtenida poco ha, nos le muestra en conversación con un general francés, comentando la guerra (1). Socorre á los heridos, conforta á los bravos, asiste al sepelio de los muertos. Multiplica su actividad en mil formas, sin jactarse de poseer ese don de la ubicuidad que caracteriza á Guillermo II, á quien podría llamarse burlescamente el emperador *Ubique*.

En un interesantísimo artículo, publicado por un literato español en *Nuevo Mundo*, se lee este bello diálogo: «*El Profesor*: ¿Tiene la bondad el alumno de decirme cuál era la nación más interesante en el mundo por los albores del siglo xx?—*El Alumno*: Alemania.—*El Profesor*: Ciertamente. ¿Y el país más laborioso?—*El Alumno*: Bélgica.—*El Profesor*: Sin duda alguna. ¿Estaban los destinos de ambas naciones en pugna desde algún determinado punto de vista?—*El Alumno*: No, señor. Bélgica, hacendosa en alto grado, nada podía apetecer ni envidiar. Era un reino minúsculo, el mejor poblado de Europa, sin analfabetos, orgulloso de la actividad inteligente de sus hijos. El que venía por vez primera á sus ciudades, se admiraba de aquellas torres divinas, de sublime audacia y trancería soberbia, que alzaban sus Municipios ante los campanarios de sus iglesias como afirmación de civismo é independen-

(1) Véase la revista *J'ai vu...* (Año I, núm. 1; 19 Noviembre de 1914).

cia. El rey era, como rey, un ciudadano más. Su ambición era la cultura y el cultivo. Su suelo estaba garantizado por un solemne Tratado, y bajo su fianza las ciudades eran museos y las tierras vergeles.—*El Profesor.* Entonces ¿por qué Alemania le declaró violentamente la guerra?—*El Alumno:* Alemania cometió una equivocación mortal. Necesitando destruir á Francia en el menor tiempo posible, exigió á los belgas paso franco hacia la nación aliada. Bélgica se estremeció de dolor y asco y negó con entereza eternamente sublime ese paso franco.—*El Profesor:* ¿Por qué dice usted que Bélgica se estremeció de dolor y de asco?—*El Alumno:* Porque Alemania había sido una de las naciones signatarias del Tratado en que Europa, escarmentada por las guerras napoleónicas, declaraba neutral á perpetuidad el pueblo de Bélgica, y éste hubo de comprender cuánta degeneración no es precisa para burlar la firma de un Tratado...»

Este es el punto de vista verdaderamente humano, lo mismo español que tártaro, argentino que japonés, y el que no lo sienta así, está desprovisto de los sentimientos más primitivos, sólidos, fundamentales é intangibles de la humanidad, y si por ende es militar, no merece figurar en «la religión de hombres honrados». Pueblo que no sabe ser libre y que no siente con fervor su independencia, no merece vivir. Una nación solvente, con honor y con personalidad propia, no podía allanarse á las exigencias egoístas y brutales de Alemania. Si lo hubiera hecho así, Bélgica hubiera sido borrada del libro de las naciones. Todo el valor y la oportunidad del rey Alberto I fué comprenderlo así...

XIV

Los impulsos de Bélgica.—El antiguo heroísmo belga

¿Acaso—dirán algunos—se movió Bélgica y se movió su rey por un impulso egoísta y no por un dictado de su imperativo categórico? No fué así y bien lo manifiesta claramente el hecho de la bríosidad y resolución con que rechazó la invasión, desde que se abrieron las hostilidades, cuando aun ni podrán sospecharse las lejanas consecuencias de una lucha trágica. Mas por si acaso hubiera soñado en vastas compensaciones territoriales, en extensión del dominio colonial ó en anexión de provincias fronterizas, ya la fría Inglaterra, el país del método, de la cordura y de la sensatez, se encarga de poner un valladar á este ensueño. Y por boca de sus publicistas y de sus políticos, pone la sordina de sus pensamientos al estrépito de las ilusiones belgas, si en algún núcleo nacionalista ó colonista germinaron.

«Es imposible decir cuál será la recompensa de Bélgica—dice friamente un Consejero inglés privado.—Probablemente monetaria. No hay nada territorialmente que pueda ofrecerse á este pequeño reino, porque en todos estos arreglos de frontera tiene uno que tener en cuenta el sentimiento y la raza ú origen del pueblo cuya tierra se propone uno dividir.

Bélgica nunca pediría que la otorgasen un dón tan poco digno de agradecerse como una provincia alemana, que pudiera ser un cáncer para ella como lo ha sido Alsace-Lorraine para Alemania (1).»

Con estos alicientes se adivina que Bélgica ha hecho su elección desinteresadamente y que pudiendo optar entre un reinado pacífico, turbado sólo por discordias interiores de walones y flamencos y por altercados electorales—y una nación en armas, rechazando gloriosamente una invasión;—el rey Alberto optó por esto último, con lo cual hizo honor á la noble estirpe de que procede.

(1) *The Century*, vol. 89, núm. 2, (Diciembre de 1914).

La popularidad del Rey

De aquí que se haya hecho popular en Bélgica, como nunca lo ha sido rey alguno. Mas no con aquella suerte de popularidad que da la vulgaridad y el tono mediocre y que reprocha Bernard Shaw en su bella frase mordaz: *Vulgarity in a king flatters the majority of the nation* («La vulgaridad en un rey halaga á la mayoría de la nación») (2); sino con aquella suerte de heroísmo que inflama los corazones de los súbditos y les impele á la imitación. Nada hay que tanto emocione á un pueblo educado en la realeza como el valor personal de un monarca.

Sabíamos del rey Alberto que era culto y aficionado á las artes; no sabíamos que fuese un monarca personalmente bravo. Sus placeres favoritos eran la lectura y la conservación; tenía gusto en sentar á su mesa un número de convidados que no excediese al de las Musas ni fuese menor que el de las Gracias, como quería Lord Bolingbroke. Sus contertulios más asiduos eran el violinista Ysaye y el poeta Verhaeren, que decía sus versos tumultuosos y fuertes... Había en él un buen padre de familia, un hombre culto y moderno, un rey leal.

(1) *Man and Superman: A Comedy and a Philosophy*, by Bernard Shaw: *The Revolutionist's Handbook*, pág. 228, (Brentano's; New York, MCMVII).

¿Nada más? La guerra nos lo ha revelado como un héroe y nos ha probado que tenía el alma heroica de los belgas de antaño, de aquel Henry de Dinant que gritaba: *¡Le sang des Liégeois n'appartient qu'à leur pays!..*; de aquellos hijos de Lieja que, en 1465, á punto de ser sitiada la ciudad por el Duque de Borgoña, salieron en número de seiscientos y estaban dispuestos á asaltar las tiendas del Rey de Francia y del Duque de Borgoña, si hubiesen conocido el camino directo, según cuenta Felipe de Commines; de aquellos franchimonteses mandados por los intrépidos Vicente de Hueren y Jorge Strailhes; de aquel Sebastián La Ruelle, que fué victima de las asechanzas de un señor de Warfussée, Conde de Renessé, aventurero de equívoca condición, que trató de envenenar á La Ruelle (1) y al fin acabó por ejecutarlo, entre los clamores de una muchedumbre indignada; de aquel bravo Florencio Enrique Lorenzo Teodoro, Conde de Berlaymont, Señor de Bormeville, Vizconde de Heid, mayor general de la Ciudadela de Lieja, y en 1771 coronel del regimiento de infantería nacional liejense.

De esta casta heroica, de esta *souche* nobilísima y brava, brota el rey Alberto, que ha cumplido, no sólo su noble misión de monarca, sino la más difícil é inesperada de héroe...

¿Sabeis lo que dijo el Rey Alberto en el comienzo de la invasión germánica? Una frase digna de pasar

(1) Unos soldados españoles fueron los que ejecutaron las órdenes de Warfussée, penetrando en el comedor y apoderándose de La Ruelle á mosquete blandido; pero no es de la hidalga condición de nuestra raza prestarse á tales ignominias y nuestros soldados, viendo á La Ruelle atado de pies y manos, no osaban fundirle, como el traidor Warfussée les aconsejó. No hay desdoro alguno, pues, para nuestro valiente ejército en esta anécdota.

á las Antologías. Cuando se le avisó que Alemania lanzaba sobre Bélgica sus tres más bravos cuerpos de ejército; los de Brandeburgo, los de Hanover y los de Pomerania:—*Attaqués par ces gens-là*—contestó el rey—*nous aurons chaud!*... (Atacados por esas gentes, tendremos calor...) «Alemania quería pasar (comenta Mr. de Brocqueville, el Presidente del Consejo de Ministros) nosotros íbamos á detener á Alemania. Lieja no era exactamente una plaza fuerte. Diversos fuertes independientes defendían su entrada. Enviamos enseguida 20.000 hombres... Tuvimos calor; los alemanes también lo tuvieron... Sufrieron durante estas jornadas sus primeros desastres. Confesaron ellos mismos 18.700 muertos. Sus tropas estuvieron tan desmoralizadas que hubo que echarlas hacia atrás. No os hablo de las otras batallas de Lovaina, de Haelen, de Aerschot, donde hemos atacado siempre y ganado terreno. Nos retirábamos estratégicamente ante el número, pero siempre después de haberles dado terribles puñetazos en el rostro. Tres semanas, desde el 3 al 25 de Agosto, hemos detenido á los bárbaros...»

Por este espíritu acendrado de sacrificio, por esta abnegación y este heroísmo, que supo imprimir á su pequeño ejército, sirviendo él de ejemplo luminoso—como la caridad discreta y persuasiva de la Reina Isabel sirvió de acicate y estímulo á las damas belgas;—por esta brava y bella resistencia del ejército que, con el general Leman, mandaba el Rey Alberto; por esta unanimidad del pueblo en combatir, desde que el ejército del general Von Emmich se presentó ante los muros de Lieja hasta que el general Von-

der Goltz se nombró por sí y ante sí gobernador general de Bélgica; por esta asistencia perpetua á la línea de combate; por este exquisito cuidado en animar y arengar á sus tropas, incitándolas al heroísmo; por esas bellas hazañas, dignas de los grandes caudillos,—el rey Alberto de Bélgica merece bien de la humanidad y pasará á la Historia como un ejemplo vivo de lo que pueden las virtudes de la abnegación, del sacrificio y del deber cumplido, cuando se dan en un hombre culto, que es á la vez un rey, de corazón de oro, cuyo nombre immaculado vivirá tanto como viva su heroico pueblo...

APÉNDICE I

DOCUMENTOS EMOCIONANTES DE LA GUERRA EN BÉLGICA

Palabras de Mr. de Brocqueville, Presidente del Consejo de Ministros, después de la toma de Amberes.

«Para terminar su obra, bajo el bombardeo, entró el ejército en la plaza, después de haber asegurado la defensa; para cumplir una misión más noble aún, salió íntegro hasta el último límite. Habíase oído siempre decir á todos los pueblos que, siendo Amberes el reducto nacional, su caída debía arrastrar la del gobierno de la nación. Amberes quedó en manos del agresor como una túnica vacía... El cuerpo se había desprendido; marchaba hácia el Oesté. El General en jefe de las fuerzas inglesas en Bélgica, al presenciar esta retirada, exclamó: *Haremos matar hasta el último de nuestros hombres para amparar á un ejército así.*»

*Palabras del Courrier de l'Armée, Diario Oficial del
Gobierno belga.*

«Se nos había dicho: —¡Manteneos por veinticuatro horas!... El enemigo nos batía con sus obuses. Y nos mantenemos por veinticuatro horas. —¡Manteneos por veinticuatro horas más!, se nos suplica... Más numerosa, la artillería alemana nos inundaba con sus proyectiles. Y nos mantenemos por veinticuatro horas más. La tercera jornada comenzaba. Un accidente de ruta impedía siempre á los socorros llegar. Fatigado de mantenerse tanto tiempo, el ejército belga salió de sus trincheras y atacó. Atacó el cuarto día y al quinto, cuando llegaron los aliados, no lo encontraron ya en la ribera que debía guardar, sino hacia adelante, en el agua, al frente del puente que les abría la brecha, entre la masa alemana... Se os había exigido sosteneros tres semanas. Os habéis sostenido tres meses. Y no queréis soltar el último girón de vuestro suelo natal...»

Carta de un cabo furriel á su coronel.

«Nos han tomado todo. Han invadido nuestro país. Han matado niños, han martirizado mujeres en nuestro propio hogar. Han destruído rabiosamente nuestros monumentos históricos, y nuestras obras de arte, han saqueado nuestras bibliotecas; han ocupado Lieja, la ciudad ardiente; han ocupado sucesivamente Namur, Lovaina, Charleroi, Bruselas, Malinas, Amberes, Ostende... ¿Y luego?... Después, mi coronel, no sabemos lo que haremos. Pero lo que yo sé es que jamás perderemos el valor. Hemos sido vencidos, á pesar de nuestra resistencia. Pero no nos confesaremos vencidos; no seremos jamás vencidos. No nos rendiremos, mi coronel. Nuestro rey no lo quiere y nosotros adoramos en nuestro rey. Vendrá la hora de la venganza. Y esa hora la esperamos con impaciencia...»

(Esta sencilla y elocuente carta, reflejo fiel de los sentimientos del pueblo belga, ha sido publicada por el *Courrier de l'Armée*).

Proclama del Rey Alberto á sus tropas, después de la retirada de Amberes, en la víspera de la batalla del Iser; proclama que quedará como una de las más nobles y bellas páginas de la Historia.

«Oficiales, suboficiales y soldados: Habéis contestado noblemente al llamamiento del rey y del gobierno. Vuestra resistencia tan valiente ha asombrado al mundo y lo ha llenado de admiración por la nación belga. Esta, gracias á vuestro heroísmo, se ha agrandado á los ojos del Universo, y basta desde hoy decirse belga para sentir á su alrededor una simpatía respetuosa. Gracias á vosotros se ha operado ese milagro.

»En el momento en que Bélgica, casi entera, está en poder de las hordas enemigas, goza, á través de los continentes, de un prestigio casi único en los anales de la Historia; su independencia está más garantida que nunca...

»Oficiales, suboficiales y soldados: Habéis combatido durante más de dos meses con un maravilloso valor y una rara energía; no habéis podido evitar al país una invasión odiosa. Pero Bélgica no está sometida y el ejército belga no está aniquilado. Gracias á la hábil retirada de Amberes, fuerzas considerables permanecen intactas, y el apoyo de los reclutas y de los voluntarios va á permitir al ejército de campaña reconstituirse por completo. Va á poder proseguir la lucha terca, al lado de los ejércitos ingleses y franceses, sus gloriosos primogénitos, con los cuales va en lo sucesivo á colaborar íntimamente.

»Juntos los aliados van á recobrar palmo á palmo el territorio hollado por la ocupación de un enemigo poderoso, que había premeditado la guerra y reunido contra nosotros medios formidables... Soldados, nuestras ciudades han sido incendiadas, nuestras campiñas asoladas, nuestros hogares destruídos. El luto se extiende por toda nuestra querida patria, cruelmente martirizada por enemigos implacables. Males aún más crueles acechan á nuestros compatriotas, si vosotros no los libráis de un ardid infame. Un deber imperioso se impone, pues, á vosotros. A la primera señal de vuestros jefes, sabréis cumplirlo...

»Un gran rey de Francia, en un día de derrota, escribía esta altiva frase: *Todo se ha perdido menos el honor...*

»Habéis cubierto de honor á vuestra infortunada patria. Hay que hacerla renacer hoy de sus cenizas.

»Soldados: os queda algo más que la gloria por conquistar; os queda el deber de libertar á vuestra patria con el concurso de las fuerzas de nuestros nobles aliados...»

APÉNDICE II

ANECDOTAS DE LA VIDA DEL REY ALBERTO

Meminisse juvat...

El bravo y leal soldado, que trataba como camaradas á todos los militares, y que no quería que su alto linaje le preservase de las fatigas y de las molestias de la noble profesión de las armas (1), está representado en el conjunto de algunas anécdotas ingenuas ó irónicas que quiero recordar.

Un día, en 1910, inspeccionaba á cuatro mil menores que habían venido á Bruselas. De repente un hombre avanzó hacia el rey, con gran asombro de los personajes de su escolta... Era un bravo hijo de Bélgica que había sido subalerno del rey cuando éste no era más que un simple capitán de granaderos.

—*¡Nom d'un tonnerre!*—exclamó el viejo soldado

(1) «Los bruseleses le han visto muchas veces volver de fatigantes marchas—dice Jean Leclat—á pie, cubierto de polvo. El príncipe heredero frecuentaba la *mess* de los oficiales y se mostraba con sus camaradas de una encantadora cordialidad.» (*Le Roi Albert: Le soldat héroïque et son Armée*; Edición Nilsson, París, 1914.)

tendiendo su mano callosa al rey—¡qué alegría me da volver á ver á mi capitán!...

Alberto I sonrió y oprimiendo la mano leal del minero, respondió:—¡Ah, sí! Eran nuestros buenos tiempos. (*Eh oui! c'était le bon temps!*)...

He aquí un rasgo de verdadera democracia, sin bajeza, y de confraternidad con el pueblo, sin afectación. Ahora he de narrar otro delicado rasgo, lleno de sencillez pero no exento de cierta ironía, absolutamente inofensiva, una ironía de buen burgués flamenco que se entretiene en hacer una jugarreta algo pueril, algo sosa...

Durante un viaje que hacía de incógnito en Alemania con su ayudante de campo, el general lungbluth, llegó á la estación de Postdam. Había, á lo largo de la sala de espera, guirnaldas, plantas verdes, gallardetes, oriflamas, banderas. El jefe de estación circulaba por el andén, con su uniforme flamante nuevo, muy etiquetero y enguantado, con esa rigidez característica de los prusianos.

En el cerebro del rey, que se regocijaba ante la grotesca silueta, surgió una idea maliciosa. Sin darse á conocer montó en el tren con su ayudante de campo. Sentóse en un departamento y se puso tranquilamente á leer un periódico. El jefe de estación seguía circulando de arriba abajo y en su faz rígida y algo embotada se leía un sentimiento cada vez más acentuado y visible de inquietud. Pasaba un cuarto de hora de la fijada para la salida del tren y el rey no llegaba. ¿Qué habría ocurrido? ¿Alguna terrible desgracia? ¿Algún atentado?... De súbito, el rey Alberto, el desconocido, descendió del vagón donde había montado y se acercó al autómata...

—Señor jefe (le dijo) ¿no sale el tren?... ¡Ha pasado la hora...!

—No sale el tren, no,—contestó el jefe de mala gana... —Espero á un gran personaje...

—¿Quién es ese personaje tan poco puntual? preguntó el incógnito Alberto.

—Su Majestad, el rey de los belgas... —contestó el jefe con aire de importancia al forastero, que acaso le parecía importuno.

—Pues bien; es la hora de salida... Salgamos... Salgamos... Tanto peor para Su Majestad.

—No puede ser... Tengo mis órdenes...

—¡Ah!, sí, ¿tiene usted sus órdenes?... Pues... Salgamos porque... yo soy el Rey.

El jefe de estación se puso encendido de asombro y el simpático y llano rey Alberto subió al vagón riéndose como un muchacho.

En la atroz invasión que ha sufrido el suelo belga, el rey Alberto ha dado pruebas constantes de su gran presencia de ánimo y ha convivido literalmente con sus soldados hasta el punto de que ha llegado á ver á un recluta con una carta en la mano, como deseando saber por donde hacerla llegar á su familia y el rey le ha dicho muy gentilmente:

—Camarada ¿has escrito á tu casa? Dame tu carta; yo me encargo de ella. «Imaginaos (dice un cronista) si el *Rey cartero* ha tenido éxito y si se cuenta la anécdota bebiendo un buen café, en las raras horas de reposo (1).»

Al comienzo de la campaña, cerca de Termonde,

(1) Jean Leclat: *Le roi Albert: Le soldat heroique et son Armée*, cap. V. p. 39. (Editions Nilsson. París, 1914).

le ocurrió lo siguiente. Pasaba un día en automóvil á toda velocidad cerca de un puente cuando su *chauffeur* fué detenido por enérgicas voces y bajo la amenaza de unos fusiles sino obedecía á las órdenes dadas. Eran bravos miembros de la Guardia cívica, á quienes se había confiado la custodia del puente y que cumplían rigurosamente su consigna,

—¡Alto! Por aquí no se pasa, gritaron.

El auto se detuvo al fin y el *chauffeur* les dijo á media voz:

—¡Es el rey!

Pero los valientes y vigilantes soldados vacilaban hasta que la alta y esbelta silueta del monarca, inclinándose ante la portezuela, les sonrió y les felicitó por su celo.

Durante las fructíferas salidas que hizo de Amberes el ejército belga, caían los obuses á veinte metros de uno de los puestos más peligrosos, donde estaba el monarca. Su ayudante de campo le rogó que se retirara un poco.

—No—respondió el rey—no quiero que mis soldados puedan decir que su jefe se retira del peligro mientras envía á los hombres á hacer frente á las balas de los enemigos...

He aquí que estas anécdotas pintan bien á las claras el carácter del rey, el rey-héroe, á quien Richépin ha cantado en estos trémulos versos:

Grand Roi, heros simple et sublime
 en qui ton peuple s'incarna
 pour nous preserver de l'abíme,
 vers ta force—aube sur la cime—
 le monde entier chante «Hosanna».

Y de quien Maurice Mœterlinck ha dicho estas

nobles palabras: «De todos los héroes de esta enorme guerra que sobrevivirán en la memoria de los hombres, uno de los más puros, de los que no se sabrá jamás como adorarlo bastante, será ciertamente el joven y gran rey de mi pequeña patria. Fué verdaderamente, en la hora decisiva, el hombre providencial, el que esperaban todos los corazones. Supo encarnar en subitánea belleza la voluntad profunda de su pueblo. Fué de repente toda la Bélgica revelada á sí misma y á los demás. Tuvo esa admirable suerte de adquirir y dar conciencia en el instante más trágico y más inquieto en que las mejores conciencias pierden su seguridad. Si no hubiese estado él ahí, las cosas, sin duda alguna, no hubiesen pasado del mismo modo y la historia hubiera perdido una de sus más bellas y nobles páginas...»



El general Lemán, heroico defensor de Lieja.

APÉNDICE III

UN CONTERTULIO DEL REY DE BÉLGICA: EL POETA VERHAEREN

En el pueblecito de Saint-Amand, situado en la intersección de la Flandes oriental, en la provincia de Amberes, hoy del Brabante, al borde del Escalda, que domina toda la comarca, nació el poeta Emilio Verhaeren, el 21 de Mayo de 1855. Cuenta, pues, hoy, el cantor de las ciudades tentaculares, cincuenta y nueve años, en el camino de los sesenta. Se comprende que la guerra le haya *epargnè*, como dicen sus compatriotas. Manos de sexagenario, temblonas además de tanto tañer la lira septicorde, mal podrían sujetar el fusil Lebel...

El país de Verhaeren es tierra de vastos horizontes, de verdes llanuras, muy combatidas por los vientos. Semejante á la región esteparia de nuestra Castilla, esta comarca de Bélgica solo ve cortada la uniformidad de su planicie por los campanarios de los pueblos. La yerba jugosa de las praderas, anualmente fecundadas por el Escalda, le da semejanza con nuestras vegas del Norte. Toda la infancia del poeta se deslizó en este paisaje áspero y magníficamente triste que le ha moldeado para siempre...

La casa familiar de los Verhaeren se elevaba en una encrucijada, por donde pasa la carretera de Termonde á Amberes, que tropas germanas han manchado con su paso. Desde las ventanas que daban al río se podían ver los barcos de altos mástiles. Un Cristo llagado y sanguinolento —de estos Cristos que recuerdan la dominación española, de estos Cristos singulares de España, que evoca Verhaeren con tan refinada sutileza en *L'Espagne noire*— se mostraba en un muro, con sus llagas violáceas... Los días de procesión, se alzaba allí un altarcito, un reposorio, donde Verhaeren se arrodillaba, vestido de angelote, portador de una palma... Desde su casa se oían sonar campanas, interminablemente...

El ha cantado en uno de sus poemas (*Le peuple*) estas voces de plata y oro:

Comme à l'éparpillée,
 les cent cloches mêlant leurs voix multipliées,
 à la fête tonnante au loin, sur les remparts,
 s'interpellaient et babillaient de toutes parts,
 dans l'air de flamme;
 quand tout-à-coup, de large en long,
 balla le lourd et violent bourdon
 de Nôtre-Dame.....

(*Les Rythmes souverains*, págs. 145 y 146; Paris, 1910.)

Su infancia fué devota y católica. Su familia era fundamentalmente religiosa. Él la evoca en otro poema del mismo libro, *La Prière*:

Que bondisse soudain mon âme aventurière
 vers l'avenir;
 et tout-à-coup je sens encore,
 comme au temps de l'enfance, au fond de moi fremir
 l'aile qui dort
 des anciennes prières.

Y en su maravilloso poema *Las Catedrales* ha dicho todo el prestigio y el esplendor de las basílicas católicas, llenas de fausto, de luces, de cirios, de aromas de incienso, en los días solemnes en que los obispos, de violeta y oro, offician de pontifical! ¡Fausto bizantino de las iglesias católicas, que no olvidamos jamás los corazones que nos hemos medido en la infancia al son de los órganos gigantes, entre olorosas nubes de incienso!... Oid á Verhaeren:

Au fond du cœur sacerdotal
d'où leur splendeur s'érige
— or, argent, diamant, cristal—
lourds de siècles et de prestiges,
pendant les vêpres, quand les soirs
aux longues prières invitent,
ils s'imposent les ostensoirs
dont les fixes joyaux méditent.....

Les ostensoirs ornés de soir,
vers les villes échafaudées,
en toits de verre et de cristal,
du haut du chœur sacerdotal,
tendent la croix des gothiques idées.

Ils s'imposent dans l'or des clairs dimanches
— Toussaint, Noël, Pâques et Pentecôtes blanches—
ils s'imposent dans l'or et dans l'encens et dans la fête
du grand orgue battant du vol de ses tempêtes
les chapiteaux rouges et les voûtes vermeilles;
ils ont une âme, en du soleil,
qui vit de vieux décor et d'antique mystère
autoritaire.

La familia en que Verhaeren vivió su infancia católica, componíase, á más del padre y de la madre (llamada Adèle Debock antes del matrimonio), del hermano de ésta, que tenía una fábrica cuyas chimeneas arrojaban humo no lejos de la mansión familiar, y de su hermana Amelia Debock, vieja tía solte-

rona por la cual el niño soñador sintió una gran ternura y una gran devoción. Estos Debock, que eran originarios del país y que estaban muy ufanos de ello, pues su madre procedía de Herenthals y tenía por apellido Lepaige, de rancia estirpe francesa, trataban amistosamente de extranjero á Gustavo Verhaeren, padre de Emilio, que era de Bruselas, donde su padre había conquistado un *buen pasar*, como aquí decimos, una áurea medianía, vendiendo paños en una tienda de la rue de l'Ecuyer. Probablemente los Verhaeren procedían de Holanda, por el apellido. El padre de Emilio vivía en Saint-Amand como un rentista acaudalado de pueblo. En la familia, á pesar de ser de prosapia flamenca, no se hablaba sino el francés y las criadas eran siempre de Lieja. El poeta no aprendió desde su nacimiento á hablar flamenco, sino que lo comenzó luego, á los siete años, con su maestro Carlos Mertens.

Verhaeren ha consagrado un bello libro á sus recuerdos de infancia, del cual se entresacan estos datos. Hasta las horas sombrías y lúgubres del internado ¡qué horas de libertad y de encanto disfrutó!. Los pájaros y los grandes árboles del jardín de la casa daban al niño la visión radiante de un Paraíso ensañado... En su poema *Le Paradis* (el primero de la colección de *Les Rythmes souverains*) ha evocado el jardín familiar. Las bestias fantásticas que enumeraba la Escritura para la Tierra Santa eran los pavones y los faisanes, cuyos lentos movimientos y cuyo exótico plumaje ejercían poderosa fascinación sobre el niño...

Y cuando el tío Debock volvía de Amberes, del gran puerto cosmopolita, de tratar con armadores

de buques, en ruta sobre los mares lejanos, ¡qué impresión de ensoñaciones poéticas dejaba la estela de los navíos en el alma del niño, soñando con aventuras en tierras remotas!.. En su poema *Le Navire* ha cantado la audacia de los hombres de mar.

La belle immensité exaltait la gabarre,
dont l'étrave marquait les flots d'un long chemin;
l'homme, qui maintenait à contrevent la barre,
sentait vibrer tout le navire entre ses mains.

Il tanguait sur l'effroi, la mort et les abîmes,
d'accord avec chaque astre et chaque volonté,
et maîtrisant ainsi les forces unanimes,
semblait dompter et asservir l'éternité...

En *Les Villages Illusoires* ha evocado los juegos de su infancia y los hombres dedicados á oficios humildes, cuyos hijos fueron sus camaradas de juegos infantiles: el aguador, el cordelero, el herrero, el barbero .. Hay un retrato de estos años en que el niño tiene en la mano su magnífico sombrero de los domingos, de gallarda pluma, mientras sus ojos persiguen un sueño... También surgió la inevitable aparición de los doce años, la niña de lindos ojos, Celina de Cock, que murió muy joven *en bas âge*, como se dice en su idioma, tan enternecedoramente...

Recuerda durante una convalecencia haber mirado mucho las oleografías de un Antiguo Testamento de Rubens y Otho Vœnius que un tío suyo, canónigo, dueño de una rica biblioteca, legara á su padre. Asistió á la escuela comunal de Saint-Amand, hasta el 18 de Marzo de 1866, día en que hizo su primera comunión. Aún conserva el libro de rezos como reliquia de su infancia. A los doce años comenzó estudios más serios y entró en el Instituto de

San Luis, en Bruselas, donde pasó dos años. A los trece ó catorce se matriculó en el Colegio Sainte-Barbe, en Gante, en cuyos bancos habían de sentarse años más tarde Mæterlinck y Van Leberghe. El sombrío colegio de Padres Jesuítas les había de dejar á los tres artistas idéntica impresión lúgubre...

Aquí se unió en íntima y nunca rota amistad con Jorge Rodembach, el gran poeta, su condiscípulo. En tercero de latín comenzaron ambos á escribir versos. Su profesor, el Padre Valdery, les alentaba. Ambos poetas de quince años sometían sus versos á la censura de uno de sus camaradas, un año mayor que ellos; este crítico precoz era Edgar Patyn, más tarde escritor flamenco. Sus ídolos de entonces eran Lacordaire, Lamartine y Chateaubriand. Víctor Hugo estaba aún, para los Padres Jesuítas, marcado con el estigma de un réprobo, y su nombre tenía—en boca de algunos camaradas—el sabor de un fruto prohibido...

Su familia tenía la burguesa intención de destinar á Emilio al comercio de aceites, en sucesión de su tío. La fábrica movía sus enormes máquinas para el niño, presagiándole un porvenir brillante. Un año hubo de venir á sentarse en el *bureau* de su tío para iniciarse en los secretos de la contabilidad. Se opuso y hubo de sostener un largo litigio con su familia, para que ésta le permitiera hacerse abogado, como su amigo Rodembach, que había salido del colegio hacia la Universidad de Gante, á prepararse para el foro. Verhaeren fué á Lovaina, reducto de la filosofía católica, archivo sin par de la ciencia neo-tomística, hoy saqueada y pillada por las tropas de Alemania, que no se redimirá jamás de este pe-

cado contra la cultura católica, hagan los esfuerzos que hagan sus oficiosos defensores de España, que han olvidado todo lo que deben á Lovaina para hundirse de hoz y coz en un germanismo oportunista y sin contenido espiritual...

Verhaeren peleó grandes batallas por Cristo, defendiendo la ortodoxia católica contra las tendencias modernas en aquel baluarte del catolicismo, que era la Universidad de Lovaina, donde enseñó nuestro Luis Vives. Ya sé que, á pesar de eso, no he de conmover los pechos pétreos de nuestros deliciosos y originales católicos, que seguirán estimando á Bélgica como un pobre diablo de país y á Germania, Santa é Imperial, como la cifra y coronación de las grandezas humanas. Dios les corone á ellos también de gloria en el Paraíso bobo é insípido que yo les deseo; pero no ciertamente en compañía de Tertuliano, de Clemente de Alejandría ó de San Agustín, sino de San Simeón Estilista ó de beatos tan dulzones como éste...

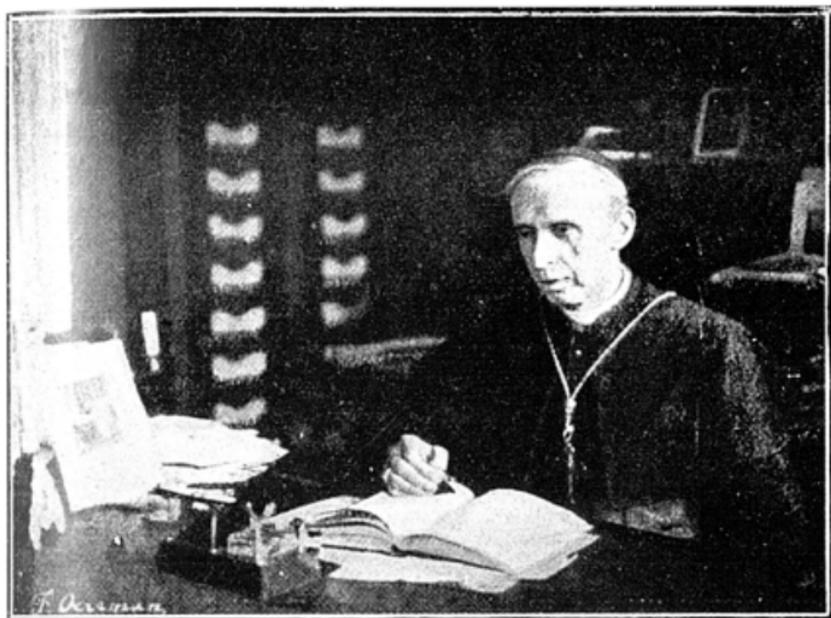
Sus compañeros de Universidad eran Paul Siret y Camilo Desguin, desaparecidos luego, y Emilio Van Arenbergh, hoy juez de paz. También les acompañaban alguna vez Gilkin, Giraud y Deman, bibliómano impenitente, que luego había de ser el editor de casi todos sus libros. Por entonces leían ya con entusiasmo á tres poetas de Francia, Musset, Gautier, Baudelaire, Leconte de Lisle, Coppée y Richopin.

Fundaron, por entonces, estos camaradas de Lovaina, una revista, *La Semaine*, —que duró desde Octubre de 1879 hasta Enero de 1881— donde zaherían al *peeterman*, nombre flamenco del «filisteo»

ó burgués, á los liberales, enemigos de la Iglesia... y á la Policía.

Verhaeren ya hacía versos, versos mediocres, al nivel de la hojita semanal. Entre estos poemas y la primera composición «seria» de su primer volumen de *Poèmes (Cantiques; 1882)* no hay lazo intelectual. La transición de poeta provinciano y banal á gran poeta fué brusca. Comenzó á colaborar en *La Jeune Belgique* que dirigía Max Waller; después en *L'Art moderne* y *La Société nouvelle*.

Luego, en banquetes truculentos, que presidía Camilo Lemonnier, anfitrión desbordante de vida y de verbosidad, exhibió chalecos inverosímiles. Era entonces en Bélgica la moda de los chalecos fantásticos, como lo había sido en Francia durante el romanticismo. (Se recordará el chaleco rojo de Teófilo Gautier, presidiendo, como una llama, el estreno de *Hernani*.) Verhaeren era de los más audaces en este orden de la filosofía del traje, que diría nuestro amigo Teufelsdröckh en la fantástica ciudad de Weissnichtwo. Gracias á su amigo Darío de Regoyos, el gran pintor vasco fallecido el año pasado, se hicieron unos chalecos maravillosos que habían cortado de unos cortinones que la madre del pintor tenía en San Sebastián... (¿Os acordáis, oh contertulios del *Lion d'Or*, oh, sutil y francés Mourlane, que ahora estarás tan triste á causa de Francia; oh, pintoresco Sabino de Ayala; oh, paradoxal y fino Eguillor, de nuestras charlas sobre Darío de Regoyos?...) Por lo demás, él era muy español, por su arte, un poco feroz é inquietante, émulo del arte pictórico que él había admirado tanto en un Greco, un Ribera, un Zurbarán ó un Valdés Leal.



Monseñor Mercier, Cardenal-Arzbispo de Malinas, Primado de Bélgica.

Cuando vino con el pobre y pálido Darío de Regoyos á recorrer á España, tuvo la sensación de encontrarse *comme chez lui*... Llevaba á España en la sangre; en sentido figurado, bien entendido, porque la proporción de sangre española que corre en las venas flamencas es mínima ó casi nula...

Se encontró en la patria de su arte; un arte fuerte, casi llevado al paroxismo. Le inquietaron, muy particularmente, Avila y Sigüenza en Castilla, Haro en la Rioja.

«Imagino—dice su biógrafo Leon Bagalzette—que si intentase hoy la misma experiencia, la sensación sería distinta.» (*Les célébrités d'aujourd'hui: Emile Verhaeren*, p. 32; Bibliothèque Internationale d'édition, E. Sansot et Cie., Paris, 1907).

¿Acaso podría codearse Verhaeren con los hombres del pueblo con quienes se codeó en su viaje — según Bagalzette —; con los labriegos, los toreros y los arrieros? ¿Acaso han desaparecido estos tipos auténticos de España?

¿Por qué? Pienso yo que España tiene el privilegio de conservar sus cualidades típicas y, de ahí, que se haya formado en el extranjero la leyenda que aquí se llama de «la España de pandereta», y que no es sino la España real y verídica...

Se ha dicho, y con razón, que era un artista dominado por el atavismo de los esplendores de sangre y oro del catolicismo español. Y aunque muy moderno y muy de su raza y muy «siglo xx», así es. Tiene el españolismo en lo gigantesco, en lo fuerte, en lo desbordante de su arte. Cuando vino á España, se extasió ante los Cristos morados y lúgubres de las iglesias. Y esta obsesión del catolicismo es-

pañol del siglo xvii, le persigue hasta el punto de hacerle concebir un drama torturador y sombrío, su *Felipe II*. La imagen de Don Carlos, doliente y misterioso príncipe, es la que más le emociona en sus visiones de la España histórica. Y si bien el drama no está á la altura de Verhaeren, porque, como dice un crítico francés, el verso entremezclado con la prosa, *s'y banalise*, se vulgariza, sí, y no tiene el esplendor severo que reviste en sus poemas líricos, en *Les campagnes hallucinées* ó en *Les Villes tentaculaires*, donde el verso tiembla como una onda ó ruge como una tempestad; no obstante, hay momentos y episodios bellísimos en el drama.

Las evocaciones históricas del dominio español en Flandes, se distinguen por su nitidez. En el primer acto, Don Carlos dice á Don Juan de Austria: «Me quedan todos los señores de Flandes. Bredede, Hornes, D'Egmont sostienen mi pleito. No tendré más que presentarme para encontrar un ejército. Lo han prometido; está dispuesto; no espera más que su jefe, yo. Si vacilo, Amberes, Bruselas y Gante se sustraen al dominio de España. El Duque de Alba es allí aborrecido. Su presencia sería la ruina y la vergüenza. Ya el nombre de Guillermo de Orange se agranda... El pueblo se apodera de ese nombre y olvida el de Carlos V. Ni la Regente ni Granvelle resisten. Están agotados de fuerzas y de recursos.» (*Philippe II*, p. 28; Paris, MCMI),

El Príncipe Don Carlos representa en este drama un grito de rebeldía y de vida que se ahoga en la penumbra del sombrío Escorial:

Aux vieux miroirs desserts d'un vieil Escorial

como cantó otro poeta flamenco, Alberto Samain.

Ha logrado Verhaeren hacer la figura del Príncipe más simpática que la hizo Schiller, á pesar de haberse documentado menos quizá. La Condesa de Clermont es la voz de Europa extinguiéndose en la fúnebre soledad de España. Fray Bernardo es el inquisidor misterioso y ceñudo, el poder teocrático. La última escena es de una enorme vibración cuando Fray Bernardo, seguido de soldados, entra en la Cámara del príncipe diciendo:

Au nom du Saint-Office et du Saint-Patrimoine de l'Eglise...

Don Carlos.

Je suis Carlos d'Espagne, moine, je te defends d'oser...

La Condesa grita luego despavorida:

Oh, les moines terribles!

Ainsi, ce n'est plus moi qu'ils designent pour cible,
ce n'est plus moi qu'ils punissent et tuent, c'est lui
le pauvre enfant en qui je réveillais la vie.....

...N'entendez-vous, donc, rien
des voix de desespoir et des cris de torture
qu'un Philippe d'Espagne arrache au sol chrétien?

Tan español como es Verhaeren, es, sin embargo, flamenco neto, por la fuerza y el vigor de sus concepciones. Por eso ha podido decir con ufanía:

Je suis le fils de cette race
dont les desseins ont prévalu
dans les luttes profondes
de monde à monde.....

Una de sus primeras colecciones de poemas se titula *Les Flamandes* (Lucien Hochsteyn; Bruselas, 1883), y es un desbordamiento de alegría y de

plenitud de vivir, como en los cuadros realistas de Teniers. La bella, sana, olorosa y sangrante vianda es cantada por Verhaeren con minuciosidad delectosa de gastrónomo. ¿Será chocante en crítica decir que, á consecuencia de sus excesos pantagruélicos de Bruselas, contrajo una enfermedad del estómago? La dispepsia fué la musa inspiradora de Tomás Carlyle en las largas noches de insomnio. Entre el gran escocés y el gran flamenco hay, en éste y en otros aspectos, gran semejanza...

Después de la loca juventud, vino el apaciguamiento y el retiro en el Monasterio de Forges, cerca de Chimay, donde los monjes llegaron á creer que tomaría la cogulla; tanta fué su abstinencia y su austeridad. De este retiro salieron el inspirado volumen de poesías *Les Moines* (Lemerre, Editor, París, 1880) y el drama *Le Cloître*, representado en *L'Œuvre* de París en 1900, con éxito penoso, que debe atribuirse, según un panegirista, más bien á la detestable interpretación. Este es el poeta alucinado por las visiones del catolicismo.

*
* *
*

Verhaeren es ciertamente el poeta más moderno de la poesía francesa actual. Su inspiración está formada por las inquietudes del siglo. No canta las viejas creencias y los antiguos mitos sino para oponerles el contraste de las bellezas modernas. Así en *Las Catedrales* apareja el encanto de los vitrales policromos con la trepidación de un tren que pasa... Con el ritornelo de las multitudes miserables pone

una nota social en el esplendor de la liturgia católica.

O, ces foules, ces foules,
et la misère et la détresse qui les foulent!

Y entre los Cristos pálidos y los héroes del catolicismo, da la sensación moderna de un tren lejano...

Pourtant, dès que s'éteignent le cantique,
et l'antienne naïve et prismatique,
un deuil d'encens évaporé s'empreint
sur les trépièdes d'argent et les autels d'airain;
et les vitraux, grands de siècles agenouillés
devant le Christ, avec leurs papes immobiles
et leurs martyrs et leurs héros, semblent trembler
au bruit d'un train lointain qui passe sur la ville.....

(*Les Rythmes souverains*, p. 128).

Algo de lo que Marinetti y sus secuaces predicaban en sus manifiestos regocijados y *epatantes*, lo ha hecho Verhaeren, pero con discreción y medida. Ha dado la nota moderna sin incurrir en la extravagancia. En *L'âme de la ville* ha ofrecido la visión perfecta de la ciudad moderna.

Les toits semblent perdus
et les clochers et les pignons fondus,
par ces matins fuligineux et rouges,
où, feux à feux, des signaux bougent.

Une courbe de viaduc énorme
longe les quais mornes et uniformes;
un train s'ébranle immense et las.

Au loin, derrière un mur, là-bas,
un stéamer rauque avec un bruit de corne.

Ved ahora el contraste de los siglos oscuros, con su dogma férreo plasmado en la ingenuidad de los cerebros vulgares. Ved la reviviscencia y el residuo de la ciudad vieja en la ciudad nueva.

Quelques luttes d'abord et quelques prêtres;
l'asile à tous, l'église, et ses fenêtres
laissant filtrer la lumière du dogme sûr
et sa naïveté vers les cerveaux obscurs.

Donjons dentés, palais massifs, cloîtres barbares;
croix des papes dont le monde s'empare;
moines, abbés, barons, serfs et vilains;
mitres d'orfroï, casques d'argent, vestes de lin,
luttes d'instincts, loin des luttes de l'âme,
entre voisins, pour l'orgueil vain d'une oriflamme.

(*Les Rythmes souverains*, p. 115).

Con razón ha escrito Bagalzette, hablando de Verhaeren: «¡Oh, la poesía de la era de las máquinas y de las multitudes, de una época de espléndida *fealdad*, cuán pocos la sienten aún, y, sobre todo, cuán pocos tienen el valor de expresarla! Un día vendrá, sin embargo, en que los poetas—los verdaderos—nos dirán, después de haber expresado la emoción que nos sobrecoge ante la locomotora ó el *steamer* en marcha, la extraña belleza nueva empleada en la linotipia ó en cualquier otro utensilio maravilloso.» (*Emile Verhaeren*, pág. 36).

Sin ir tan lejos, sin llegar hasta la linotipia—y que no se enfaden los linotipistas que compongan estas páginas—creo que le están reservadas al poeta moderno fuentes nuevas de emoción. En mi artículo sobre *El Futurismo*, publicado en la revista *Nuestro Tiempo* (1), marqué los temas que pueden y deben inspirar al poeta actual. Es la gloria y el honor de Verhaeren haber sabido expresar la vitalidad enorme del mundo moderno y haber sabido interpretar

(1) Recopilado luego en mi libro *Elogio de la crítica*. (Perlado, Paez y Comp.^ª, Editores; Madrid, 1911).

el aliento gigantesco de una humanidad en época de transición.

Por eso es su poesía la más sugestiva de todas las actuales, y frente á los Narcisillos que se miran en las charcas de su propia decadencia, destaca este poeta objetivo y vigoroso, pleno de salud y de armonía, con todo el sentido de las angustias, las crisis y las inquietudes del mundo moderno... Su arte está sacudido por las mismas electricidades que, de un extremo á otro de la tierra, florecen en milagros nuevos. No ha mentido á su siglo. Y á la humanidad que surge ha propuesto un arte digno de ella.

«Acaso (decía Remy de Gourmont en *Le livre des masques*, pág. 36; *Société du Mercure de France*, París, MCMV) no es aún del todo dueño de su idioma; es desigual; deja sus más bellas páginas abrumadas de epítetos inoportunos, y sus más bellos poemas se atascan en lo que antaño se llamaba el prosaísmo. Sin embargo, queda la impresión de poder y de grandeza; sí, es un gran poeta.»

«Verhaeren—añadía—parece un hijo directo de Víctor Hugo; sobre todo en sus primeras obras; aún después de su evolución hacía una poesía más libremente febril, ha permanecido romántico; aplicada á su genio, esta frase conserva todo su esplendor y toda su elocuencia...»

Es absolutamente cierto lo que dice Remy de Gourmont; los epítetos inoportunos y las frases abracadabrantes resaltan como joyas falsas en la obra de Verhaeren; pero, en cambio, ¡qué maravillosas perlas nos brinda á momentos! ¡Cuán épico, de épica moderna, profundamente lírica, se ofrece en sus buenos instantes!



Le vent sauvage de Novembre,
le vent,
l'avez-vous rencontré, le vent,
aux carrefours des trois cents routes?

Para expresar sus sensaciones de hombre del día, de poeta que rima al compás de su siglo, no ha necesitado acudir á las extravagancias del decadentismo, á los versos falsos y á las cacofónicas *coupures*; ha empleado el verso libre, solamente en el sentido de mezclar los hexasílabos con los eneasílabos y los pentasílabos con los endecasílabos, es decir, que en él, la pretendida libertad del verso se reduce á libertad métrica, que en castellano es proverbial, tradicional y lícita. Para expresar sus sensaciones tumultuosas—*Les Forces tumultueuses* titula una de sus colecciones, y es adjetivo que le define muy bien—nada mejor que esta anarquía métrica, este desdén del alejandrino consagrado.

De estos elementos surge un poeta vigoroso y valiente, como Verhaeren. «Ciertamente, como dice Gourmont en otro de sus libros (*Promenades littéraires*, pág. 226; *Société du Mercure de France*, París, MCMIV), esta poesía está falta de intimidad, y no se llevarán los libros de Verhaeren para leerlos en el campo entre las primeras lilas floridas. No consolará á ningún alma herida de sus dolores secretos. Sin embargo, puede dar á los jóvenes entusiastas de los sueños sociales la sensación de que sus ideas han encontrado un profeta.»

Esto es lo que representa, ante todo, Verhaeren á los ojos de ún crítico: el *profeta-poeta*, según la concepción de Shelley, el vidente, el *oftalmos*, que gustaba de decir Víctor Hugo; el cantor de la época

moderna. Hay en él un cierto misticismo socialista que canta en ese ritornelo ya citado.

Oh, ces foules, ces foules,
et la misère et la détresse qui les foulent!...

En otro poema dice con emoción:

L'esprit des campagnes était l'esprit de Dieu...

Los pobres labriegos, encorvados sobre la tierra
nutriz, le emocionan; los mineros, que extraen la hu-
lla y el carbón le interesan...

Et qu'important les maux et les heures démentes,
et les cures de vice où la cité fermente,
si quelque jour, du fond des brouillards et des voiles,
surgît un nouveau Christ, en lumière sculpté,
qui soulève vers lui l'humanité
et la baptise au feu de nouvelles étoiles?...

Con esta ardiente voz de apóstol canta las miseria-
rias y las sublimidades de la ciudad moderna (*Les
Villes tentaculaires*, pág. 119). Tiene cóleras de pro-
feta contra la fealdad de la naturaleza y la maldad
de los hombres. La llanura tórrida y calcinada don-
de trabajan los labriegos le asusta. La fábrica le
exaspera:

Sous des hangars tonnante et lourds,
les nuits, les jours,
sans air et sans sommeil;
des gens peinent loin du soleil...

Sólo Walt Whitman ha sabido expresar con tal
fuerza la belleza moderna, la belleza, por ejemplo,
de los grandes puertos, llenos de trasatlánticos hu-
meantes...

Son port sst innombrable et sinistre de croix,
vergues transversales barrant les grands mâts droits.

Son port est pluvieux de suie á travers brumes,
où le soleil comme un oeil rouge et colossal larmoie.

Son port estamenté de steamers noirs qui fument
et mugissent, au fond du soir, sans qu'on les voie.

Son port est fourmillant et musculeux de bras
perdus en un fouillis dédalien d'amarres.

Son port est concassé de chocs et de fracas
et de marteaux tonnant dans l'air leurs tintamarres.

(*Les Villes tentaculaires*, pág. 132 y 133).

He aquí bosquejada la semblanza intelectual de este poeta que es el amigo íntimo del Rey de Bélgica y su comensal asiduo. Con eso puede uno darse idea de la curiosa amplitud de espíritu de un monarca, que no ha temido mostrarse en leal y simpática amistad con el poeta-profeta, con el Ezequiel del socialismo moderno, como no teme vivir la vida de campamento. frente á frente de su ministro socialista Emilio Vandervelde, el íntimo de Verhaeren y el gran denunciador de la política leopoldina en el Congo. Un monarca así honra á Europa.

APÉNDICE IV

HISTORIA DE LA GUERRA EN EL SUELO BELGA DESDE EL 1 AL 31 DE AGOSTO

Me propongo reseñar sucintamente la historia de la guerra en el suelo belga, desde el 1.º del fatídico mes de Agosto, en que comenzaron las amenazas de invasión, hasta el 31, día final de ese mes, en que ya el ejército belga había abandonado todas sus posiciones y plazas fuertes, incluso Amberes, dejando el terreno al ejército alemán de ocupación.

Las peripecias de la lucha han de narrarse en estilo breve, sencillo y trágico, cual corresponde á esta resistencia heroica de un ejército de 263.000 hombres á uno poderosísimo de dos millones, en posibilidad de reforzarse y relevarse continuamente. He aquí el calendario siniestro de esta epopeya admirable.

1.º DE AGOSTO

El gran periódico inglés *The Times* escribe en su editorial de este día:

«Creemos que muy probablemente el choque de los ejércitos franco-alemanes tendría lugar al Norte de los Vosgos. Pero la marcha de los ejércitos alemanes á través de Bélgica para atacar el Norte de Francia traería por resultado que Alemania se apoderase de Amberes, Flessinga, acaso hasta Dunkerque y Calais, las cuales podrían convertirse por consiguiente en bases navales contra Inglaterra. Esta es una eventualidad que ningún inglés puede considerar con indiferencia.»

Se observa que el sesudo *Times* es aún confiado é ingenuo y cree en el ataque alemán por las fronteras naturales. No obstante, exponía la hipótesis belga como perniciosa á Inglaterra... Adivinaba todo: Amberes, Flessinga... no Calais y Dunkerque, afortunadamente para los aliados, caerían en poder de los alemanes, que se aprovecharían de esos puertos para amagar las costas de Inglaterra. ¿Podría Inglaterra permanecer indiferente y pasiva ante esta amenaza germánica?...

Mr. Asquith, el jefe del Gobierno británico, era más optimista. Este mismo día pronunciaba un discurso en la Cámara de los Comunes; un discurso elocuente y sobrio, pidiendo el aplazamiento de la discusión del *Home Rule*.

«Nos reunimos hoy en circunstancias de gravedad tal, que en los recuerdos de cada uno de nosotros no se encuentra casi nada semejante. La guerra y la paz están en la balanza, y con ellas el riesgo de

una catástrofe cuyas proporciones y efectos es imposible apreciar. En esta circunstancia, es de una importancia vital para el mundo entero que este país, cuyo interés no está directamente en juego, se halle unido para hacer frente á los acontecimientos y que pueda hablar y obrar con la autoridad de una nación unánime.»

El mismo día *Le Temps* recibía los siguientes informes de Luxemburgo: «Los alemanes despliegan en la frontera del Gran Ducado una actividad que no deja de inquietar vivamente á los luxemburgueses». Me apresuro á añadir—decía noblemente el corresponsal—que, hasta ahora, las medidas que toman afectan un carácter puramente defensivo... unido á cierto desdén de la neutralidad del gran ducado. «Todos los puentes sobre el Mosella—enfrente de Schegen, Remich, Wormeldange, etc.—están guardados por destacamentos de infantería. Lo mismo ocurre en los puentes de la Sûre. En diversos puntos, oficiales de zapadores (pontoneros) han efectuado sondeos del Mosella. Sea por razones de comodidad ó por otro motivo, han puesto los pies en el terreno luxemburgués y han permanecido allí por lo menos una hora.»

Por otra parte, los periódicos berlineses de espíritu pangermanista inflaban y enfatizaban el tono. La *Deutsche Tageszeitung* del día anterior decía: «Las almas de los patriotas berlineses venían ayer á palpar en Berlín ante los muros del palacio desierto. El aire de la *Wacht am Rhein* llegaba hasta ellos como una demanda suprema al soberano para que regresase á su capital. La población desea que el Emperador Guillermo venga; tenemos la convicción

de que vendrá; esperamos que venga muy pronto; el pueblo berlinés le hará una acogida como nunca Hohenzollern alguno la ha recibido en su capital.»

El *Vorwärts*, periódico socialista aseveraba que, en las reuniones populares, celebradas estos últimos días, oradores socialistas han declarado en muchas ocasiones que, si la guerra estalla, tomarán el fusil como los demás alemanes, según lo declaraba Bebel en un discurso famoso que pronunció en el Reichstag.

El huracán resoplaba; la tormenta iba á estallar próximamente. Nadie puede engañarse sobre la actitud de Alemania.

2 DE AGOSTO

El *Journal de Liège* publicaba esta noticia:

«Se ha señalado hace tres días una concentración de tropas en el campo de Elsenborn. Se afirma que había allí 28.000 hombres dispuestos á partir. Se telefona de Stavelot que todas estas tropas habían sido dirigidas durante la noche hacia la frontera francesa.»

Aún Lieja no presentfa su destino.

Le Soir de Bruselas anunciaba que habían partido destacamentos de caballería prusiana hacia la frontera Este y la frontera Sur de Bélgica, más allá de la Meuse y de la Sambre.

Y todavía el Presidente del Consejo, Mr. de Brocqueville, hacía esta declaración impregnada de singular optimismo:

«Tengo la convicción de que el territorio belga no será violado; sin embargo, debemos estar á la altura de nuestras obligaciones. El Rey toma el mando superior de las tropas con el General Sellier de Moranville, Jefe del Estado Mayor, como segundo comandante en jefe. Las Cámaras legislativas van á ser convocadas inmediatamente; Bélgica se encuentra, desde ahora, en pie de guerra. Allí donde sea necesaria la Guardia cívica, será llamada para asegurar el servicio de la guarnición».

Nota cómico sarcástica: el Comité permanente internacional de la paz se congregaba en Bruselas, dirigiéndose al Papa, á Mr. Wilson, al Rey de Inglaterra, á Mr. Poincaré, al Emperador de Alemania, al

Príncipe de Mónaco, á Mr. Viviani, á los Ministros de
Negocios Extranjeros de España, Portugal, Bélgica,
Suiza, Holanda, Dinamarca, Suecia, Noruega y
Luxemburgo.

El Banco Nacional de Bélgica acuñaba entre tanto
veinte millones en oro...

3 DE AGOSTO

En este día se dió la orden de movilización general en Bélgica. Toda la atención se concentró en las regiones fronterizas, sobre todo, en la región comprendida entre Verviers, Lieja y Namur. Todos los belgas que han recorrido esta región en estos días han quedado impresionados por la calma de la población. El viernes, los obreros del camino de hierro, en territorio alemán, estaban armados de carabinas, según cuentan.

La noche del jueves un aeroplano, que se supone haber venido de la frontera alemana, ha volado sobre Lieja. Las posiciones fortificadas de Lieja tienen completos sus efectivos; el ataque brusco no sería posible. La situación es igualmente favorable en Namur. En la frontera del Sur (la frontera franco-belga) la población está agitada por animación extraordinaria. Por consecuencia del gran número de hombres llamados á las armas se teme que las fábricas hayan de cerrarse y que la miseria se enseñoree de la región del Borinage y de Charleroi. En Mons, las autoridades militares han requisado perros de arrastre para las ametralladoras.

La concentración de tropas se realiza rápidamente en los puntos que se les han señalado. En todas las estaciones pasan trenes militares, sin interrupción, noche y día. Los automóviles y los caballos han sido requisados.

4 DE AGOSTO

En este día la guerra comienza á revestir para Bélgica sus colores sombríos. Los alemanes, franca y descaradamente penetran en territorio belga. El *ultimatum* del 2 de Agosto, apremiante y terrible, había exasperado los nervios de la nación belga.

Era un dogal al cuello, un verdadero atraco de bandido: *O la bolsa ó la vida*. Sólo que, aquí, el saltador de caminos ofrecía la bolsa, mientras que el viajero atracado entregaba la vida. Bélgica cumplió aquel día la sabia máxima, rígida como el deber: «Haz lo que debes, suceda lo que suceda,» O bien se atuvo al aforismo latino: *Fiat justitia et pereat mundus...*

El 3 de Agosto, á las 7 de la mañana, Bélgica había hecho saber á Alemania que se negaba á faltar á sus compromisos. Tres horas más tarde, el Rey Alberto se dirigió al Rey de Inglaterra haciendo una suprema apelación á la intervención diplomática del Gobierno de Su Majestad Británica, para la salvaguardia de la neutralidad de Bélgica.

El 4, á las seis de la mañana, el Embajador de Alemania hizo saber á Bélgica que, á consecuencia de su negativa, el Imperio emplearía contra ella la fuerza de las armas. El mismo día, á las diez, mientras las tropas alemanas penetraban en su territorio, el Rey Alberto exponía ante el Parlamento, reunido con urgencia, la actitud que había tomado el Gobierno.

Aclamaciones unánimes y repetidas saludaban sus palabras cuando declaraba que Bélgica seguiría fiel á la línea de conducta que se había trazado y había jurado seguir ante Europa.

El mismo día, á las tres de la tarde, el ministro de Negocios Extranjeros de Bélgica recibió de Sir J. Villiers, Ministro plenipotenciario de Inglaterra en Bruselas, la nota siguiente:

«Bruselas, 4 de Agosto de 1910.

»Estoy encargado de informar al Gobierno belga que, si Alemania ejerce presión en el sentido de obligar á Bélgica á abandonar su actitud de país neutral, el Gobierno de Su Majestad Británica espera que Bélgica resista por todos los medios. El Gobierno de Su Majestad Británica está dispuesto á unirse á Rusia y á Francia para ofrecer sin demora al Gobierno Belga, *si Bélgica lo desea*, una acción común á fin de resistir á los procedimientos de violencia empleados por Alemania contra Bélgica, y al mismo tiempo garantizar la integridad de Bélgica.»

El mismo día por la noche, después de haber esperado en vano un cambio de actitud de Alemania, Bélgica hizo un llamamiento á Inglaterra, Francia y Rusia para cooperar como potencias garantes á la defensa de su territorio.

En el Luxemburgo, las cosas iban más á prisa; ese mismo día se telegrafiaba á *Le Temps* que el tren de Estrasburgo, que debía llegar del Luxemburgo á las doce y cuarenta del día, había entrado en la estación de Bruselas con una hora de retraso y que estaba ocupado en gran parte por ingleses y belgas que regresaban de Suiza; que un empleado declara-

ba que en la estación de Luxemburgo, una vía estaba ocupada por un tren alemán, lleno de soldados, bayoneta en ristre; que la estación estaba ocupada militarmente y que 100.000 soldados alemanes atravesaban el Luxemburgo para alinearse á lo largo de la frontera francesa.

5 DE AGOSTO

L'Independance belge comunica que un aeroplano alemán ha volado sobre Bruselas.

Se conoció este día el texto del telegrama del Rey Alberto al Rey Jorge:

«Acordándome de las numerosas pruebas de amistad de Vuestra Majestad y de vuestro predecesor y de la actitud amistosa de Inglaterra en 1870, así como de la nueva prenda de amistad que acaba de darime, dirijo un supremo llamamiento á la intervención diplomática de Vuestra Majestad para salvaguardar la integridad de Bélgica».

Sir Edward Grey pronunció en sus dos discursos ante la Cámara de los Comunes las siguientes bellas palabras, referentes á Bélgica:

«Nos queda un medio de quedar fuera del conflicto. Nos es posible proclamar nuestra neutralidad integral. Eso... no lo queremos. (*Aplausos frenéticos*). Si no adoptamos la línea de conducta que acabo de indicar, —y tenemos que considerar los derechos del tratado de Bélgica, la situación posible en el Mediterráneo y las consecuencias que tendría para nosotros mismos y para Francia nuestra inacción—; si declaramos que estas consideraciones importan poco, yo estimo que sacrificaríamos nuestro respeto, nuestro nombre y nuestra reputación, y que no nos sustraeríamos á las más serias consecuencias económicas. Acaso he dicho bastante para demostrar que debemos estar dispuestos. (*Aplausos prolongados*). Estamos dispuestos... (*Nuevos aplausos, que se prolongan durante un minuto*)... á todas

las consecuencias que puedan resultar de la actitud que hemos adoptado. Estamos dispuestos á desempeñar nuestro papel...

»He recibido informes que no estaban en mi poder —dijo al reanudar su discurso después de unas horas de suspensión de sesión— cuando he leído mis declaraciones de esta tarde. He recibido informes de la Legación belga en Londres, desde la suspensión de la Cámara. Ayer tarde, á las siete, los alemanes han presentado una nota, proponiendo á Bélgica la neutralidad amistosa belga en el territorio belga, prometiendo el mantenimiento de la independencia del país á la conclusión de la paz, y amenazando, en caso negativo, con tratar á Bélgica como á un país enemigo. (*Gritos de: ¡Oh, oh!...*) Un plazo de doce horas estaba fijado para la respuesta. Bélgica ha respondido que el ataque contra su neutralidad sería una violación flagrante del derecho de las naciones. Aceptar la proposición de Alemania sería sacrificar el honor de la nación. (*Aplausos*). Bélgica está firmemente resuelta á rechazar la agresión por todos los medios posibles. (*Aplausos*). Solo puedo añadir que el Gobierno de Su Majestad ha tomado en muy grave consideración las informaciones que acaban de recibirse. No puedo decir más por el momento.»

Mr. Bonar Law, jefe de los conservadores, declara que se asocia á la actitud del gobierno, entre ensordecedores aplausos. Mr. Redmond, jefe de los nacionalistas irlandeses, simpatiza con todo el pueblo inglés en esta hora de prueba y asegura que el gobierno británico puede retirar sus tropas de Irlanda inmediatamente, porque los Orangistas del Ulster y

los nacionalistas irlandeses defenderán juntos el litoral de la isla.

Mr. Mac-Donald, jefe de los laboristas, fué el único que dió la nota discordante, no considerando evidente que el honor de Inglaterra estuviese en peligro. «Hubiéramos debido—dijo—permanecer neutrales».

6 DE AGOSTO

Comienzan las operaciones militares en Bélgica. El contingente del *genie* belga ha hecho saltar el túnel y los puentes de Grand-Halleux, en la línea de Amblèves al fuerte de Boncelles. También ha hecho volar muchos edificios que perjudicaban á la línea de tiro.

El regimiento 12.º de línea ha entrado en Lieja. Alrededor de los fuertes de Lieja han sido destruidos algunos inmuebles. Se va á instalar en la ciudadela un puesto de telegrafía sin hilos. En Lieja, el espíritu de la población es excelente. En Bruselas, corre el rumor de que los alemanes han comenzado el bombardeo de Namur y de Lieja. La familia real permanece en la capital, á pesar de que se había anunciado su marcha para Amberes.

En Visé, en los arrabales de Lieja, han llegado de improviso ciento cincuenta automóviles alemanes llevando cada uno diez hombres; han sido recibidos de una manera hostil. No se cree que puedan estar ya bombardeando Namur, porque en la región de La Famenne, muy accidentada, la artillería pesada alemana no puede marchar á más de 20 á 25 kilómetros por día, y anteayer estaban los alemanes en el Luxemburgo, que está á 80 kilómetros de Namur.

El rey ha proclamado el estado de sitio en las provincias de Limburgo, Lieja, Namur y el Luxemburgo belga.

7 DE AGOSTO

Los alemanes han sido rechazados delante de Lieja por la infantería belga, apoyada por los fuertes. Las pérdidas alemanas son enormes. Los alemanes hicieron un ataque general. Una brigada mixta belga rechazó á una masa de 10.000 alemanes. Los lanceros belgas cargaron sobre los hulanos, cubiertos por el fuego de los fuertes. Se han encontrado los cadáveres de 800 alemanes. Estos han retrocedido hasta Visé, donde pasaron por las armas á un gran número de ciudadanos.

El rey Alberto ha tomado el mando supremo del ejército belga. Las banderas francesa é inglesa han sido izadas, al lado de la bandera belga, en la plaza de Amberes.

En Bruselas, reina entusiasmo delirante. Una multitud enorme hizo una manifestación, cantando *La Brabançonne* y *La Marseillaise*. Más de 25.000 obreros trabajan en Lieja en rellenar los terraplenes junto á los fuertes.

El general Leman, que manda el ejército de Lieja, ha rechazado bravamente todos los ataques alemanes. Las tropas belgas, sin buscar el abrigo de los fuertes, han librado una verdadera batalla á campo raso.

El ataque alemán ha sido especialmente enérgico en el intermedio del Vesdre y del Mosela. Se espera un nuevo ataque en el curso de la noche. (*Del comunicado oficial*).

El corresponsal del *Daily Mail* en Bélgica, Mr. J. M. N. Jeffries, dice á su periódico que los destaca-

mentos alemanes han ocupado Pépinter y Verviers, á doce leguas al Este de Lieja. Los belgas hicieron saltar, en los pueblos situados en los alrededores de Lieja, las iglesias y los edificios elevados que hubieran entorpecido el fuego de los fuertes.

La población canta himnos patrióticos. Vuelan aeroplanos alemanes sobre Lieja. El primer prisionero de guerra es el lugarteniente Von Förstner—que no es el del mismo nombre de los incidentes célebres de Zavern. Este pertenece á un regimiento de infantería, y el prisionero es del regimiento de husares de Reiken. Un globo *zeppelin*, alcanzado por el fuego de un fuerte, cayó sobre la planicie de Hervé. Un aeroplano alemán, sistema *Taube*, que volaba á una altura de 500 metros, fué derribado de un tiro de fusil. Los alemanes están actualmente en Troy, á nueve leguas de Lieja. La vida en Lieja sigue su curso ordinario y los cafés están abiertos como de costumbre (1).

(1) Jeffries es testigo presencial, pues llegó á Lieja el martes 4.

8 DE AGOSTO

El rey Alberto ha pronunciado una hermosa alocución al pueblo que termina con esta frase: «Antes de que se aniquile nuestro ejército, será menester que pasen por encima de mi cadáver.»

El general Lemán, defensor de la fortaleza de Lieja, ha sido víctima de un atentado. Un automóvil blindado penetró en la ciudad, lleno de espías alemanes, que conocían el sitio del cuartel general por indiscreción de un periódico. Todos los que ocupaban el automóvil fueron hechos prisioneros, con numerosa escolta de caballería.

Numerosos heridos de Lieja han llegado á Bruselas. La población les ha aclamado. El Ministro de Rusia en Bruselas ha teleografiado á su gobierno: «¡Los belgas resisten y se portan como héroes!..» Los heridos de Lieja confirman que las tropas belgas resisten desde hace tres días, batiéndose sin descanso.

En el *New York Herald* se recibió el siguiente despacho de Bruselas: «Los 25.000 belgas que han combatido durante tres días contra 120.000 alemanes, sólo han perdido 2.000 hombres, y han infligido terribles pérdidas al enemigo. Están fatigados y momentáneamente se han retirado á la ciudad á reposar. La línea de los fuertes parece inexpugnable. La Universidad ha sido en parte incendiada por el bombardeo.»

El comandante general de Lieja ha dirigido á los habitantes de la provincia la proclama siguiente:

«A los habitantes del país de Lieja:

»La Gran Alemania invadió nuestro territorio después de un *ultimatum* que constituye un ultraje. La pequeña Bélgica ha recogido el guante, serenamente. El ejército va á cumplir con su deber. La población de Lieja cumplirá con el suyo. Así, pues, no cesará de dar ejemplos de calma y de respeto á las leyes. Su ardiente patriotismo responde de esto. ¡Viva el rey, comandante en jefe del ejército! ¡Viva Bélgica!

»El lugarteniente general, gobernador militar de Lieja, *Leman*.»

Lieja, 4 de Agosto de 1914.

Los alemanes han conseguido entrar en el recinto del fuerte de Fleron y han dirigido su fuego sobre la pequeña localidad vecina de Bressoux, cuyos edificios han sido destrozados ó incendiados. Un destacamento de hulanos ha logrado llegar á Lieja y deslizarse en la rue Sainte-Foi, donde está el Estado Mayor, que esperaban capturar. Afortunadamente, han sido sorprendidos por las tropas belgas, que han matado á algunos de ellos y desarmado á otros. A las ocho de la noche del jueves, los fuertes resistían aún, pero no podían ya comunicar entre sí. La ciudad de Lieja ha conseguido detener durante tres días la marcha del ejército alemán. Una gran batalla es inminente. El 8.º de lanceros, en los alrededores del fuerte Fleron, se encontró en presencia de un escuadrón de hulanos, compuesto de cerca de quinientos jinetes. Ciento cincuenta hulanos quedaron en tierra: entre los belgas, que con tan singular audacia cargaron sobre los alemanes, hubo muchos muertos, entre ellos el lugarteniente de Lieja, Meuten de Horn, que dirigió la carga.

En Huy se presentaron cinco ulanos ante un puente, defendido por la Guardia cívica, que mató á dos de ellos, hirió á un tercero é hizo á otro prisionero. En Femalle, Nanorin y Marche—del Luxemburgo belga—se han visto pequeños grupos de hulanos. Del lado de Hervé se señala la presencia de muchos soldados alemanes que acarrean obuses.

9 DE AGOSTO

Los alemanes han cesado en sus ataques á Lieja y parecen querer pasar el Meuse, rodeando los fuertes hacia Visé y entre Lieja y Huy. Hacia Huy hay gran movimiento de tropas, con el fin de atacar al ejército de campaña belga antes de la llegada de los franceses.

Al llegar las tropas francesas á la frontera han sido acogidas con entusiasmo extraordinario. *L'Étoile belge* dice que los suboficiales belgas daban *l'accolade* (el abrazo de paz) á los suboficiales franceses, y los soldados belgas entonaban frenéticamente *La Marsellesa*.

Los belgas aniquilaron cerca de Lieja una división de caballería alemana que intentaba franquear la Meuse al Norte de Lieja.

En la frontera franco-belga, en el territorio de Baronville, los aduaneros y gendarmes capturaron á una patrulla de hulanos del tercer regimiento de Hanovre, regimiento del Rey, X.º cuerpo de ejército. Opusieron enérgica resistencia, y dos fueron heridos gravemente, según el comandante de armas de Givet.

10 DE AGOSTO

Según *L'Indépendance belge*, 8.000 alemanes han sido prisioneros. Se espera una gran batalla en territorio belga. Todo el país, sobre todo en la región Sur de la Meuse, está poblado de patrullas de caballería. Los alemanes habían invadido la Bélgica por la frontera de la provincia de Lieja, y han atravesado la Meuse, cerca de Visé y por el Limburgo holandés, que han violado igualmente. Han entrado también por el Gran Ducado del Luxemburgo, especialmente por Arlon. No se conocen los efectivos, pero se afirma que el ejército de invasión del general Von Emmich cuenta tres cuerpos de ejército.

11 DE AGOSTO

La situación de Lieja es muy singular. Los alemanes han conseguido atravesar la línea de fuertes y han entrado en la ciudad que han embestido, mientras los fuertes que rodean la población, en una cintura de cincuenta kilómetros, quedan intactos en poder del ejército belga. El general Von Emmich y su Estado Mayor están en Lieja, y se han instalado en la ciudadela, vieja obra de defensa, abandonada, que hace mucho tiempo era para los liejenses un bello paseo, donde se ha instalado, sobre la colina en que se halla, un lindo jardín público. El general alemán guarda como rehenes siete notables de Lieja (entre ellos el burgomaestre), que están amenazados de muerte si los fuertes no se rinden.

El general Joffre, Comandante en jefe de los ejércitos del Noroeste, ha dirigido al Rey de los belgas esta carta:

«Señor:

»Acabo de recibir la proclama que habéis dirigido al ejército belga el 7 de Agosto, y que contiene el fraternal saludo de Vuestra Majestad al ejército francés. Por este pensamiento tan halagador para mis tropas me apresuro á daros las gracias en su nombre y en el mío. Llamados por la más odiosa agresión á combatir al mismo adversario, vuestros admirables soldados y los de Francia se comportarán en todas las circunstancias como verdaderos hermanos de armas. Confiados en el triunfo de su justa causa, marcharán juntos á la victoria. Dígnese Vuestra Majestad aceptar la expresión de mi profundo respeto. JOFFRE.»

12 DE AGOSTO

La vanguardia alemana ha chocado en dos puntos diferentes con la vanguardia del ejército belga: en el Norte de la región del Hesbaye, cerca de Tournay y al Sudeste de esta región, por encima de Namur.

El primero de los encuentros ha sido muy serio. Ha tenido por centro la ciudad de Haelen, situada entre Lovaina y Hasselt. Los alemanes se retiraron con muchas pérdidas, que se calculan en tres quintas partes de su efectivo, que era de unos 2.000 hombres, apoyados por un batallón de infantería y doce cañones. Han abandonado muchas ametralladoras montadas en autos.

El segundo encuentro ha sido en Eghezee, á 16 kilómetros al norte de Namur. Los alemanes han tenido pérdidas considerables. El Jefe de Estado Mayor ha entrado en Bruselas para dar cuenta al Ministro de la Guerra y al Rey, de los resultados felices de la jornada.

13 DE AGOSTO

En este día, el Ministerio de la Guerra belga, comunica la nota siguiente:

«Dadas las disposiciones actuales de los ejércitos francés, inglés y belga, el Ministro de la Guerra ha decidido que el interés superior de los países ordena no dar el menor comunicado relativo á los movimientos de los tres ejércitos. El gobierno cuenta con el patriotismo de la prensa para que se observe el silencio más absoluto en lo que atañe á las operaciones militares.»

El rey Alberto (según cuenta un diario de Amberes) no ha cesado de recorrer las líneas de vanguardia, aclamado por las tropas. Habla á todos los hombres como un camarada; no quiere que se le obsequie ni que se le salude.

—Somos camaradas, debemos ayudarnos y apretarnos las manos— dice.

Dirigiéndose á un soldado que tenía un sobre en la mano, le preguntó:

—¿Has escrito á tus padres? Dame esa carta; yo me encargo de ella...

Y así se lleva paquetes de cartas al cuartel general.

Sus soldados están encantados y se oye mucho esta frase, que tiene más vigor en francés:

—*Tu l'as vu? Il est épatant, hein, notre Albert!...*

14 DE AGOSTO

En la región de Diest ha habido un importante combate entre una división de caballería alemana, sostenida por la artillería, y una división de caballería belga, sostenida por una brigada mixta.

La lucha, que ha sido de las más vivas, ha terminado con ventaja para los belgas, que han sufrido algunas pérdidas. Los alemanes han sido rechazados hacia Hasselt y Saint-Trond.

Las tropas belgas han reanudado la ofensiva alrededor de Lieja.

15 DE AGOSTO

Este día, las tropas belgas obtuvieron un triunfo brillante en Eghezee (Norte de Namur).

Se ha anunciado oficialmente la entrada en Bélgica, por Charleroi, de importantes fuerzas francesas que se dirigen hacia Gembloux, que se encuentra en la prolongación de la línea de Ramillies-Waremme.

Los fuertes de Lieja se sostienen aún, aunque son bombardeados con encarnizamiento. Las cúpulas de los fuertes permanecen intactas. Los alemanes inclinan todos sus esfuerzos hacia los fuertes de la margen izquierda.

16 DE AGOSTO

En la región de Hasselt el éxito de las armas belgas es completo. Los alemanes han intentado reanudar la ofensiva sobre el flanco meridional de los belgas. La división de caballería alemana, encargada de esta misión, ha sido rechazada. Una columna de infantería alemana se ha puesto en movimiento en la dirección de Visè-Tongres.

Los fuertes de Lieja aún no se han rendido. El Estado Mayor belga declara que todos los rumores circulados sobre esta rendición son tendenciosos y falsos. La moral de las tropas es excelente. Es falso que un retroceso ofensivo de los alemanes en grandes masas, en Diest, amenace á Bruselas y Amberes.

Es inexacto que el fuerte Barchon se haya rendido. Todos los fuertes de Lieja se resisten.

No ha habido combate alguno importante en este día. Los alemanes trataron de intimidar al ejército belga con una diversión sobre Haelen y Dièst, para provocar una retirada prematura de los belgas sobre Amberes y empeñar luego una batalla con franceses é ingleses. Esta simulación estratégica ha sido descubierta por los belgas en Diest y se ha hecho frente á la contingencia. Los alemanes se apresuran en Lieja á construir puentes de barcos sobre la Meuse.

17 DE AGOSTO

Ha tenido lugar el primer encuentro serio franco-alemán entre Namur y Dinant. Desde la noche se habían puesto en contacto la caballería francesa y la alemana en las dos orillas de la Meuse, pero los alemanes fueron rechazados con pérdidas considerables. El enemigo lanzó algunos obuses sobre la estación de Dinant, sin causar pérdidas notables.

Sobre Lovaina, dos aviones alemanes han volado. Se les disparó sin alcanzarlos. En Namur, aviones alemanes han lanzado bombas que han matado á un hombre y herido á otro.

En el frente belga, relativa calma. En Haelen y Diest, la caballería alemana ha hecho un nuevo ataque que ha sido contestado por los belgas.

En el ejército belga hay un batallón de hombres que son voluntarios serbios y rusos, incorporados por iniciativa del Consul de Servia en Amberes.

Los soldados alemanes ya son dueños y señores de Lieja. El Teatro Real lo han transformado en cuadra. Se han colocado cañones de tiro rápido en los balcones que dominan las calles cuya importancia es estratégica. Todos los movimientos de tropas se ejecutan á paso de parada.

Todas las luces han de apagarse á las nueve, dejando las ventanas abiertas y las puertas cerradas. Los habitantes no pueden servirse más que de bujías. Así lo atestigua el corresponsal del *Daily Mail*.

18 DE AGOSTO

Las tropas de caballería alemana recientemente derrotadas han intentado, después de una tregua de tres días, una nueva ofensiva contra otro punto del frente belga.

Las masas de caballería se han agrupado en la dirección de la Woevre. En el curso de su marcha han sufrido el fuego de las vanguardias, y, después de escaramuzas sin importancia, las tropas alemanas han paralizado su ofensiva.

El «Comité de investigación sobre la observancia de las leyes de la guerra» ha comprobado que muchos soldados alemanes han rematado heridos belgas, ahorcando y destripando á muchos y fusilando á otros que cuidaban de sus camaradas. En Haelen han hecho fuego sobre las ambulancias de la Cruz Roja.

19 DE AGOSTO

El periódico *XX^{ème} Siècle* dice que los alemanes han intentado hoy pasar de nuevo la Meuse por el puente de Houx, pero las baterías francesas han causado en sus filas graves estragos.

Se ha oído también un violento cañoneo cerca de Dinant, donde los habitantes han evacuado el barrio de la estación.

Las tropas belgas han derribado un avión alemán cerca de Dinant; el piloto ha sido muerto y el aparato quedó intacto.

Parece que el Kronprinz, herido de gravedad, según rumores, probablemente cerca de Dinant, donde mandaba la división de caballería alemana de la guardia, ha sido conducido á Aix-la-Chapelle, donde su padre, que viene de Maguncia, ha llegado para darse cuenta de su estado.

Corre el rumor, poco serio y no confirmado, de haberse suicidado el general Von Emmich, jefe de las tropas de ocupación belga, siendo sustituido por Von Marwitz, Inspector de ejército. Ha muerto en Bélgica el general Von Bülow, hermano del ex-canciller, que mandaba el 2.º regimiento de hulanos de la guardia.

20 DE AGOSTO

Fuerzas alemanas franquean la Meuse entre Lieja y Namur.

Ha fenido lugar un importante encuentro de caballería en Florenville, al Norte de Montmedy.

Por consecuencia de un movimiento de la extrema derecha del ejército prusiano el ejército belga de campaña se repliega ligeramente; pero Bruselas está bien guardada por los propios medios de defensa y por una fuerte cobertura de tropas francesas.

Un destacamento de caballería de la defensa móvil de Amberes ha avanzado ayer hacia Herenthout, á 16 millas al Este de Amberes, donde ha chocado con fuerzas superiores de la caballería alemana. Patrullas de caballería alemana se han presentado ante Turnhout. Los guardias cívicos abrieron fuego sobre los alemanes.

El gobierno belga, con la reina Isabel y sus hijos, se ha retirado á Amberes. No tiene nada de imprevista ni de alarmante esta medida, que debía haberse tomado desde la entrada de los alemanes en territorio belga.

La organización defensiva de Bélgica, tal como la concibió el general Brialmont y tal como se ha expuesto siempre en las obras técnicas, supone que el centro de resistencia está en Amberes, que se considera como el reducto de la defensa y que asegura las comunicaciones de Bélgica con el mar.

El cuerpo diplomático también se ha trasladado á Amberes. El Ministro de Rusia, Mr. Klobukowski, al partir, precedido el día antes por los ministros de

Inglaterra y Francia, dijo que no se interpretara de un modo pesimista su marcha, pues estaba más seguro que nunca de la resistencia final de Bélgica.

El rey Jorge de Inglaterra ha dirigido la siguiente proclama á las tropas que parten para el continente; «Abandonais vuestro hogar y vais á combatir por la salvaguardia y el honor de mi reino.

»Bélgica, á quien prometimos defender, ha sido atacada; Francia está á punto de ser invadida por el mismo potente enemigo .

»Yo tengo entera confianza en vosotros, soldados, y sé que cumplireis noblemente este deber. Seguiré vuestro avance con profundo interés y apreciaré con intensa satisfacción vuestros progresos diarios.

»De aquí en adelante, vuestra suerte estará presente siempre en mi pensamiento...

»Ruego á Dios que os proteja y os vuelva victoriosos.»

21 DE AGOSTO

La caballería alemana ha ocupado Bruselas. Importantes fuerzas han continuado pasando la Meuse entre Lieja y Namur. Sus vanguardias han llegado al Dyle. Ante este movimiento el ejército belga se ha retirado sobre Amberes. El Ministro de la Guerra ha dado el siguiente comunicado oficial:

«Conforme al plan de defensa, trazado desde hace largos años, el ejército belga se ha retirado sobre el campo atrincherado de Amberes después de haber cumplido brillantemente las diversas misiones que le dictaba la situación estratégica; defensa rigurosa (que continúa) de los fuertes que constituyen la defensa de Lieja; detención durante dos semanas de las tropas germánicas, en el paso de la Meuse.»

El combate de Aerschot, al norte de Lovaina, contra un cuerpo alemán no compuesto solo de jinetes sostenidos por artillería, sino también con infantería, ha sido muy rudo en todo el frente. Dos aviones enemigos vigilaban las posiciones belgas, volando muy bajo. La infantería alemana, apoyada por artillería y ametralladoras, ha comenzado el ataque.

Dos regimientos belgas, que ya se habían cubierto de gloria en Lieja, resistieron dos horas el asalto, teniendo en jaque á fuerzas diez veces superiores. A las siete de la tarde, sin embargo, extenuados por la superioridad numérica del enemigo, los belgas se retiraron. La retirada fué protegida por el comandante Gilson á quien una bala estropeó la nariz y que no se replegó sino cuando todos sus hombres estuvieron fuera de combate.

22 DE AGOSTO

Los alemanes ocupan Bruselas y continúan en Bélgica su movimiento hacia el Oeste. Namur está parcialmente cercado de tropas alemanas.

Una concentración importante está en vías de ejecución en Bélgica. Continúan atravesando la Meuse por los alrededores de Huy.

Bruselas ha sido gravada con una contribución de guerra de 200 millones de francos.

23 DE AGOSTO

El movimiento de las tropas alemanas continúa hacia el Oeste, precedido por fuerzas de caballería que exploran en la región de Gante, por una parte, y en la frontera francesa, por otra.

El ejército belga preparase á combatir en el campo atrincherado de Amberes. En la Woewre, la situación continúa igual.

Una brigada de caballería inglesa se ha encontrado hoy en Waterloo con una brigada de caballería alemana.

El Ministerio de la Guerra francés ha publicado un manifiesto en que dice:

«La entrada de los alemanes en Bruselas es para los belgas una dolorosa prueba, que sienten cruelmente todos los franceses. El Gobierno de la República afirma que los sufrimientos de los belgas son también los nuestros. Desde el día en que el suelo belga ha sido hollado por soldados alemanes y en que se ha vertido sangre belga para oponerse á su paso, las causas de ambos países se han tornado indisolublemente unidas; en lo sucesivo se confunden. Francia está resuelta á hacer todo lo posible por libertar el territorio de su aliada. Considera que su deber no se habrá cumplido en absoluto sino cuando no quede un soldado alemán en Bélgica. No ha sido posible, en razón de las necesidades estratégicas, participar antes con el ejército belga en la defensa del país; pero los compromisos que hemos aceptado son aún más solemnes y nuestra cooperación será más estricta y proseguirá con extra-

ordinaria energía. La retirada del ejército belga en el campo atrincherado de Amberes es una operación prevista que no afecta á su valor ni á su incontestable potencia. Cuando llegue el momento, el ejército belga se encontrará al lado del francés, al cual las circunstancias le han unido estrecha y fraternalmente.»

La opinión se ha conmovido mucho con la retirada á Amberes, pero oficialmente se le quita importancia. En Inglaterra es donde más se siente esa retirada.

24 DE AGOSTO

El ejército belga está íntegramente concentrado en el campo atrincherado de Amberes—clave final del Reino, último reducto belga y base de las operaciones en los otros campos de batalla.—La gran partida guerrera se juega desde este momento en la vasta línea que va de Mons á la frontera luxemburguesa. El frente de la gran batalla va de Mons á Nivelles, Namur y Charleroi.

Francia é Inglaterra han hecho un empréstito de quinientos millones á Bélgica.

El ejército franco-inglés-belga, tiene ante sí, en ese movimiento ofensivo que han tomado las tropas del Kaiser, la casi totalidad del ejército alemán, con efectivos en activo y efectivos en reserva. La línea de batalla va desde Mons á la frontera luxemburguesa.

La vanguardia alemana, que marcha en la dirección de Gante, ha avanzado hasta Alost, Erpe y Oberdegghen y en el valle de la Dendre; patrullas ciclistas han atravesado Welteren sobre el Lys; que sólo está á unos once kilómetros de Gante. Desde los alrededores de Bruselas irradia hacia el Oeste el ejército alemán en muchas direcciones. Al Oeste, en la indicada. Sobre la frontera francesa, uno avanza al sudoeste de Bruselas por Ninove, Grammont y Lessines; es decir, remonta el valle de la Dendre en dirección de Tournai y Lille; otro, más al Este, desciende en dirección del Sur, por Hal y Brainelle-Comté, ó sea línea de Mons, y por Nivelles, ó sea línea de la Sambre y de Charleroi. Esta ciu-

dad se encuentra casi equidistante de Namur y Mons.

Waterlío, donde hubo ayer un ataque, con ventaja, de la caballería inglesa, está entre Bruselas, ocupada por los alemanes, y Nivelles, donde se ha pasado una columna alemana.

La enorme extensión del frente de los efectivos combatientes impide seguir paso á paso los movimientos de cada ejército.

25 DE AGOSTO

El comunicado oficial francés resume así la jornada:

«*Después de la batalla. — Abandono de la ofensiva. — Al Oeste de la Meuse. (De Namur á Maubeuge.)*»

El ejército inglés, que se encontraba á nuestra izquierda, ha sido atacado por los alemanes. Admirable bajo el fuego, ha resistido al enemigo con su impasibilidad ordinaria. El ejército francés, que operaba en esta región, ha ayudado al ataque. Dos cuerpos de ejército, en el cual iban las tropas de Africa que se encontraban en primera línea, arrastrados por su entusiasmo, han sido recibidos con un tiroteo muy durísimo. No han cedido, pero contraatacadas por la Guardia prusiana, han debido replegarse después. No lo han hecho sino después de haber infligido á su adversario pérdidas enormes; el cuerpo escogido de la guardia ha quedado muy maltrecho.»

En resumen, las tropas franco-inglesas —por indicación y órdenes del general Joffre— se han replegado al final de la línea de batalla. La artillería francesa afirma su superioridad; la caballería ha sufrido poco. Sin embargo, en conjunto, las pérdidas son importantes, sin que aún se las pueda reducir á cifras...

Las tropas francesas y las inglesas han tomado posiciones en los emplazamientos de cobertura, que no hubiesen abandonado si el admirable esfuerzo de los belgas no les hubiesen permitido entrar en Bélgica. De ahí que permanecieran intactas.

En el Norte, los alemanes parecían recobrar la

ofensiva, que había sido detenida el día antes. Han sido contenidos por los ejércitos franceses en colaboración con las tropas inglesas. El ejército belga, saliendo de Amberes por sorpresa, ha sorprendido los primeros elementos alemanes y ha sobrepasado Malinas. Después del contraataque de la jornada anterior, la derecha de las fuerzas francesas se ha replegado sobre la montaña que prolonga exactamente el curso de la Meurthe desde Luneville á Nancy.

Un crítico militar francés confesaba que ese día las pérdidas franco-inglesas habían sido importantes. «Sería prematuro reducirlas á cifras; como lo sería también reducir las del ejército alemán, que ha padecido hasta el punto de tener que detenerse en sus movimientos de contraataque para establecerse en nuevas posiciones (1).»

Al Este de la Meuse, de Namur al Luxemburgo, el ejército francés permanecerá largo tiempo á la defensiva. En el momento propicio, escogido por el general en jefe, reanudará una vigorosa ofensiva contra el ejército alemán.

(1) *Historique de la Guerre*, par Ferdinand Baudouin, 3.^a partie; fascículo núm. 3, pág. 10 (Nior; 1914).

26 DE AGOSTO

Después de haber rechazado por completo la ofensiva alemana, las tropas franco-inglesas han restablecido su frente en la línea de Givet.

La caballería alemana, que descendía hacia Douai ha encontrado obstruido el camino por las tropas franco-inglesas, que resistieron todos los ataques alemanes con denuedo.

AL OESTE DEL MEUSE

Cumpliendo las ordenes dadas anteayer por el general en jefe, las tropas que debían pernoctar en la línea de cobertura, se mantienen en actitud defensiva.

Las tropas franco-inglesas ocupan una línea de frente que pasa por las proximidades de Givet. Han trabado combate paralizando por completo la ofensiva del adversario.

AL ESTE DEL MEUSE

También en este frente, por orden del general en jefe, nuestras tropas han vuelto á sus primeras posiciones, dominando los límites del gran bosque de las Ardennes.

Más á la derecha, han tomado la ofensiva vigorosamente, obligando á retroceder á los alemanes.

Pero el General Joffre detuvo la persecución para

restablecer el frente del combate sobre las líneas que había señalado anteayer. En esta ofensiva, las tropas francesas han demostrado un admirable entrenamiento. El 6.º cuerpo de ejército ha hecho sufrir al enemigo pérdidas considerables del lado de Virton.

27 DE AGOSTO

«En el Norte de Francia y en Bélgica, las líneas franco-inglesas han sido rechazadas vigorosamente por los alemanes. No obstante, la resistencia continúa.»

Así es de lacónico y poco explícito el comunicado oficial en este día, poco afortunado, sin duda alguna, para las armas aliadas. En Inglaterra esto conmueve el alma nacional y Lord Kitchener pronuncia un vibrante discurso...

Se nombra en Francia el nuevo Gobierno Nacional con este reparto:

Presidencia del Consejo (sin cartera).....	Viviani.
Vicepresidencia del Consejo (Ministerio de Justicia).....	Briand.
Negocios extranjeros	Delcassé.
Interior	Malvy.
Guerra	Millerand.
Marina	Augagneur.
Hacienda	Ribot.
Agricultura	Fernand David.
Obras públicas.....	Sambat.
Trabajo.....	Bienvenu Martín.
Comercio y Comunicaciones.	Thomsom.
Instrucción pública	Sarraut.
Colonias	Doumergue.
Ministro socialista(sin cartera)	Jules Guesde.

El Ministro de la Guerra dirige la siguiente carta al general Joffre:

«Mi querido general: En el momento en que vuelvo á encargarme del Ministerio de la Guerra quiero, ante todo, enviar á las tropas que combaten bajo vuestras órdenes y á sus jefes, el testimonio de la admiración y de la confianza que hacia ellas siente el gobierno de la República y el país.

»Francia está segura de la victoria porque está resuelta á obtenerla.

»Siguiendo vuestro ejemplo y el de vuestros ejércitos, guardará hasta el fin la calma y el dominio de sí misma, garantías del éxito.

»Sumisa á la férrea disciplina, que es la ley y la fuerza de las armas, la nación entera, unida para la defensa de su suelo y de sus libertades, ha aceptado de antemano todas las pruebas, hasta las más crueles. Paciente y tenaz, fuerte en su derecho, y segura en su voluntad, se sostendrá. Os envío un fraternal abrazo (*i'accolade*).—A. Millerand.»

28 DE AGOSTO

La ciudad abierta de Lovaina ha sido destruída por los alemanes. El ejército de Amberes, por su ofensiva, ha atraído y retenido ante la plaza muchas divisiones alemanas. Fué Lovaina primero bombardeada, luego incendiada, bajo pretexto—el eterno pretexto invocado por las autoridades alemanas—de que la población civil había disparado sobre las tropas. Resultó luego que los centinelas alemanes, durante la noche, creyendo habérselas con belgas, habían disparado sobre compatriotas suyos.



29 DE AGOSTO

Este es el día en que retardatariamente Austria declaró la guerra á Bélgica. Los ingleses desembarcaron tropas en Ostende para defender sus costas, temiendo el avance de los alemanes hacia Calais, donde no han llegado todavía hasta el día de la fecha (15 de Diciembre). Los ingleses, no obstante, comenzaron á arreciar desde este día en la resistencia del avance alemán. Ostende ha sido para el ejército británico el punto de partida de una ofensiva seria.

Bélgica les interesa á los ingleses, no sólo desde el punto de vista militar, para el evento de un ataque á sus costas, sino aún bajo el concepto comercial, pues es el país de Europa donde proporcionalmente importaban y exportaban más, como lo demuestra este cuadro estadístico comparativo.

Comercio del Reino Unido en 1912, con los países de Europa, comprometidos en la guerra.

	Importación de	Exportación á	Total.
Alemania...	£.57.067.000	£.41.428.000	£.98.515.000
Francia.....	54.467.000	41.956.000	96.405.000
Rusia.....	54.602.000	15.026.000	49.628.000
Bélgica.....	25.755.000	20.226.000	44.011.000
Austria-Hun- gría.....	10.724.000	10.225.000	20.947.000
Servia.....	1.000	540.000	541.000
			£.509.845.000

Bélgica, pues, era un gran mercado para Inglaterra, país que no abandona sus mercados así como así... Por eso Inglaterra ha tomado con tal empeño la defensa de Bélgica.

2



«El 9 de agosto». — *¿Le llamaremos Alberto... verdad?* Esta fecha, en el dibujo de M. Boutet, conmemora la condecoración de la Medalla Militar concedida en dicho día al Rey Alberto.

30 DE AGOSTO

Algunos fuertes de Namur y Lieja se sostuvieron aún este día, á pesar de que las ocupase ya en definitiva el ejército alemán de Bélgica, mandado por el Duque Albrecht de Wurtemberg.

Millerand ha ido á visitar el cuartel general y á conferenciar con el General Joffre.

Los ingleses han sufrido el choque de cinco cuerpos de ejército alemanes, dos divisiones de caballería de reserva, un cuerpo de caballería de la Guardia y la segunda división de caballería.

El *Bureau* de la Prensa inglesa comunica la nota siguiente:

«Lord Kitchener ha recibido un telegrama de Sir John French, declarando que el general en jefe inglés juzga absolutamente necesario dar todos los detalles de las pérdidas inmediatamente que sea posible. Espera poder telegrafiar en seguida algunos nombres.»

En total 200.000 alemanes han luchado en Charleroi-Mons-Namur contra 70.000 ingleses.

31 DE AGOSTO

Las fuerzas franco-inglesas llegaron en avance inicial hasta las regiones de Dinant, Charleroi y Mons.

Malinas ha sido recuperada por los alemanes, que la habían abandonado dos días antes, después de una magnífica resistencia de dos días.

Lovaina, metrópoli intelectual de los Países Bajos, que contaba 45.000 habitantes, ha sido incendiada por las tropas alemanas. No es más que un montón de cenizas.

De Washington se telegrafía que en los Estados Unidos, la opinión protesta formalmente de la destrucción de Lovaina, que constituye una violación del derecho internacional y del derecho de gentes.

APÉNDICE V

El libro dedicado al Rey Alberto en Inglaterra.

Donc vivent Belgique et Hollande et que haïs
soient tous les ennemis de la Sainte-Alliance
dont nous serions si bien, l'Allemagne et la France.

Paul Verlaine—*Voyages*.—ŒUVRES POSTHUMES:
VERS ET PROSES, pág. 74. (París, MCMIII).

El rey Alberto ha sido—y puede enorgullecerse de ello él y su nación—el monarca más admirado de la época moderna...

La admiración hacia el rey Alberto y hacia la Bélgica doliente se ha producido en Inglaterra en forma plástica y productiva por medio de un libro; el importe de cuya venta se destina á los heridos y refugiados belgas... Titúlase *El Libro del Rey Alberto*, y ha sido organizada su publicación por el gran diario inglés *The Daily Telegraph* (1).

Es un entusiástico homenaje de todos los hombres y mujeres representativos del mundo; es una explosión de simpatías y admiraciones que realmen-

(1) *King Albert's Book: A Tribute to the Belgian King and people from representative men and women, throught the world. (The Daily Telegraph in conjunction with The Daily Sketch, The Glasgow Herald, and Hodder and Stougaton; London 1914).*

te valen tanto como un plebiscito popular, distribuído en todas las naciones, y que diera por resultado la aclamación general del Rey Alberto...

Jamás á rey alguno se ha dedicado libro tan bello y tan glorioso; jamás pueblo alguno ha merecido simpatía tan unánime como Bélgica... No se ha dado descripción alguna de este libro en periódicos y revistas españolas, y creo que merece la pena que se conozca su contenido, y sobre todo, sus firmantes. ¿Acaso esto podrá sonrojar un poco á los teutonizantes que por acá disfrutamos, que con *trop de zèle* defienden la causa germánica, y apenas lloran — si es que no se burlan — sobre las ruinas de la desdichada Bélgica?...

¿Convendrá que conozcamos un poco, para calmar nuestras fiebres teutónicas, la opinión de lo más selecto del mundo, no sólo de los países beligerantes, sino aún de los neutrales, sobre la pobre Bélgica? ¿Convendrá que hagamos examen de conciencia, contrastando así la soledad de nuestra voz áspera y castellana, en medio del mundo, con el coro angélico y peánico de voces que entonan himnos en loor de Bélgica?...

Yo estoy persuadido de que no hemos comprendido, y tardaremos aún mucho en comprender, todo el inmenso heroísmo de Bélgica. ¿Pesán acaso en nosotros motivos de herencia psicológica, de legado ancestral de nuestros padres, que dominaron por el terror los Países Bajos austriaco-españoles? Yo no sé si es el legado ancestral ó si es nuestro natural duro y seco que tanto preocupaba á Gracián; lo que sé es que en España nos hemos dolido bien poco ó casi nada de la pobre Bélgica.

Y sin embargo, su heroísmo es un heroísmo verdaderamente sin igual, sereno, noble, indulgente. No es un heroísmo seco y duro, un heroísmo rígido, sino un heroísmo risueño, bravo, valiente de verdad. Una bella mañana de Agosto, clara y azul, una nación, arteramente, propone un trato avieso, un negocio feo. Para aplastar á la enemiga hereditaria, á la odiada Francia, la poderosa Alemania, con el ejército más numeroso y disciplinado que hubo jamás, desea y pide hollar el suelo de Bélgica y caminar sobre sus fértiles llanuras como sobre un sendero de rosas... Hay fronteras naturales, una cadena de montañas que separa á los dos países, la división establecida por la Naturaleza y respetada siempre por los hombres; pero no importa: «cuando se está en un apuro, se sale como se puede», dice Bethmann-Hollweg, sonriendo con su sonrisa amarga... Y después de esa bella mañana de Agosto, de esa provocación, de esa amenaza, de esa promesa de tratarla como enemiga, la gran nación, asombrada de la actitud brava y enérgica del pequeño país, sonriendo *ex imo* de su falta de recursos materiales para oponerse á su paso, con el gesto del poderoso que no comprende que un débil pueda tener un rasgo de dignidad y de energía; la gran nación se arroja alevosamente sobre el pequeño país...

Si el pequeño país hubiese cedido ante la fuerza mayor, si hubiese callado ó se hubiese limitado á protestar formulariamente—como el pequeño Luxemburgo—nadie hubiera tenido nada que oponer; se la hubiera compadecido, nadie hubiera sido osado á censurarla... Henri Bergson ha expresado esta idea maravillosamente con su lenguaje claro y preciso de

filósofo francés: «Un pequeño pueblo se ha encontrado de súbito en presencia de uno de los más formidables ejércitos de la tierra. Se le pedía sencillamente permiso para pasar; se le devolvería —según se decía— su territorio intacto, se respetaría su independencia. ¿Se hubiese hecho esto? No lo sé, pero este pequeño pueblo era libre de creerlo. Y si hubiese cedido á la fuerza, si hubiese declarado que aceptaba lo inevitable, le hubiéramos compadecido; no hubiéramos osado censurarle. Pero no; ha resistido á lo que parecía irresistible, ha hecho de antemano el sacrificio de todo lo que tenía y de todo lo que era; sus pueblos y sus aldeas, su fortuna y su vida, lo ha dado todo por una idea, por una concepción heroica que se había hecho de su honor. ¡Gloria á él! ¡Gloria á su rey!» (1)

Y sin embargo, tú, hombre severo y pardo de Segovia; tú, labriego rasurado y cejijunto de Burgos; tú, político trapalón y fullero de Madrid; tú, sórdido escribano de Palencia; tú, rentista acomodado de la Mancha, envuelto en tu capa parda y la navaja en la faja; tú, hombre fino y nervioso de Sevilla; tú, hombre untuoso y zalamero de Cádiz; tú, hombre verboso y alegre del Levante; ¿por qué no habéis admirado todos el rasgo breve de Bélgica?...

¿Qué importa, sin embargo, que tú no admires este rasgo breve y enérgico de la pequeña nación, si lo admiran aún los pueblos más utilitarios y positivistas, los ciudadanos de la más grandenación del mundo, como los ha denominado lisonjeramente el señor de las Batallas. *The Lord of War*, según llaman los

(1) *King Albert's Book*, pág. 59.

ingleses á Guillermo II?... Lo admiran todos ¿lo sabes tú, cejijunto y áspero habitante de la región esteparia de Castilla, que no has querido admirar á Bélgica por no olvidar acaso antiguos rencores de nefanda época de Felipe II y del Duque de Alba?... La admiran todos, todos, todos; hombre duro y sombrío, que has entenebrecido la vida europea con tus guerras de religión y has proclamado la rígida moral de tu individualismo hermético.

El helado escandinavo dice que Bélgica es admirable; lo dice el verboso y alegre italiano; el frío y seco inglés; el utilitario yanki; el especulador israelita. Aquí tienes al gran novelista sueco Jonas Bojer, que te dice: «Estamos, por fin, en una época de heroísmo, tomando el Rey de nuevo el supremo mando en su nación. El vendabal ha barrido el Parlamento y los oradores, el Gobierno y las elecciones, los partidos y los programas de partido. Solo una cosa queda; una cosa monumental: la nación y el padre de una nación... El Rey Alberto, rico cuando su país era próspero; feliz cuando Bélgica florecía; pobre cuando su reino estaba hundido en ruinas; refugiado en su país cuando sus propios compatriotas fueron arrojados de la tierra y del hogar... Bravo entre los bravos, herido entre los heridos, pero permaneciendo para siempre heroico como un símbolo de la vitalidad de su pueblo, que solo había soñado en vivir y trabajar en las llanuras de Flandes... Era demasiado orgulloso para convertirse en un mártir, demasiado fuerte para pedir compasión; audazmente afrontó la destrucción, inconquistable á causa de que la justicia y el porvenir están á su lado. Allí donde él se presenta, los refugiados encuentran

un hogar, los huérfanos un hermano, los sin hogar una patria, los desesperados un jefe en quien pueden confiar y que está lleno de fe. El es el hombre que ha dado á las marchitas glorias de las coronas reales un nuevo esplendor; es el único en esta gigantesca pelea que lleva sobre la frente el sello de la divina inocencia. A su lado está su esposa, que de ser Reina sobre un reino ha pasado á ser la santa madre de una nación (1).»

He aquí al gran novelista siciliano Luigi Capuana, que se expresa en términos semejantes: «¿Bélgica ya no existe? ¡Oh! ¡no puede ser!... Nadie podría haber supuesto que esta tranquila nación pudiera haber tenido el valor y la fuerza de contrarrestar la cobarde invasión germánica, paso á paso, y de resistir continuamente en frente del número arrollador y de la diezmación gradual del bravo ejército agrupado alrededor de su heróico Rey y de su no menos heróica Reina (2).»

Y escucha á Ellen Key, la gran psico-socióloga de *Amor y matrimonio*, la gran escritora pedagógica de *El siglo de los niños*, la ciega y estudiosa escandinava que te dice: «El nombre de Bélgica está ahora grabado en la conciencia del mundo... La humanidad no puede tener paz á la vista del destino de este pueblo. Ese destino debe modificarse ó seremos testigos de tal derrota de nuestros más altos ideales, de tal pérdida de los grandes principios por los cuales nuestros mejores hombres y mujeres han vivido ó muerto, que debemos resistir esta derrota y

(1) *King Albert's Book*, pág. 170.

(2) *King Albert's Book*, pág. 171.



Los Reyes de Bélgica, aclamados por el pueblo de Bruselas, al dirigirse á la Cámara de Representantes, en el día de la sesión histórica de protesta contra la violación del territorio belga por los alemanes.

estar en guardia contra esta pérdida, con tanta energía como la que emplearíamos en la defensa de nuestro propio país (1)».

Aquí tienes al áspero y corvo israelita que dirige la organización territorial de los judíos, que te dice en términos bíblicos conmovedores: «Fatal perversidad de Alemania; ¡haber ignorado su propia grandeza! ¡Orgullosa en su pseudofilosofía, ha repetido *la primera desobediencia del hombre!*... Ha ignorado la divina voz, ha escuchado las inferiores insinuaciones de la serpiente. Nunca será un Paraíso para el hombre hasta que preste oídos á un filósofo más verdadero que Treischke, á un Príncipe de la Paz (2).»

Acaso muchos deplorais la ruina de Bélgica, sus ciudades incendiadas, sus museos destruidos, sus campiñas arrasadas. Así he oído hablar á muchos Sanchos de esta tierra que antaño produjo Quijotes. Pues bien: Bélgica, más gentilmente, más hidalgamente, no lamenta nada, no llora nada. *La Belgique ne regrette rien*, ha clamado orgullosa y bravamente. No lamenta nada, no gime sobre sus propias ruinas, sobre Lovaina destruída, sobre Lieja maltrecha, sobre Malinas mutilada...

Una novelista norteamericana, Edith Warton, ha cantado en dos estrofas, sobrias y fulgurantes, este estoicismo inmortal de Bélgica:

Not with her ruined silver spires,
not with her cities shamed and rent,
perish the imperishable fires,
that shape the homestead from the tent.

(1) *King Albert's Book*, p. 176.

(2) *King Albert's Book*, p. 165.

Wherever men are staunch and free,
there shall she keep her fearless state,
and homeless, to great nations be
thehome of all that makes them great.

En vano tratan los alemanes y los germanófilos de quitar importancia á este estoicismo belga. Ha habido ya quien habló en uno de los más populares periódicos de España, en *A B C*, de no romper con impertinencias «la leyenda del heroísmo belga». Yo deploro que quien haya dicho esto sea un poeta, y poeta de los más exquisitos y sutiles que hay en España, y poeta de tan subidos quilates como el autor de *Jaculatorias místicas y otros poemas*, y poeta de tan excelso numen y tan finas, delicadas y diversas cuerdas como el de la *Ofrenda á Astartea*, y poeta tan armónicamente consanguíneo conmigo por el modo de cantar, por el conuento y el estro, y poeta tan noble y docto amigo mío, como Juan Pujol...

Y no creo que sea esta la misión del poeta, porque no creo que sea misión del poeta destruir leyendas y derribar ídolos y despejar mitos, y menos misión de un poeta español, porque entonces ¡adiós de nuestra bella y brillante historia y de nuestra arrogancia y de nuestra hidalguía!... Si ahora, á la luz de la clara razón y de la fría voluntad, los poetas españoles se tornan reporters minuciosos y austeros que han de deshacer fábulas y romper estatuas de viejos iconos y de *dei ignoti*; ¡despidámonos de nuestros Gonzálos de Córdoba y nuestros Pelayos y nuestros Cides y nuestras Agustinas de Aragón!

No obstante, con estos poetas españoles ahora deslumbrados por el pangermanismo, ocurre sim-

plemente que están todavía en el ciclo de la Alemania legendaria. Ellos, que detestan esas leyendas del heroísmo belga, viven en el plano de plena leyenda de virtud alemana. Creen aún en la buena fe, en la sinceridad, en la candidez germánicas; no han leído con provecho á Nietzsche ó no quieren recordar lo que el gran pensador dice de la virtud alemana.

Refiriéndose á la virtud alemana, escribía: «¡Cuán degenerado ha debido ser un pueblo en su gusto, cuánto ha debido rebajarse con sentimientos de esclavo ante las dignidades, las castas, los uniformes, la pompa y el aparato, para considerar lo que es sencillo como lo que es malo: el hombre sencillo—*schlicht*—como hombre malo—*schlecht!*... Hay que oponer siempre al orgullo moral de los alemanes el vocablo *malvado* y nada más...» (AURORA, § 231, página 250; Edición del *Mercure de France*; Paris, MCMI).

«La ventaja y la desventaja de los alemanes,—dice en otro pasaje—aún de sus sabios, es que se encontraban hasta ahora más cerca de la superstición y de la necesidad de creer que los demás pueblos; sus vicios son, antes como después, la embriaguez y la inclinación al suicidio (este último es un signo de pesadez de espíritu que se deja fácilmente inducir á soltar las riendas); el peligro para ellos se encuentra en todo lo que liga las fuerzas de la razón y encadena las pasiones (como por ejemplo, el uso excesivo de la música y de las bebidas espirituosas); porque la pasión alemana se vuelve contra todo lo que le es personalmente útil; es destructora de sí misma, como la del borracho. El entusiasmo mismo

tiene menos valor en Alemania que en otras partes, porque es estéril » (AURORA, § 207, p. 235).

Con razón Jorge Brandes, el gran crítico escandinavo, en el ensayo dedicado á Federico Nietzsche (*Essais choisis*, Edición del *Mercure de France*, página 110; París, MCMXIV) escribía: «Ciertamente sólo hace cincuenta años que los alemanes han comenzado á trabajar por libertarse de la civilización francesa, y he aquí un siglo apenas que se han desprendido de sus vestigios, aunque su influencia se haga sentir hoy aún.»

Que es lo que no comprenden los germanófilos de por acá; que no puede ser cuestión en esta guerra de lucha de civilizaciones, puesto que jamás se podrá poner en parangón ni haber paridad entre una civilización inglesa ó francesa, vieja de muchos siglos, arrancando del añoso tronco común anglo-normando, á su vez procedente del viejo tronco greco-latino, y la civilización, real é innegable, pero joven y aún en formación, de una nación elaborada tan artificialmente como lo fué Alemania, por la mano única, plasmadora de pueblos, del Canciller de hierro, á raíz de la embrollada (y muy alemana por el estilo) cuestión del Schleswig-Holstein, de la cual Lord Palmerston decía que sólo tres hombres en Europa la habían comprendido: él, que la había olvidado, el príncipe Alberto, que había fallecido, y un estadista dinamarqués, que se había vuelto loco...

No puede hablarse ciertamente de civilizaciones niveladas entre un pueblo cano y achacoso de cultura, como es Francia, que ya era sabio en la época en que en los Campos Cataláunicos, hoy llanuras de Chalons, las hordas de Atila peleaban con los

francos, y un pueblo como Alemania, que ha nacido ayer á la vida de la cultura. Por eso es irrisoria y paradógica la actitud *de los tradicionalistas* españoles que, en nombre de la *tradición*, desafinan contra la Francia de tradicional formación y ensalzan á Alemania, pueblo de hoy (y de mañana tal vez!) pero no de ayer...

*
* *

Todas las autoridades, las científicas como las literarias, tanto inglesas como italianas y norteamericanas como francesas, están contestes en afirmar y hacer constar la brutalidad de los procedimientos alemanes. Gentes serias, que no se dejan engañar por vanos oportunismos bélicos, gentes científicas, avezadas al método y al orden, han hablado de la admiración al heroico pueblo belga, cuyo heroísmo tratan ahora de discutir imaginativos poetas españoles.

Una alta autoridad científica, el gran químico inglés, el mago de la ciencia moderna, Sir William Crookes, ha dicho concienzudamente:

«La admiración y la simpatía van hacia la gentil nación belga y hacia su valiente Rey, y esta admiración y esta simpatía sólo pueden compararse al horror y á la animadversión que uno siente hacia el universal enemigo: los hunos modernos... (1).»

Norman Angell, el autor de *The great illusion*, ese libro tan discutido en las revistas de Inglaterra, donde se aprecian en todo su valor las justas indicacio-

(1) *King Albert's Book*, pág. 52.

nes y sugerencias que ha hecho sobre la guerra moderna, escribe también austeramente: «Bélgica nos ha hecho este servicio á todos nosotros; ha mostrado cuán grande puede ser un pequeño país y cuán pequeño puede llegar á ser un gran país. Ha mostrado que la nobleza real del patriotismo no es cuestión de un vasto territorio y de un gran poder político, y no necesita ser alimentado por estas cosas; mientras que la acción de Alemania con Bélgica ha mostrado que el poderío y la extensión de territorio pueden destruir todo lo que da valor al patriotismo (1).»

Algo muy semejante, en términos más poéticos y líricos, ha dicho en una bella estrofa el gran crítico de arte, William Archer, la autoridad más consolidada de la crítica inglesa contemporánea:

When they to History's seat shall come,
 which will shine glorious in the eye of men,
 huge Germany or heroic Belgium?
 Which will behailed great, Wilhelm or Albert'then? (2).

Guillermo Ferrero, el gran historiador del pueblo romano, el gran cantor de las glorias italianas, el sagaz sociólogo que ha descubierto «el tercer sexo», ha definido su opinión en unas frases precisas: «Terrible es la prueba; pero cuando se haya logrado la debida reparación, inmensa será la gloria de Bélgica, y grandísima la autoridad de su Rey.

(1) *King Albert's Book*, pág. 48.

(2) «Cuando ellas se presenten ante el tribunal de la Historia, ¿cuál brillará más gloriosa á los ojos de los hombres: la poderosa Alemania ó la heroica Bélgica? ¿Y quién parecerá grande, entonces, Guillermo ó Alberto?» (*King Albert's Book*, pág. 112).

Ofreciéndose mártir intrépida á la rabia teutónica, Bélgica ha despertado la conciencia moral del mundo, que, ya demasiado embotada por la codicia, por la sed de placeres, por el orgullo de la riqueza y de la cultura, habría corrido de otra suerte el peligro de esfumarse enteramente entre la furia y la ferocidad de esta terrible guerra. El mundo ha comprendido, viendo una fuerza ébria de orgullo torturar de este modo á un pequeño pueblo inocente, que el trabajo, la riqueza, el saber, el valor, el poderío no bastan; los pueblos, así como los individuos, necesitan conocer el mérito del honor, de la lealtad, de la justicia, de la fe y de la verdad. Y, por consiguiente, después de la segura victoria de la coalición, después de la reintegración solemne del pueblo belga en su territorio y en su derecho, comenzará una nueva y más brillante gloria para Europa; y la primera página será escrita, con su sangre más preciosa, por Bélgica. ¡Viva Bélgica!» (1)

El sabio helenista filólogo y arqueólogo Salomón Reinach, el que, en su *Eulalie ou le latin sans larmes* y *Cornelie ou le grec sans larmes*, ha popularizado las bellezas de las lenguas clásicas, y en su *Apolo* ha dado el más perfecto resumen estético del arte helénico, escribe con indignación—*si natura negat facit indignatio versus*—estas palabras de execración á la furia germánica:

«Si la Bélgica llegara á ser algún día una provincia alemana, la infamia del reparto de Polonia palidecería en la historia, al lado de la que no tendría nombre en idioma alguno. Si se ha podido decir de

(1) *King Albert's Book*, pág. 131.

Polonia que expiaba sus divisiones, sus complacencias con vecinos poderosos y pérfidos: ¿qué se puede decir de Bélgica, sino que ha sufrido por el derecho y por el honor, que ha hecho de su cuerpo un baluarte contra la barbarie. que se ha dejado martirizar y arruinar antes que mancharse? Se dirá todo eso, como se dice actualmente, pero á una Bélgica consolada, vengada é infinitamente grande. ¡Este pequeño país de llanuras... son las Termópilas de Europa! ¡Y el hombre heroico, que tiene el honor sin ejemplo de combatir como Rey por la más justa de las causas, por la más noble de las patrias, decid si no es más digno de admiración que Leónidas!...» (1)

Bejamín Kidd, el gran sociólogo inglés, el autor de *La civilización occidental*, que va desmenuzando todos los factores integrantes de nuestra cultura y de nuestras civilizaciones actuales, ha escrito: «Ningún tributo que la civilización pueda ofrecer pagaría la deuda que el espíritu humano debe al pueblo belga y al Rey Alberto para siempre. Cuando el teutón pidió al pueblo belga que fuese su cómplice contra Francia, y ofreció á Bélgica un precio por su alma, el Rey Alberto, apoyado por su pueblo unánime, inmediatamente tomó la terrible decisión y dió firmemente la respuesta. por la cual nuestra hermandad común ha sido conocida. Es una inmortal historia del Derecho, hecho invencible por la crucifixión de un pueblo (2).»

¿Qué dicen á esto nuestros energúmenos germa-

(1) *King Albert's Book*. pág. 131.

(2) *King Albert's Book*, pág. 66.

nófilos, positivistas y *terre-à-terre*, que se ríen de Bélgica porque no fué lo bastante cobarde para rendirse á las insinuaciones del Mefistófeles teutónico? Satanás quiso tentar á Jesús con el goce de unos vastos reinos; Jesús, como era recto, justo y suave como los lirios de Gethsemaní y las rosas de Jericó rechazó los halagos y promesas del tentador. Nuestros germanófilos *enragés*, olvidadizos de la Biblia, olvidadizos de la tradición española, siempre hidalga, que ha perdonado cristianamente todas las ofensas — ¡olvidadizos de todo, padeciendo la amnesia terrible que preside á los destinos de los ciegos y de los locos! — apuestan y juran ahora por la Santa Germania, desdeñando á la heroica y pequeña Bélgica. Yo he oído á muchos españoles, que se precian de españoles y de católicos, hablar con tono de desdén, de superioridad y de ironía, como hombres metalizados y utilitarios, del gesto breve, digno y heroico de la pequeña Bélgica. ¿Dónde han dejado estos buenos varones sus sentimientos cristianos y su condición de hidalgos? ¿Dónde han trocado el oro de la justicia y del respeto á las causas sagradas por el cobre del positivismo y del sumiso homenaje de humillación ante la fuerza bruta y vencedora? Mas no nos indignemos demasiado; puesto que el proverbio latino harta razón tenía: *Quos Deus vult perdere prius dementat...* ¿Qué importa que unos pobres diablos, hundidos en un rincón de la áspera Castilla, piensen tan arbitrariamente, si la opinión del mundo les es hostil? ¿Qué importa que estos católicos de oropel se ríen de Bélgica, si grandes autoridades católicas le rinden homenaje de admiración?...

Cosme Gordon Lang, el Arzobispo de York, escribe: «El Rey y el pueblo de Bélgica fueron los primeros en arrostrar el choque de esta terrible guerra en que Europa se ha comprometido. Fueron los primeros en dar pruebas del espíritu de heroico sacrificio por el cual puede llevarse á término. Fué su honor dar su vida nacional por sus amigos. Debe ser nuestro honor restaurarles su vida nacional, asegurada de la amenaza, enriquecida y ennoblecida por el espléndido sacrificio que han hecho (1).»

Louis Henri Luçon, el Cardenal—Arzobispo de Reims, dice después de unas frases conmovedoras: «Bélgica ofrece al mundo el espectáculo pungente que no se había visto desde las invasiones de los bárbaros, de un pueblo arrojado de sus hogares y reducido á la emigración por librarse de un yugo que no quiere sufrir. Lleno de confianza en su causa y en su Dios, espera que la victoria vuelva bajo sus estandartes, que son los mismos de la justicia y de la libertad (2).» ¿Habría de otro modo un político laico, como Viviani, por ejemplo? ¿Por qué os reis, pues, hombres de mala fe, de las apelaciones de Francia á la libertad y á la justicia, si es evidente que la justicia y la libertad están de su parte?...

Randall Thomas Davidson, Arzobispo de Cantorbery, descendiente de Santo Tomás Cantuariense (como reza la liturgia católica), dice con frases vibrantes y dignas de un grande espíritu: «Dios conceda á estos hombres y mujeres, y á sus hijos aún nonnatos, la gracia y el poder de recoger más ade-

(1) *King Albert's Book*, pág. 70.

(2) *King Albert's Book*, pág. 72.

lante, para el bien común, los frutos de esta devoción *á la causa de la libertad y de la buena fe*, y de todo lo que hace la vida digna de nuestra herencia cristiana (1).»

El gran creador del americanismo religioso, el gran amigo de León XIII, el gran comentarista de las encíclicas del *Papa social*, el ilustre cardenal Gibbons, Arzobispo de Baltimore, escribe sobria, pero elocuentemente: «Suscribo de buen grado mi nombre en el libro del Rey Alberto» (2).

El escandinavo Obispo de Lund, Gottfried Billing, afirma que la mayor simpatía en esta terrible guerra, va hacia Bélgica, «que, por lo que podemos entender, ha sufrido más que todas» (3).

El gran pianista Paderewski, hablando como polaco, dice con emoción «que no hay país donde la tragedia de Bélgica cause más tristeza é indignación que en Polonia. En ninguna parte, el inquebrantable heroísmo de los belgas y de su glorioso Rey inspira más sincera admiración y más profunda reverencia... No hay país donde el destino de Bélgica haya conmovido tantos corazones; pero no lloramos, no nos quejamos, no nos desesperamos, El inmortal ejemplo del Rey Alberto y de su pueblo nos da valor y fuerza, como siempre consuelan, fortifican y alientan todos los países y naciones que sufren y suspiran por la Libertad» (4).

Como si lo estuviera oyendo, sé que á esto me contestan muchos feroces germanófilos de España

(1) *King Albert's Book*, pág. 14.

(2) *King Albert's Book*, pág. 68.

(3) *King Albert's Book*, pag. 135.

(4) *King Albert's Book*, pág. 135.

diciéndome que Paderewski entenderá de música y de pianos, mas no de guerra; que la guerra no se hace con bombones y caramelos; que Alemania es un país fuerte y es lógico que haga sentir su fuerza y —tópicos por el estilo...

Todo germanófilo es de naturaleza duro, hinchado de vanidad, pétreo de corazón, intransigente en sus principios, severo y engolado en su intimidad. Pienso que Germania ha encontrado tan calurosas simpatías en España, más por sequedad de corazón, que por devoción á su causa. En el fondo somos poco sensibles; nuestro sentimentalismo es meramente decorativo y exterior; no hay fondo de sensibilidad española. La brutalidad con que se apalea á los animales y á las criaturas en España, son indicios de ello. Que la suerte de Bélgica nos haya dejado impávidos, es un dato tristísimo en la historia de la sensibilidad española. Por eso los germanófilos españoles, aunque algunos de ellos se recluten en el rango de los melómanos y *dilettanti* de la música,—que se creen en el deber de reverenciar todos los gestos de Alemania sólo porque admiran á Beethoven y á Schumann—estos hombres, no obstante la apariencia, son refractarios á la música y despojados de todo fondo musical. Y ya sabéis lo que dijo el definitivo Shakespeare de todos los hombres que no aman la música:

The man that hath no music in himself,
nor is mov'd with concord of sweet sounds,
is fit for treasons, stratagems and spoils;
the motions of his spirit are dull as night,
and his affections dark as Erebus...

«¡Sombríos cómo la noche sus impulsos!»...

*
* *

Nuestra patria tiene una poco numerosa representación en «El libro del Rey Alberto.» Esto da idea de nuestra deplorable cerrazón de entendimiento. Lo ha dicho Maurice Barrés en *L'Echo de París* con frase que ha herido al ahora quisquilloso y vidriosillo Luis Bonafoux—¡miren qué escrúpulos de monji-ta boba tiene hogafío el hombre para tragar cualquier píldora francesa, que, por muy amarga que sea, siempre será píldora fraterna!—«Estamos asistiendo los españoles á la guerra europea como á una corrida de toros...» Es tan verdad esto que, con mucha anterioridad á Barrés (¡y no se vaya á creer que yo tenga la insensata pretensión de creer que Barrés me haya leído y copiado) lo había escrito yo y publicado (1). Es la comparación que muy naturalmente se viene á la imaginación: España está asistiendo á esta monumental pelea como á una fiesta de toros. ¡Se duermen demasiado en la suerte; son lentos, son difíciles, son poco ágiles! gritamos de los aliados. En cambio, admiramos á los alemanes porque derriban más carne. ¡Ese es todo el motivo de nuestro entusiasmo germanófilo!... Me duele comprobar que aún mi mismo hermano ha dicho en uno de sus artículos de *Mundo Gráfico*: «Cuandola caballería de Von Kluck estaba á las puertas de París» (2); ¡con una delectación morosa en lo íntimo del corazón, que constituye de por sí una enorme culpa y una enorme ausencia de sensibilidad!... La mayoría de

(1) Véase *La Esfera*, 6 Febrero. 1915.

(2) Véase su libro *Alemania y la guerra europea*; Madrid, 1915.

los españoles se burlan de Francia porque no es bastante fuerte, y de Bélgica porque se cree que ha realizado un heroísmo inútil, y de Inglaterra porque es pérfida...

En cambio, Alemania bondadosa, bien intencionada, cándida, no ha buscado la guerra, sino que se ha encontrado amenazada por vecinos más poderosos y envidiosos. En vano el bravo Max Harden, el Director de *Der Zukunft*, el más simpático de los publicistas alemanes, ha tenido el noble valor cívico de decir sin disfraces la verdad: «No reconocemos el tribunal de Europa. No tenemos por qué acatarlo, y mientras seamos los fuertes, riámonos de todos los aspavientos y alharacas de nuestros enemigos. Cuando hayamos extendido nuestro imperio desde el Rhin hasta el Mediterráneo y Antibes, Tolón, Niza y Cannes sean nuestros, poco nos importará que nos llamen bárbaros»...

Este punto de vista tiene al menos el fresco atractivo de la nobleza y del *franc-parler*. Tiene, en cambio, una terrible quiebra: la de que las profecías de Harden no se cumplan y se tornen en *ægri somnia*, y entonces ¿qué responderán cuando se les llame bárbaros? Ni siquiera tendrán la disculpa de que han llegado al éxito con sus barbaridades. ¡Y entonces las devastaciones de Bélgica—que Benedicto XIV ha reprochado *nuper* en plática con el Vicario Apostólico de la Diócesis de París—serán un doble crimen que ni siquiera tendrá la vanagloriosa justificación de la victoria total y plena!...

Mas lo que irrita es el solapado y astuto método de los ¡¡¡noventa y tres intelectuales alemanes!!! que buieren hacer creer al mundo en su *Manifiesto* que la

sabia, piadosa, moral y pacífica Alemania no tiene responsabilidad alguna en la guerra presente, y que no ha hecho sino responder á la agresión ó las amenazas de sus vecinos envidiosos y que ella es el campeón del derecho contra la astucia inglesa y contra la barbarie moscovita... Esto es hipócrita, mezquino y plenamente falso. Sólo que con esto encubren todas sus devastaciones y enormidades; porque aún los más severos pacifistas no reprochan sus violencias á un pueblo que se defiende contra vecinos poderosos, amenazadores y que atacan por la espalda...

Todos los filósofos alemanes están ahí, en pie, como un sólo hombre, para justificar las violencias de Alemania en la guerra. (¿Recordáis acaso la frase cruda y aguda de Federico II, que dijo: «Primero yo hago una barbaridad y no me faltan pedantes que me lo justifiquen...»?). Todos, absolutamente todos, lo mismo el patriota Fichte que el pangermanista Treischke, el superhumano Nietzsche—que tanto abominaba *in particularibus* de Alemania—como el severo Kant...

¿Quién ha dicho que el pietista Kant, creador de ensueños de cosmopolitismo y de paz universal, hubiera protestado con energía de esta guerra? Los que tal dicen no recuerdan sus párrafos sobre «el derecho durante la guerra» y «el derecho después de la guerra», tan perfectamente amoldados á la guerra de hoy, si así lo pide el capricho y el arbitrio de los gobernantes alemanes, que parecen frazados por un cortesano pedante de Guillermo II.

«Además de la lesión activa (la primera agresión, que es diferente de la primera hostilidad) hay la

amenaza. Puede consistir, primero, en preparativos anticipados, lo que da el derecho de prevenir (*jus præventionis*) ó simplemente un crecimiento temible (*potentia tremenda*) del poderío de un Estado vecino, que aumenta por el engrandecimiento de su territorio (1).» Figuraos lo que un pedante germano de hoy puede hacer con este texto: «El derecho *durante la guerra* es una parte del derecho de gentes que está sujeto á graves dificultades, aún para formarse una simple noción y para concebir una ley en este estado privado de leyes (*inter arma silent leges*) sin contradecirse.»

Claro está, que, en párrafos posteriores, Kant condena *nominatim* todos los procedimientos que los alemanes han seguido en Bélgica y toda clase de represalias en general, *wiedervergeltung, retorsio*. Y si no, ved lo que le parece mal en la guerra al filósofo de Kœnigsberg: *servirse de sus propios súbditos para espiar* (¡oh, Dios mío, el espionaje alemán subterráneo y prolongado en época de paz!); *servirse de ellos para envenenar, asesinar ó difundir malas noticias; en una palabra, emplear medios fraudulentos que disipen la confianza necesaria para consolidar una paz durable...*

Por lo demás, el pueblo alemán ha estado siempre dispuesto á la guerra, y sus políticos no trataban de ocultarlo en lo más mínimo. El Príncipe de Bülow, el hombre que mejor ha conocido el alma germánica, dice literalmente: «Hay que despertar en

(1) *Principios metafísicos del Derecho, seguidos del proyecto de paz perpétua*, por Emmanuel Kant; segunda parte, sección II, § LVI, página 550. (Traducción francesa de Joseph Tissot, Professeur de Philosophie à la Faculté de Lettres de Dijon; París, 1855).

el pueblo los sentimientos patrióticos, vivificarlos, fijarlos por una política valiente y de gran arranque, que sepa conservar en el pueblo el amor de la vida nacional. El punto de vista nacional debe ser alentado sin cesar por empresas nacionales, á fin de que la idea nacional no cese jamás de remover los partidos, de unirlos y separarlos... Nada desalienta, paraliza y agría á un pueblo de una actividad intelectual, de una vitalidad y de un desarrollo semejantes á los del pueblo alemán, como una política monótona y sin vida. Para el alemán la mejor política no es la que le deja tranquilo, sino la que le tiene siempre jadeante, sin alientos, con el *quién vive* en la boca, y le permite mostrar su fuerza en algunas ocasiones...>

*
* *

He dicho que España apenas ha contribuido al *Libro del Rey Alberto*. En cambio, lo ha hecho con una brillante representación. Don Armando Palacio Valdés y D. Vicente Blasco Ibáñez representan las letras consagradas; D. Ramón D. Perés y D. Juan R. Jiménez, el arte joven; D. Antonio López Muñoz y el Conde de Romanones representan la política... Afortunadamente ¡todos conocen en España la alta estimación que merecen los escritores y políticos que han suscrito en *El libro del Rey Alberto*, y que si son pocos en número, bien representan una fuerte corriente de opinión española.

Don Armando Palacio Valdés, bien conocido en el mundo de las letras, entre nosotros, y no sólo entre nosotros, sino en los Estados Unidos, en Inglaterra y en Francia —y hasta en la remota Escandinavia

se han traducido sus obras!—es el autor de novelas fuertes de humorismo y ricas de sentimentalidad... entre las que destacan *La hermana San Sulpicio*, *La alegría del capitán Ribot* y *Riverita*, tres joyas de la literatura contemporánea. El espíritu de Palacio Valdés, fino, delicado y socarrón, se entendería muy bien con el espíritu de las gentes de Flandes: burlo-nas y regocijadas, tal como aparecen en los cuadros de Teniers. Su ironía, que yo llamaré cantábrica, para designar una escuela especial, un género novelesco peculiar del Norte de España, que me parece destinado á dejar huella en la literatura castellana, va muy bien á tono con el humorismo británico, con la ironía francesa y con la joyante cháchara flamenca... Parecía, pues, hasta por su mismo estilo literario, inclinado á sentir simpatías por los países aliados. A más de un flemático inglés, los libros del novelista asturiano le habrán dado la sensación de leer á un escritor de su tierra, Fielding, Dickens ó Thackeray. Es por lo tanto, Palacio Valdés, el escritor peninsular más afin á los escritores del Reino Unido. El dolor de Bélgica no podía dejar insensible á este escritor, que es todo sensibilidad y delicadeza y que por lo mismo es tan acomodado al espíritu inglés. Palacio Valdés es de una tierra de brumas y de lluvia, como el Reino Unido; es del país que se podría llamar la «verde Erin» de España. En su alma no podía albergarse esa dureza berroqueña que constriñe las almas de la mayoría de los españoles. A más de eso, Palacio Valdés se burló siempre muy donosamente de ciertas filosofías germánicas que entenebrecen el cerebro y limitan la fantasía y borran la alegría de vivir; de ellas ha hecho muy

gentil mofa en *El origen del pensamiento*, sobre todo en la persona de Adolfo Luna; en *La Fe*, en la persona del clérigo don Gil; y en *Tristán ó el pesimismo*, «himno de gentil y plausible optimismo cristiano (como yo la he llamado), entendido al modo de San Agustín y Malebranche; condenación de la filosofía tortuosa y enrevesada que oscurece las inteligencias, y canto á la vida sana, alegre y natural» (1).

Palacio Valdés ha contribuído á este libro de homenaje al Rey Alberto con una bella página titulada *La Leyenda del Rey Alberto*, que es un delicado y gentil relato á unos niños. «*En los siglos venideros las madres contarán á sus hijos en las largas noches de invierno la leyenda del Rey Alberto...*—Una vez era un rey, hijos míos, que reinaba sobre un pequeño pueblo industrial, noble y bravo. Y este rey era noble entre los más nobles y bravo entre los más bravos. Cerca de él vivía un gigante temeroso que reinaba sobre un gran pueblo de guerreros. Este gigante mantenía en suspensión y espanto á cuantos le rodeaban y rebosaba de poder y orgullo. Además poseía un cañón maravilloso, grande como una catedral, con el cual arrasaba los campos y pulverizaba las ciudades. Vecino del pequeño pueblo vivía otro rico y feliz que el gigante codiciaba. *Déjame pasar por tus estados*—le dijo un día á nuestro rey—; *quiero aplastar y reducir á la servidumbre á esa nación que cerca de ti se halla. Si me dejas el paso li-*

(1) Véase mi *Historia de la novela en España desde el romanticismo á nuestros días* (Obra premiada por el Ateneo de Madrid, en el concurso Charro-Hidalgo); Sáenz de Jubera Hermanos, Editores, Madrid, 1909. (Cap. VII, pág. 535).

bre, tendrás dinero, participarás del botín que recoja, algunos de los estados de esa nación pasarán á tu poder. Si no me lo dejas arrasaré tu pueblo y seréis todos esclavos...—No pasarás sino sobre nuestros cadáveres—respondió el rey valeroso.—Mi pueblo, que es uno de los más prósperos del orbe, estima mucho sus fábricas, sus riquezas, sus grandes ciudades, sus hermosos monumentos; pero estima más su honra. Las piedras pueden colocarse otra vez las unas sobre las otras; pero, ¿quién alzará de sus ruinas el honor derrumbado? Guarda tu dinero, toma el mío y de mis compatriotas, si te hace falta; arráncanos, si quieres, la vida; haznos esclavos! No lograrás hacernos viles... Entonces el gigante cruel cayó sobre aquel diminuto pueblo, destruyó sus ciudades, quemó sus aldeas, degolló á muchos de sus habitantes y sembró por doquier el espanto y la desolación. El rey magnánimo salió de sus estados; pero, ¡caso extraño! los encontró mucho mayores. Todos se declaraban sus vasallos. Donde quiera que iba, se le aclamaba como á un emperador victorioso. Las mujeres deshojaban flores sobre su cabeza, los hombres agitaban sus sombreros gritando: ¡Viva el Rey! Al fin, rodeado de un puñado de soldados heroicos, penetró nuevamente en sus estados y comenzó la reconquista. Muchos hombres le ayudaron, los unos con su espada, los otros con su pluma, los otros con sus corazones. Los ángeles del cielo le abrían paso. Y palmo á palmo, en lucha tenaz y sangrienta, se fué apoderando de su perdido reino. Cuando al cabo logró sentarse otra vez sobre su trono, el universo entero dejó escapar un grito de alegría. Porque la justicia había quedado triunfante, la ley de

Dios cumplida y el poder de las tinieblas vencido... Hijos míos, este rey fué después dichoso sobre la tierra y ahora lo es en el cielo» (1).

Otra de las salientes personalidades que contribuyeron al libro del Rey Alberto, es Vicente Blasco Ibáñez, el novelista y político español, verdadero tipo del novelista francés de la época del naturalismo. Si algún novelista naturalista fué en España representante exclusivo del producto francés, es Vicente Blasco Ibáñez. Si á alguien se parece Blasco, es á Zola en sus novelas, y á Maupasant en sus cuentos; creo que algún crítico extranjero ya lo ha hecho notar así (2).

Blasco Ibáñez, que vive en París actualmente (como Palacio Valdés tiene una bella villa «Marta y María» en Cap Bretón para los estíos), que ama tanto á Francia y tanto se ha inspirado en ella, no podía menos de sentir simpatía por Bélgica. Contribuye al libro del Rey Alberto con un bello artículo titulado *El Rey caballero*. «En España llamamos así á Alberto I de Bélgica (3). Nuestra época ofrece dos clases de soberanos á la atención pública. Los hay que estudian sus gestos y palabras como si fuesen actores, adoptando posturas teatrales, haciendo mil cosas á la vez, queriendo en todos los instantes recibir el incienso de la admiración y asombrar á las gentes. Quemarían medio mundo si esto pudiese dar nuevo brillo á su gloria neroniana. En fuerza de lo-

(1) *King Albert's Book*, Pág. 179.

(2) Véase mi *Historia de la novela de España desde el romanticismo hasta nuestros días*, cap. VIII.

(3) Desgraciadamente no es del todo exacta la observación de Blasco Ibáñez. Le llamamos así unos pocos, muy pocos; la inmensa mayoría se mofa de este Rey, el mayor héroe de los tiempos modernos.

curas pueden llegar á infundir miedo, pero nunca amor ni verdadera admiración. Alberto I no ha pensado jamás en deslumbrar á nadie, no conoce las actitudes escénicas; su deseo era vivir en una paz laboriosa, rodeado de su pueblo de trabajadores, y en todos los momentos ha seguido una vía recta, tímida y larga á la vez, como las líneas de su cuerpo. Es un héroe sin desearlo ni buscarlo, el héroe más grande y más simpático de todo el siglo xx. Es *el rey caballero*. El resorte de su heroísmo no fué el amor á la gloria ni tampoco las ambiciones de conquistista. Fué el deber, el cumplimiento de la palabra dada, el respeto de los propios derechos, todas las virtudes modestas y sólidas de las gentes de bien. Plegándose á las exigencias del fuerte hubiese sido feliz. Es cierto que esta felicidad la habría pagado con la deshonra; pero ¡hay tantos deshonrados triunfantes!... Alemania agradecida á su obediencia le habría sostenido siempre. Tranquilidad, abundancia, protección; la vida sumisa y bien cebada del animal doméstico que reconoce un dueño. Pero á estas ventajas positivas que hubiesen tentado á los más, prefirió los viejos idealismos en los que aún creen algunos; el honor, la libertad, el odio al atropello, la independencia de su patria... Este general improvisado ha sabido hacer la guerra como no la harían muchos profesionales. Su tenacidad heroica al frente de un pueblo pequeño y valeroso ha quebrantado desde el primer momento el monstruoso empuje alemán. ¡Gloriosa epopeya la de Bélgica y su rey caballero!... Muchos de sus conciudadanos murieron. Él vive porque la muerte no quiso su persona. Manejó, como simple artillero, los cañones de Amberes

bajo una lluvia de metralla. Tomó el fusil de un soldado é hizo fuego en las trincheras de la infantería. Los belgas han perdido su casa; él casi ha perdido su reino. No recordéis como modelos inimitables de caballería á aquellos reyes sin corona, de la Edad Media, vagabundos y desgraciados, que la poesía y el drama han hecho interesantes. Nuestra época de vulgar positivismo tiene figuras más románticas. Alberto *Sin Tierra* vale más que todos los monarcas *Sin Tierra* de la historia. Estos perdieron la corona por hechos de familia y ambiciones de conquista. El rey caballero se ve sin reino por la libertad, por el derecho, por no haber consentido los atropellos del fuerte. Y con la noble tristeza del héroe repelido, pero jamás derrotado, que sabe que la razón va con él, se mantiene en un rincón de Flandes, al frente de un puñado de bravos; para que vea el mundo cómo lucha un hombre pacífico convertido en guerrero por las exigencias del honor; cómo perece, si es preciso, el primer ciudadano de una monarquía democrática en defensa de su dignidad... Un periodista le vió á la caída de la tarde, asomado á una ventana del *Hotel de Ville* de Furnes, contemplando la puesta del sol, soñando tal vez... Parecía triste. Contemplaba melancólicamente el astro moribundo. Iba á llegar la noche y con ella la sombra, las horas de incertidumbre, las horas de desesperación .. Pero la noche no es eterna y después de ella viene otra vez el día, con un nuevo sol (1).>

Ha contribuído también á este libro un gran poeta español joven: el elegíaco Juan Ramón Jiménez, que

(1) *King Albert's Book*, p. 159 y 160.

tan dulcemente ha cantado las cuitas íntimas con el arpa olvidada de Becquer, renovada en melodías modernas (1). Ha contribuído con una esquila lírica y sentimental, como era de esperar en razón de su tono y de su cuerda, dirigida á la hija del Rey de Bélgica, *Su Alteza Real la Princesa María*. «Por el telégrafo sin hilos, te mando, tierna Princesa, como regalo de Pascua, mi inmenso corazón de hombre bueno. Dígnate recibirlo en tus manecitas celestes. ¡Si te pudiera servir de algo! ¿De qué te serviría? ¿De bala, para hacer huir de tus jardines á los terribles rubios rapados de Prusia?.. Pues carga con él, con mucha pólvora... ¡un espantable obús del 52!.. ¿De globo, para espiar el descuido de los campamentos enemigos ó las secretas marchas contra tu palacio fino? ¡Pues embarca en él tu esperanza y vete sobre el propio Berlín, que yo soplaré desde aquí, obstinadamente, á dos |carrillos! ¿De insospechado submarino? Pues échalo al agua honda y que sea el asombro de las enormes ballenas de hierro que tremolan el negro, el blanco y el rojo por el picado y luctuoso Báltico... Pero no... Todo esto es malo y poco grato á una Princesa de Bélgica y á un poeta de España. Que mi corazón te sirva de semilla de amor. Siémbrale en el campo de este otoño, arado por los cañones y que, á la más temprana primavera, brote de su sangre el árbol puro de la paz (2).»

También Don Ramón D. Perés, ilustre poeta y

(1) Véase mi estudio sobre este poeta en *Los Contemporáneos* (1.^a serie; dos volúmenes); Garnier Hermanos, Editores, Paris, 1907.

(2) *King Albert's Book*, pág. 122.

crítico catalán, cantor de bellas odas á los almogávares y traductor de Rudyard Kipling, ha contribuído al libro del Rey Alberto con unos bellos párrafos emocionados, escritos en francés, ó por lo menos en francés publicados (1).

Entre los políticos, el Conde de Romanones en idioma francés expresa su dolor y afirma que «el mundo civilizado espera con ansiedad los resultados de esos terribles acontecimientos que le harán conocer la suerte reservada á Bélgica» (2); y Don Antonio López Muñoz, en oratoria y sonora prosa, dice: (3) «Bélgica, nación de héroes y de mártires, ha caído al golpe de la fuerza; pero sobre la fuerza que hunde, has puesto la dignidad que glorifica; has caído, pero has muerto; y aunque no revivieras sobre tu tierra adorable, vivirás eterna en el amor de todos los corazones. La conciencia humana será tu hogar y tu templo.»

*
* *

Voces aisladas, y voces desdichadamente clamando en el inmenso desierto de España, las que se han dejado oír para defender y cantar á la noble nación belga, hollada por el vandalismo armado. Fuera de los egregios escritores que han contribuído al

(1) «¡Qué bello sueño ser el autor de una gran epopeya! ¡Qué sublime realidad ser el héroe... Con una inmensa compasión he seguido las lágrimas en los ojos, las hazañas de ese joven y valiente Rey, guiando á ese pequeño pueblo de Bélgica, que la historia pondrá al lado de las más admirables naciones, y estoy ufano de haber llorado por la única razón de que comprender la belleza y el heroísmo es el humilde consuelo de los que no han podido ser héroes ó crear bellezas perfectas y deslumbradoras.» (*King Albert's Book*, pág. 132).

(2) *King Albert's Book*, pág. 168.

) *King Albert's Book*, pág. 145.

Libro del Rey Alberto ¿qué artículos, qué libros, qué crónicas se han dedicado aquí al heroísmo belga?..

Sólo una voz oigo en el coro de germanófilos tozudos é improvisados; la voz de un noble aristócrata español que sabe á lo que le obliga su estirpe. Es la voz del escritor ¡joven de gran valía, D. Alvaro Alcalá Galiano, emparentado con la familia de aquel prócer de las letras que se llamó D. Juan Valera, que hubiera condenado de fijo hoy con viriles frases el germanismo oportunista y postizo de la mayoría de los españoles. Este joven y notable escritor, Don Alvaro Alcalá Galiano, que ha publicado ya bellos libros sobre arte—*Impresiones de arte, Del ideal y la vida, La Novela Moderna en España*—y recientemente dió á luz una interesante y bella novela, *El Príncipe Iván*, clama con indignado acento en un interesante folleto que acaba de publicarse (1):

«En esta universal tragedia de intereses surge una figura alegórica de abnegación, de valor, de heroísmo, de dignidad y de sublime patriotismo coronado por el sacrificio; el reino de Bélgica, pequeño David que se atrevió á ponerse frente al atropello, la fuerza bruta y la injusticia, simbolizados por el Goliath prusiano. ¡Pobre Bélgica!... Su nombre será grabado con letras de oro en el libro de la Historia. *Quien califique su heroísmo de necia temeridad, no tiene en sus venas una sola gota de la sangre que corrió por Agustina de Aragón, Daoiz y Velarde.* La violación del territorio patrio es el mayor ultraje que puede hacerse á una raza. Todo ser civilizado ha debido es-

(1) *La verdad sobre la guerra: Origen y aspectos del conflicto europeo*, páginas 35 y 36: Madrid, MCMXV.

tremecerse ante el resurgimiento de la barbarie armada, aniquilando al débil, arrasando ciudades y destruyendo la industria y la riqueza de este país admirable...»

Suscribo en un todo á estas elocuentes y emocionadas frases y me siento orgulloso de estar en minoría dentro de España al deplorar la triste suerte de Bélgica y condenar la alevosía germánica. Me importan poco las deblateraciones de los germanófilos iracundos que abundan por esta desdichada tierra; y sintiendo latir dentro de mi el gentil é hidalgo espíritu de la raza, elevo preces y votos por el triunfo de la noble nación belga, y descubriéndome respetuosamente ante el Rey Alberto, le clamo, desde el fondo sombrío de la austera Castilla, que no guarda rencor alguno hacia el pueblo que un remoto Duque de Alba oprimiera:

¡Sire! ¡Sois digno de reinar sobre una gran nación!...



EPÍLOGO

Horum omnium fortissimi sunt Belgæ, propterea quod a cultu atque humanitate Provincie longissimæ absunt, minimèque ad eos mercatores sæpe commeant, atque ea, quæ ad effeminandos animos pertinent, important...

Julio César. — *Commentaria de Bello Gallico*, liber 1.^{us}

A las frases sobrias y severas que nos vienen resonando ya en el lejano Julio César, nada nuevo queda que añadir. ¿Qué podría un escritor moderno pronunciar más vigoroso y más elocuente que las palabras del gran guerrero é historiador latino, que atestiguan cómo los más fuertes de todos esos pueblos eran los belgas?... A través de los siglos, la tradición se renueva, y de aquellos guerreros curtidos y duros que conoció el protagonista y cronista de la guerra de las Galias quedan vástagos aún... Los cachorros del león belga andan sueltos ahora, bebiendo odio y hiel contra el invasor; andan peregrinando por las calles atrafagadas y los *squares* de la vasta ciudad de Londres, devoradora como un torbellino; cruzan melancólicamente los bulevares de París, y en sus sonrisas crispadas hay un rictus de amargura y en sus ojos hay el dolor inmenso de la patria.

perdida... Viven sin hogar, dispersos, errantes, como una nueva raza proscrita; sus bellas ciudades han sido mutiladas, cuando no totalmente destruídas; sus fábricas y talleres, tan prósperos, donde reinaba la alegría y florecía la riqueza, son montones de escombros... Y bien: ellos sonríen amargamente y siguen en su noble, brava, viril actitud de profes-
ta; y con singular y nunca vista tenacidad de viejos héroes claman gentilmente: *La Belgique ne regrette rien...*

Algún día cuando la convulsa y desaforada Europa de hoy vuelva á la reflexión y al buen sentido, se apreciará todo el sacrificio enorme que por la civilización han hecho los belgas; algún día, los que antes del 4 de Agosto de 1914 eran demócratas bravos capaces de batirse por la más noble de las causas, y gentiles, la causa de la libertad, y hoy, fascinados por el esplendor feutónico, se arrastran á los pies de los caballos germánicos, retornarán á su primitivo estado de salud espiritual y comprenderán todo el horror de ceguedad hodierna en que viven; algún día se borrará y desaparecerá la amnesia que precede á las grandes catástrofes de la inteligencia y de la voluntad; algún día lograremos que unos cuantos españoles de buena fe, deslumbrados hoy por la gloria de la cultura alemana, se percaten de la obtusidad de cerebro y pétrea dureza de corazón en que tantos meses vivieron; algún día lograremos que alguien se acuerde de tomar en esta España, «insensatamente dividida, entre *francófilos* y *germanófilos*», como dice muy bien Alcalá Galiano, el punto de vista *belgófilo*, es decir, el punto de vista *humano* y *uropeo*; algún día lograremos que la razón se abra

paso y que, olvidando hidalgamente menudos agravios recibidos de Bélgica y pequeñas rencillas de ella contra nosotros, provenientes de lejanas y seculares ofensas que les inferimos, perdonemos todos á la noble y brava nación, á la cual todo le será perdonado porque ha amado mucho y ha sufrido mucho...

El porvenir es vuestro, Sire; el porvenir es vuestro, Reina Isabel; el porvenir es tuyo, princesita de los rizos blondos y de los ojos profundos; ¡el porvenir es tuyo, Bélgica!... ¡Vuestras son las estrellas, porque como habéis obrado... así se va á los astros, como decía la vieja y enternecedora frase latina: *Sic itur ad astra!*... Ellos, los invasores, lo tienen todo: cañones enormes de tiro rápido, obuses amedrentadores, armamentos, hombres, disciplina, bravura... Sólo les falta una cosa tremenda: ¡el heroísmo!; una cosa enorme, ¡la Verdad!; otra cosa magnífica, ¡la Justicia!... Y una cosa definitiva, ¡Dios!... Dios, el viejo Gott alemán, que no les asiste y les ha dejado de su mano justiciera y que algún día pagará con creces vuestro sacrificio, ¡oh, Bélgica!...

El porvenir es vuestro, ¡oh belgas, que hoy gemis bajo todos los climas!... Una bella estampa del *Libro del Rey Alberto* nos da una sugestiva imágen del ensueño de porvenir que germina en la Bélgica de hoy... Un niño belga, haraposo, con el rostro atormentado de la infancia vivida entre los fragores de la guerra y las angustias de la invasión, agarra con su débil manecita un fusil Lebel, como queriendo arremeter contra invisibles enemigos. La leyenda, sobriamente, dice: *El belga de mañana...*

¿Habéis comprendido, niños belgas? El porvenir

es vuestro... Y al terminar esta obra, con la cual sólo desearía hacer algún belgófilo, algún humano, algún europeo en este país de admiradores inconscientes de la fuerza arrolladora, yo la dedico respetuosamente á todos los niños belgas, de tres á seis años, que han visto los horrores de la invasión con sus ojos abiertos, atónitos é inocentes, vírgenes de todo pecado...

FIN DEL LIBRO

OBRAS DEL AUTOR



POESÍA

POEMAS DE PROVINCIA Y OTROS POEMAS.—*Perlado, Páez y Compañía, Editores.*—Madrid, 1910.—Un volumen, 3 pesetas.

NOVELAS

EL VERANEO DE LUZ FANJUL.—*Biblioteca Argensola.*—Zaragoza, 1910.—Un volumen, 2 pesetas.

LA ETERNA HISTORIA (NOVELAS CORTAS).—*Perlado, Páez y Compañía, Editores.*—Madrid, 1910.—Un volumen, 3 pesetas.

DOÑA VIOLANTE. (NOVELA DE LA VIDA PÍCARA Y ESTUDIANTIL.)—*Perlado, Páez y Compañía, Editores.*—Madrid, 1910.—Un volumen, 3 pesetas.

MATILDÉ REY.—(NOVELA DE CHULAS MADRILEÑAS Y ESTUDIANTES PROVINCIANOS).—*Biblioteca Renacimiento.*—Madrid, 1911.—Un volumen, 3,50.

UN AMOR DE PROVINCIA.—(*Edición de El Cuento Semanal*).—Madrid, 1909.—Premiada en el primer Concurso de *El Cuento Semanal*.

EL CASTIGO.—(*Edición de El Cuento Semanal*).—Madrid, 1910.

EL CULPABLE.—(*Edición de Los Contemporáneos*).—Madrid, 1910.

IDILIO DE ALDEA.—(*Edición de El Cuento Semanal*).—Madrid, 1910.

EL PIANISTA.—(*Edición de Los Contemporáneos*).—Madrid, 1911.

LA HORA DEL ABANDONO.—(*Edición de Los Contemporáneos*).—Madrid, 1911.

EL MISACANTANO.—(*Edición de El Cuento Levantino*).—Valencia, 1912.

LA LOCA DE LA CASA.—(*Edición de El Cuento Galante*).—Madrid, 1912.

MANOLITA LA RAMILLETERA.—(*Edición de La Novela de Bolsillo*).—Madrid, 1913.

EUROPA TIEMBLA...—(*Edición de La Novela de Bolsillo*).—Madrid, 1914.—Premiada en el Concurso.

JULIETA REDIVIVA.—(Premiada en el concurso de la Biblioteca *Patria*).—Madrid, 1913.—Un volumen, 2 pesetas.

CRÍTICA:

LOS CONTEMPORÁNEOS.—(Apuntes para una historia de la literatura hispano-americana á principios del siglo XIX). Primera serie.—Dos volúmenes.—*Garnier Hermanos, Editores*.—París, 1907.—5 francos cada volumen.

LOS CONTEMPORÁNEOS.—(SEGUNDA SERIE.—Un volumen).—*Garnier Hermanos, Editores*.—París, 1910.

LOS CONTEMPORÁNEOS.—(TERCERA SERIE.—Un volumen).—*Garnier Hermanos, Editores*.—París, 1912.

LOS GRANDES MAESTOS.—SALVADOR RUEDA Y RUBÉN DARÍO.—(Estudio cíclico de la poesía española en los últimos tiempos).—*Pueyo, Editor*.—Madrid, 1908.—Un volumen, 3 pesetas.

HISTORIA DE LA NOVELA EN ESPAÑA DESDE EL ROMANTICISMO Á NUESTROS DÍAS.—(Obra premiada por el Ateneo de Madrid en el concurso Charro-Hidalgo).—*Sáenz de Jubera Hermanos, Editores*.—Madrid, 1909.—Un volumen, 12 pesetas.

ESTUDIO PRELIMINAR DE LAS OBRAS ESCOGIDAS DE RUBÉN DARÍO.—*Perlado, Páez y Compañía, Editores*.—Madrid.—Un volumen, 3 pesetas.

ELOGIO DE LA CRÍTICA.—(ENSAYOS DIVERSOS).—*Perlado Páez y Compañía, Editores*.—Madrid, 1911.—Un volumen, 4 pesetas.

CAMPOAMOR.—(BIOGRAFÍA Y ESTUDIO CRÍTICO).—

Sáenz de Jubera Hermanos, Editores.—Madrid, de 1912.—Un volumen, 3 pesetas.

LAS MEJORES POESÍAS DE CAMPOAMOR EN LENGUA CASTELLANA.—*Sáenz de Jubera Hermanos, Editores.*—Madrid, 1913.—Un volumen, 1 peseta.

LAS MEJORES POESÍAS DE AMOR EN LENGUA CASTELLANA.—*Sáenz de Jubera Hermanos, Editores.*—Madrid 1913.—Un volumen, 1 peseta.

MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO, — (SU VIDA Y SUS OBRAS).—*Perlado, Páez y Compañía, Editores.*—Madrid, 1912. — Un volumen, 2 pesetas.

LAS GRANDES FIGURAS DE LA GUERRA: I. ALBERTO I DE BÉLGICA.—*Sociedad General de Librería.*—Madrid, 1915.—Un volumen, 3 pesetas.

LAS GRANDES FIGURAS DE LA GUERRA: II. EL KRONPRINZ.—*Sociedad General de Librería.*—Madrid, de 1915. Un volumen, 3,50 pesetas.

LAS GRANDES FIGURAS DE LA GUERRA: III. EL GENERAL JOFFRE.—*Sociedad General de Librería.*—Madrid, 1915.—Un volumen, 3,50 pesetas.

PARA APARECER PRÓXIMAMENTE:

MADRID Á LOS VEINTE AÑOS.—(NOVELA DE LA VIDA SÉNTIMENTAL).—*Biblioteca Hispania.*—Madrid.

LA TENTACIÓN.—(NOVELA).—*Biblioteca Renacimiento.*—Madrid.



BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA



1104441614